

Francisco Umbral

Un carnívoro cuchillo

Una novela sobre
dos delincuentes juveniles, cuajada de
violencia, crimen y sexo.



Novela cuajada de violencia, crimen, sangre y sexo, novela de acción plena y descripción intensa, «Un carnívoro cuchillo» nos cuenta la historia de dos delincuentes juveniles, Jonás y Pedro (el «intelectual» y el violento), cuya amistad data de la escuela primaria, donde estaban juntos en el último banco, unidos por un complejo de atracción/violencia que alcanza su máxima y crudelísima expresión cuando, ya casi hombres, se unen para matar, robar, violar, bordear la homosexualidad y la muerte. El fondo de esta intensa acción lo constituye esta amistad «negativa» que viene de la infancia y que supone un original estudio psicológico de la camaradería «macho» entre hombres, sin otro equívoco sexual que compartir la misma amante, hermana de uno de ellos. Sobre un fondo de violencia y furia insólito en el autor, el «intelectual», el débil, acaba ganando la partida y la voluntad, el alma del fuerte, y no sólo la amante, mientras se suceden los asesinatos de ancianos y ancianas honorables, meretrices ilustres e incluso obispos gloriosos, enfrentados a la serpiente viva del demonio, y no a la serpiente metafórica de la Iglesia. Mundos marginales –gitanos, «lumpen», etc.– sirven de escenario a esta apoteosis de violencia: ambos delincuentes no han hecho sino volver contra la sociedad toda una pedagogía de la crueldad que recibieron de niños. Sólo la prosa riquísima y renovadora de Umbral ha podido mantener en pie tan extraordinaria parábola, en que la sangre se convierte en joya y el crimen en obra de arte.



Francisco Umbral

Un carnívoro cuchillo

ePub r1.0
Titivillus 23.12.15

más libros en epubgratis.org

Título original: *Un carnívoro cuchillo*
Francisco Umbral, 1988
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

*Un carnívoro cuchillo
de ala dulce y homicida
sostiene un vuelo y un brillo
alrededor de mi vida.*
Miguel Hernández

Los urinarios de caballeros están junto al mercado y a ellos baja de vez en cuando algún verdulero, algún carnicero, o un chico que trabaja en una frutería y no viene a orinar, sino a masturbarse. Los urinarios son profundos, geométricos, grises, como hechos de un feldespató indefinible, pero sin duda falso, industrial, y huelen a mar muerto y hombre sucio, a sal y a piedra húmeda, a cañería. La señora de los urinarios es una mujer grande, blanda y con gafas intelectuales para el estrabismo. Atiende al personal casi con amabilidad, pero se conoce bien a la clientela, sabe que los hombres son muy guarros (parece viuda de muchos años), vigila siempre, y sólo concede papel higiénico, que es casi siempre papel de estraza, mediante propina.

A los urinarios no bajan solamente los hombres verdes o rojos del mercado, con su uniforme natural de escamas o de sangre (lo hacen casi siempre a la misma hora), sino que bajan también señores de paso, muy puntuales asimismo, desconocidos señores solitarios, de gris o de luto, que llegan andando por la acera muy despacio, quizá con un periódico en la mano, que bajan las escaleras muy despacio, por la derecha y sujetándose a la barra, que orinan muy despacio y se van muy despacio, que lo hacen todo muy despacio.

Hasta hay alguno que vuelve varias veces en la mañana. La hora de estos señores suele coincidir con la hora de los verduleros y los pescaderos, de modo que hacia las once u once y media de la mañana se produce una pululación de carniceros y señores de negro que trastorna un poco el trabajo de la encargada, cuyo nombre todo el mundo ignora. Que quizá no tiene nombre.

Pero ella, más o menos, ya los conoce a todos, se sabe el ritmo y las necesidades de cada uno, y está muy atenta, a través de una rejilla, a ese señor de negro o de gris que siempre se mete a orinar entre dos vendedores de lechugas, entre un matarife y un adolescente, en fin. La señora tiene mundo (el mundo de los urinarios) y sabe a lo que van estos señores bien vestidos, y que vienen como de la Audiencia, pero se hace la distraída, porque son los que dejan más propina. Y hasta le hacen una ligera reverencia al entrar y al salir. Los señores de la Audiencia van a mirar de reojo pichas de hombre-hombre, o de delicado y turbio adolescente. La mayoría se limitan a mirar, pero algunos entablan vagas e inciertas relaciones con el mundo del mercado, qué, cómo van esas ventas, ¿mucho trabajo?, o, si el vecino de pila es un menor, te pareces mucho a un sobrino mío, eres chico espabilado, seguro, te invito a unos churros ahí arriba, a la vuelta. La señora de los urinarios no sabe ni quiere saber muy claramente qué buscan unos hombres en otros, porque ella es una empleada municipal, aunque modesta, y se limita a cumplir con su deber, pero tiene la impresión de que el asunto entre ellos no es fácil y alguna vez un camionero le ha pegado una voz a uno de aquellos señores de la Audiencia, o le ha dado un mediostiazo.

Por quien más teme la señora de los urinarios es por los niños que bajan a mear (si alguno se masturba, ella hace como que no se entera: son como ternerillos locos). Cuando, raramente, salen juntos un señor y un niño, ella se va detrás, les vigila desde la barandilla de los servicios y cuando ve que al fin se separan, generalmente con una pérdida y vaga caricia del caballero al chico, se queda más tranquila. A lo mejor se han citado para más tarde, pero esto ella no tiene por qué pensarlo. Luego pasa la hora del atasco, los urinarios se vacían y la empleada charla en la acera, estirándose mucho el delantal blanco, con alguna señora que sale del viejo mercado con una bolsa de hule muy usada, muy de toda la vida, muy poco bolsa, ya, más trapo que bolsa.

Hasta que llega el cliente casual, la casualidad de todos los días, el que viene buscando con urgencia unos urinarios, o el que tiene el antojo de echar una meada cuando pasa por allí y le estimula el olor a puerto y hombre muerto que sale de las escaleras. A éste no se le vuelve a ver. Es distinto todos los días.

—Tú eres Pedro.

—Tú eres Jonás.

Estaban orinando hombro con hombro y de pronto se reconocieron, aunque no se veían desde la escuela. Salieron juntos a la calle. Ya me imagino a lo que vienes aquí. Y yo a lo que vienes tú. No me digas más. Eso es que no te van bien las cosas. Como a ti. Pedro es bajo, ancho, con el pelo muy negro, liso y revuelto, y la cara color de tierra y cicatriz. Jonás es Jonás. Ya en la escuela eran los peores. Compañeros de pupitre y por eso mismo enemigos. Jonás le había reventado una oreja a Pedro, en un recreo, y Pedro le había abierto la cabeza a Jonás, en unos novillos de invierno. Iban a todas las canteas y a veces estaban en el mismo bando, y a veces en bandos contrarios. Pedro tenía mejor puntería, y además sabía caminar sobre las manos. Jonás era más paciente y más cruel. ¿Cuál fue la oreja que te reventé? Ya ni me acuerdo. Beben vino en el bar de la esquina, que es donde los señores de la Audiencia llevan a tomar churros a los niños del mercado, a sus posibles conquistas.

Jonás ya es casi un hombre y Pedro también. Ahora están como en unos eternos novillos, libres y sin trabajo, se reflejan uno en el otro, atroces y fracasados, o felices y salvajes, con el alma cetrina y la violencia tensándoles el más leve movimiento, el encender el cigarro o pedir otro vino. Pedro sigue llevando un pañuelo negro atado al cuello, a su corto cuello, como en una eterna amigdalitis, de modo que la cabeza le queda decapitada y un poco militar. Vienes poco por aquí. Sí, me trabajo otros sitios. Claro, si no, ya nos habríamos encontrado. Yo también hace poco que vengo. ¿Te ha caído algo? Un señor de la Audiencia, la primera vez. Pensé que esto era casi un empleo, pero la cosa no se ha repetido. Yo todavía no me he estrenado en este puto sitio. Se me está ocurriendo que podríamos trabajar juntos. El otro lo pensó mientras apagaba el cigarro y, en lugar de tirarlo, lo masticaba. Tiene sus inconvenientes y sus ventajas. Si no le vas tú, al viejo, le voy yo. Duplicamos la oferta, que se dice. Siempre hablaste fino. Pero sacaba malas notas. En lo de hablar, no. ¿Y a la hora de actuar? El cebo le madura y el otro le liquida. ¿Llegas hasta el final? Hubo un silencio. Llegaría si hiciese falta. Hablaban sin mirarse, los dos con la vista puesta en la calle, en el espectáculo exterior del mercado, que hasta era un poco alegre.

No han dicho la palabra definitiva, pero ya saben ambos que se lo van a hacer juntos. La violencia que les enfrentó durante los años de colegio puede fundirse ahora en una sola violencia, duplicarse, multiplicarse. Les une el sentimiento común de haber conservado el odio puro y sin objeto de entonces, un odio educado ahora por la vida. Algo heroico y sucio, algo grande y sangriento ha nacido entre ellos. Quizá no sea amistad, ni siquiera complicidad. Es un negro y valiente sentimiento compartido, que viene del rencor y va hacia la gloria, ¿qué gloria?, un instante luminoso y eterno, brillante de sangre y oro, fatal. ¿Sólo trabajas esto? Sería imposible, hay que hacer a todo, como tú, supongo. A todo. Pagaron y salieron.

—Mañana aquí a las once.

—Hasta mañana.

Jonás vive con una abuela centenaria y una tía solterona. A las once en punto de la mañana está en el bar del día anterior. Pedro aún no ha llegado. Jonás bebe vino y no se da cuenta de que está pensando en los días de la escuela, recordando cosas. La morera grande, aquella morera junto al río, a la que se subían en grupo, cuando hacían novillos, para una masturbación colectiva. ¿Te acuerdas de la morera grande?, le pregunta a Pedro cuando éste llega. Sí, ¿es por algo? No, por nada. Jonás se da cuenta de que Pedro lleva su pañuelo negro al cuello como los cuatros del Oeste, en las películas. ¿Nos lo hacemos juntos o por separado? Un tipo solo es más abordable. Pero no es bueno que aparezca luego el otro. El anciano en seguida sospecha complicidad. Bueno, podemos probar las dos cosas. Y así lo hacen durante una semana. Empiezan a ser mirados con curiosidad por la gente del bar, del mercado, por la señora de los urinarios, pero tampoco demasiado. Llegan al bar todas las mañanas a las once, que es cuando los hombres empiezan a acordarse de que tienen un objeto para mear, o de que la colitis es una enfermedad puntual. Empiezan a trabajar sobre las once y cuarto, tras los primeros vinos, juntos o por separado. Participan silenciosos en la fiesta de los orinadores del mercado.

Hacen un poco de pasarela cuando llega un señor de la Audiencia, que vaya usted a saber si es de la Audiencia, si procede de la Audiencia o se encamina a ella. No sale nada. Empiezan a cabrearse. A lo mejor les iba mejor solos, piensa cada uno por su parte. A lo mejor tienen que volver a separarse para siempre. Tampoco pasa nada por eso. Tengo que pedir agua para tener algo que mear. Con el vino no basta, dice Pedro. Bebe dos vasos de agua, vasos de cocina, agua de cocina, que tiene en sí toda la alegría de la mañana. Se va a lo suyo. Tarda más de lo acostumbrado y Jonás espera algo. Pedro vuelve y se lo cuenta sin mirarle, sentado de espaldas a la ventana. Un empleadillo de mierda, casado me ha dicho que es, no tiene sitio adonde llevarme y quería que nos lo hiciéramos ahí arriba, por detrás de la catedral. Dice que se conforma con cualquier cosa que yo le deje hacer y ofrece treinta duros. No sé cómo se ha librado de una hostia. No conviene dar la nota en la zona, por eso no le he mordido el cuello. Pero le he dicho que vaya a meterla en el culo de su mujer cuando ella tenga otro por delante. La cólera de Pedro no era sólo la cólera de aquel ligue frustrado. Era la cólera de un negocio que no marchaba. Jonás lo entiende así. Pero se han dividido la semana en días y hoy le toca a Pedro. Jonás se está quieto, aunque tiene ganas de trabajar. Pasa un señor de la Audiencia por el ventanal, con un chico del mercado que lleva delantal verde a rayas. Entran en el bar. Al niño le queda grande el delantal. Toman café con churros y el niño habla mucho, debe estar explicando su trabajo, dando conversación a su nuevo e inesperado amigo. El señor de la Audiencia mira discretamente para todas partes. Sabe que aquello es llamativo para cualquiera, excepto, quizá, para el propio niño. El señor de la Audiencia ve en una mesa a Pedro y Jonás, que le miran fijamente, enteramente, elocuentemente. El señor de la Audiencia desvía la mirada, pero ahora vigila de perfil a los dos adolescentes sombríos de la mesa. Comprende que ha sido descubierto. Tiene miedo, se le nota en la manera de posar la taza, porque le tiembla en la mano. Quizá piensa que el niño es un cebo, que ha caído en una trampa. Pedro y Jonás piensan que lo piensa y esto les hace gracia, por primera vez se miran sonrientes: pues sería una manera de meterle variedad al negocio. El señor de la Audiencia paga y se va.

—Pero si no se ha terminado usted los churros —dice el niño.

—Termínalos tú, tengo prisa, adiós.

Cuando sale, se le nota que hace un gran esfuerzo por no mirar a la mesa de los dos hombres. Pedro pega la cara al cristal para ver al señor de la Audiencia correr, casi, por la calle. Allá va, con el culo temblándole. Ése no vuelve a mear por aquí. El niño del delantal grande termina los churros suyos y del otro chupándose el azúcar en los dedos.

Don Alfredo Pérez Arrese va vistiéndose lentamente, va enjoyándose, va decorando de vejeces y noblezas su desnudo y bañado cuerpo de anciano erguido, entre lo monstruoso y lo cardenalicio, con países de carne demasiado blanca y países de carne demasiado morada. El pelo blanco y escaso, fosco del mucho lavado, con un amago de melenita que saldrá luego por debajo del sombrero duro. Los sutiles polvos de arroz, que quizá no son polvos de arroz, para el rostro ancho, encendido y helado. Salir a la calle, como todas las mañanas, como todos los mediodías, arrastrando el corazón, pasear despacio, respirar el cielo de la libertad condicional que es su vida. La perla falsa para la corbata (cuando la guerra le robaron la verdadera, y tantas cosas), el talco para los guantes negros y finos, que apenas entran en las manos hinchadas, los gemelos de oro (también falso: otro recuerdo de la guerra) para los puños siempre salientes y lucientes de la camisa. Salir a la calle, como todos los mediodías, darse un paseo lento, al azar, o con dirección secreta, moviendo el bastón negro con una elegancia que va siendo ya necesidad, apoyatura, ortopedia. Aquel bastón negro de antes de la guerra, con puño de plata verdadera, una hermosa cabeza de mancebo. Pero todo son recuerdos, todo son repeticiones. Una vida en falso, se dice ante el espejo. Una repetición teatral de lo que debió ser mi vida. Aquella guerra. Pero estoy vivo, que se jodan. Los zapatos se los limpiará en la calle, como siempre, procurando encontrar, a la puerta del mercado, al limpia agitanado con quien gusta de charlar. Soy un comunista, sigo siendo un comunista y eso se nota en cómo me fascina la conversación del pueblo. El discurso ágrafo, que dirían los cursis de hoy. En aquellos tiempos se escribía de otra forma. Yo escribía de otra forma. Don Alfredo Pérez Arrese es hidalgo, comunista y escritor. Es anciano, erguido y racionalista. No se sabe cómo sigue vivo después de aquello, ni él mismo lo sabe, pero hasta publica algún artículo, de vez en cuando, en el periódico local. Se diría que su prosa tira al laconismo barroco de don Manuel Azaña, si es que en la definición no hay una disparidad de términos, o aunque la haya. Antes se limpiaba los zapatos él mismo, en casa, sentado en la cama, con betún y cepillo, pero le humillaba un poco ser el criado de sí mismo, y además se cansaba. Desde que descubrió al gitano adolescente y anfibio-ofidio del mercado, prefiere acudir a él. Mis últimos zapatos, los últimos zapatos, con éstos me enterrarán, todavía están muy presentables, son una cosa de calidad, sé que no voy a tener necesidad de comprarme otros zapatos. Son ya zapatos de muerto.

Por último, el abrigo, un abrigo con cuello de rizo, todo negro, un abrigo de casi todo el año, porque don Alfredo Pérez Arrese siempre tiene frío, teme los vientos de su ciudad y sabe, en fin, que el corte un poco entallado del abrigo todavía insinúa línea en su estatura de hombre que fue corpulento y ahora está hinchado. La casa queda desorientada de espejos abiertos, cajones revueltos, zapatillas dispersas y orinales. Don Alfredo prefiere ordenarlo todo a la tarde; en la larga tarde de lectura y soledad, antes de irse a la cama, porque, eso sí, le gusta dormir con la casa en orden. Estando ya mi casa sosegada. Los clásicos, siempre los clásicos en la cabeza. Soy una síntesis de Marx y San Juan de la Cruz. Pero ya no está en el partido, suponiendo que haya partido. Es comunista en solitario y superviviente. Es comunista porque la ciudad lo sabe (o él cree que lo sabe), como es otras cosas.

En la calle, en el barrio, los muchachos de siempre juegan a las cosas de siempre, y el caballero, en su lento pasear, los resume a todos en una ojeada. Jamás se para a contemplar a un niño. Se sabe un «exiliado interior» y sacrifica su deseo a su prestigio, que es minoritario, pero firme. De su barrio conventual y tranquilo va pasando a otros laberintos de la ciudad, plazas y calles donde la gente, la mucha gente vive más de prisa. Él no abandona nunca las aceras, usa el bastón con garbo o como un ciego, según los trances viarios, y cuando no hay más remedio que cruzar una calle, la cruza muy despacio, contra lo que hace la gente, y sobre todo los viejos, de ir más de prisa.

Sabe el anciano que la lentitud, aparte de ser más segura, impone respeto a los carruajes y los automóviles. Luego sigue caminando erguido (la verdad es que el gran vientre tampoco le permitiría doblarse mucho), haciendo juego secreto e interior de su paseo, dando o creyendo dar un espectáculo entre nobiliario y mondain.

Su ruta, en los últimos tiempos, es la del mercado, por el gitano o por los urinarios. A él orinar le cuesta, de modo que no le gusta hacerlo en público, pero baja a los urinarios y hace como que orina, mientras va a lo suyo. Ya en las inmediaciones del mercado, el corazón se le infarta, él no sabe por qué, o sí que lo sabe, y si el gitano está a la sombra de la gran puerta, sentado en el suelo, junto a su negra caja, que es como un pequeño ataúd para un pie, don Alfredo Pérez Arrese se sienta en la silla de tijera, descansa de la larga caminata, se quita y se pone los guantes, mira para el infinito, hasta que por fin pone un pie en la plantilla de metal, cuadrículada y brillante de uso.

El gitano ha ido saliendo de una pereza de siglos, apaga unos cigarrillos, enciende otros, conserva un palillo en la boca mientras fuma, se sienta en su banquetilla, se pasa las manos por las sienes, buenos días, don Alfredo, para pegarse el pelo a la cabeza, ya se le echaba en falta, don Alfredo, abre su caja, una tapa y otra, como un libro, saca cepillos, pastas, cremas, tubos, lo extiende todo alrededor para la gran faena, y don Alfredo, al fin, le mira fijo, el gitano es joven, perfilero, prometedor y canalla; tiene algo que gusta y algo que asusta. Es como una serpiente domesticada que sigue siendo peligrosa. Don Alfredo sabe que el gitano espera su proposición desde hace tiempo, y quizá piensa que la cosa no llega por timidez del caballero, pero don Alfredo Pérez Arrese no siente timidez, sino miedo, sencillamente miedo, miedo del joven gitano.

Serán prejuicios de raza. Un comunista como yo no debe permitirse esos prejuicios. El limpia hace su trabajo, con la cabeza baja, sabiendo que el viejo le mira. El limpia, quizá, espera la oferta de un momento a otro, la declaración de amor, tan pura como las nunca pronunciadas, como la de Dante a Beatriz, esa eterna declaración de amor que ha corrido siempre por los mercados y los siglos. Pero al caballero le asustan un poco las uñas largas y amarillas del gitano, y además esta mañana está más cansado que de costumbre.

—¿Qué te debo, Gabrielillo?

—Lo de siempre, don Alfredo —Y en el laconismo del gitano hay como un resentimiento por la actitud distante y pensativa del viejo. Éste lo advierte y dobla la propina. Es cuando Gabrielillo levanta los ojos para mirar al viejo en sus pupilas claras y sin vida. La mirada del gitano es una interrogación, pero el caballero desvía la vista, se pone los guantes, recoge el bastón, que había apoyado en la pared del mercado, se levanta despacio y se va dándole una palmada a Gabrielillo en el hombro, hombro delgado y ágil bajo la sucia camisa negra del oficio.

Gabrielillo le sigue con la mirada. El caballero va hacia los urinarios y desaparece despacio, escaleras abajo, como hundiéndose. Lo último que se ve de él es el negro sombrero duro.

—Si será maricón el tío.

Don Alfredo roza con la punta de su guante el ala dura del sombrero, para saludar a la señora de los urinarios. Luego se incrusta entre dos jóvenes orinantes que han dejado un espacio en medio. Se la mira a los muchachos y ellos se la miran a él.

Uno de ellos, el más alto, hasta le mira y le sonríe. Luego, los chicos suben la escalera despacio, hablando entre ellos, y don Alfredo les sigue ayudándose del bastón y el pasamanos. Quizá son ustedes dos jóvenes en el paro, como tantos, hoy. Perdónenme, pero les he observado y me gustaría invitarles a algo en el bar de la esquina, charlar un rato, conocer los problemas de la juventud en esta mala época que vivimos; yo, de joven, fui mucho más extremista de lo que puedan imaginarse, aunque, con mi aspecto actual, no se lo crean. Pedro y Jonás sonríen al viejo bobamente. De hecho, ya están los tres caminando hacia el bar. Cuando se sientan a una mesa, don Alfredo Pérez Arrese ve por la ventana al lejano limpiabotas, al gitano sumido otra vez en su sueño de siglos. Siente que se ha librado de la tentación de la raza peligrosa y que estos dos hermosos y duros jóvenes son blancos como él, hermanos de raza.

La tentación del exotismo puede perderme, como a Gide. Cuidado con los alimentos terrestres. Estos dos chicos blancos me dan toda la limpieza de nuestra raza. ¿Pero estos pensamientos son propios de un marxista? Me parece que no. En todo caso, acabo de conjurar un peligro, a fuerza de voluntad, y tengo derecho a una recompensa. Con letra elegante y temblorosa escribe en un papel su nombre y dirección. Yo ahora me voy. Ésta es mi casa. Allí os espero dentro de una hora. Jonás y Pedro han reparado en el plumín de oro de la estilográfica del viejo. Se han mirado casi sonrientes. El plumín es como la primera pepita de oro encontrada en un cauce que promete mucho más. Don Alfredo no termina su café. Les aprieta las manos con sus manos enguantadas y se va. Jonás y Pedro estudian la nota del viejo. Bueno, no es más que un paseo. Pedimos otros vinos y dentro de media hora nos vamos. El bar se llena de pescaderos borrachos. Gabrielillo le hace su trabajo a un paleta a la puerta del mercado. La señora de los urinarios, con el delantal planchado de anoche mismo, conversa con el ama de casa de la bolsa marrón, gris, gris-marrón, gastada, ex bolsa. ¿O quizá es otra ama de casa?

El viejo sale a recibirles en batín. El piso es un alarde de espejos y un museo pobre de riquezas dispersas. El oro y la plata se repiten en las vidrieras. Jonás y Pedro tienen que controlarse para no intercambiar continuamente miradas de complicidad. El lujo tiene la virtud o ventaja de multiplicarse por sí mismo.

Y todo esto, para ellos, es lujo. Queréis tomar algo, queréis beber algo. Vivo solo y apenas tengo de nada, pero alguna cosa podría ofrecerlos. Ah, y una advertencia: que, aparte de lo estipulado en el bar, os llevaréis alguna propinilla o algún regalo.

—Eso esperábamos.

—¿Eso esperabais? Qué descarado, qué gracioso. Sois puro pueblo y por eso me gustáis. Pero parece como si tuvierais prisa.

—Es que tenemos que llegar a casa a la hora de comer. Ya que no ganamos nada, por los menos nos exigen puntualidad.

Ya que no ganamos nada, Jonás se había echado sobre un sofá con la camisa abierta, por lo menos nos exigen puntualidad, y el viejo cayó sobre él, besándole las tetillas, lamiéndole el vello del ancho tórax, qué buena frase, si es que sois geniales, el pueblo es genial, por eso estoy con el pueblo, Pedro, por detrás le bajaba al anciano los pantalones y toda la ropa, dulcemente, suavemente, y el viejo abría sus piernas de carne muerta y carne viva, como esperando la amorosa agresión, Pedro vio las nalgas caídas y sin color del viejo, como dos bolsas de cal aplastadas, le dio asco de todo y miró en torno. El bastón negro del tipo, con cabeza de plata, está apoyado en una silla como antigua, muy fina, Pedro lo toma, le abre al viejo los esfínteres morados con sus manos oscuras y cortas, esfínteres que palpitan de expectación, le introduce el bastón repentinamente, grita el anciano, Pedro hunde el palo más y más, Jonás sujeta la

cabeza de su víctima contra un cojín, casi ahogándole, ahogando el grito femenino, senil y asombrado del viejo, la sangre estalla en el recto como una flor de mierda, Pedro socava, empuja, trabaja, cuando la sangre que resbala por el bastón le va a llegar a las manos, suelta el puño de plata y se pone en pie de un salto, éste no se mueve, por ahora, dice Jonás, poniéndose también en pie, se reparten la casa en dos mitades sin decir una palabra, Jonás encuentra perlas, billetes viejos, caprichos de plata, Pedro encuentra oro, billetes nuevos, copas o cálices.

Jonás y Pedro se reencuentran en un espejo del tamaño de un hombre, cada uno con su alijo en un paquete de papel de envolver. Al fondo del espejo, en otra habitación, se ve el cuerpo grande, bocabajo, confuso, y el blancor cementerial de los caídos glúteos, con sol de algún balcón. Jonás sale despacio por la escalera principal y Pedro sale de prisa por la escalera de servicio. Lo último que se ha oído en la casa es la voz dura y tribal de Pedro:

—¡A la tarde en la morera grande!

La morera grande está a la orilla del río, junto al embarcadero viejo, que ya casi nadie usa. Tiene la copa inmensa, siempre poblada de algo, de flores o de frutos, de hojas o de pájaros, de sombras o de gente. Jonás y Pedro, al atardecer, están subidos en lo alto de la morera grande, cuando ya en el cielo hay un lucero solitario que es como la última palabra de la luz o la primera de la sombra. Jonás y Pedro no han hecho reparto. Cada uno lo suyo, cada uno lo que se llevó de casa del viejo. Es un acuerdo implícito, otro acuerdo implícito entre ellos. Todo se va produciendo con una naturalidad fácil e inexplicada en el trabajo de los dos muchachos. Aunque Jonás piensa que el odio que se tuvieron en la escuela, de niños, lo han vuelto contra los demás, contra el mundo. Quizá, no se han matado ya uno al otro porque han acertado, o algo ha acertado por ellos, a volver esa violencia del revés y proyectarla sobre lo que les rodea. El río, a la altura del embarcadero viejo, es ancho y legendario. Siempre parece que tiene algo que contar. El embarcadero: un resto de tablas que el agua cubre o desnuda, tablas desiguales, en nada parecidas ya a sí mismas, resbaladizas, ricas de residuos en su pobreza de materia erosionada por otras múltiples, oscuras y activas materias que en ella anidan. Amarrada a los palos, una única barca en uso. A lo largo de la arena y la carbonilla y la brea, una hilera de barcas, algunas desguazadas, todas bocabajo. Parece que el viejo era famoso. Lo traen los periódicos. El cielo es ahora una proliferación de cosas, y pasa muy lentamente entre las ramas de la morera, sobre las cabezas de Jonás y Pedro. No hay que mirar periódicos. Si te buscas en el periódico, un día te encuentras, y entonces vas jodido. Dicen que antes de la guerra había sido rojo. No hay tiempo ni espacio en lo alto de la morera. No hay estación del año. Si era rojo, la pasma se molestará poco en buscar. Se lo darán por bien empleado. En cambio, no dice que era maricon. Los periódicos no dicen esas cosas. Pedro fuma un cigarro tras otro, comiéndose luego las colillas, como tiene por costumbre. La violencia natural de Pedro está ahora en calma, sólo se manifiesta como energía. O sea que matamos al viejo. El agua hace un ruido de multitud lejana al pasar por encima o por debajo del embarcadero. Podemos estar tranquilos. Nadie se preocupa por un viejo muerto y que había sido de los otros. Ellos le tenían que haber matado hace mucho. Jonás mira los desmontes del cielo, las extensiones de aquel borde del universo, un tiempo baldío y duro, una tierra más tierra que cualquier otra. Toda una vida trepando a aquella morera. La morera se ha hecho gigantesca, desde que ellos eran niños, pero como el recuerdo agranda las cosas, a Jonás y Pedro les parece que está igual. Hay que tirar un tiempo. No conviene distraerse. Pedro se ha quitado un zapato y se soba el pie. Luego se quita el calcetín para hacerlo más a gusto. Huele a río muerto y venenos celestiales, que van descendiendo a la tierra suavemente, como en una nevada negra o invisible. Jonás reflexiona sobre la posibilidad de que les cojan. A nosotros no va a buscarnos nadie. Seguro que ni siquiera buscan. Jonás, ahora, contempla el pasar del agua, que es un hilo de luz tembloroso y largo, allá abajo. Antaño, sí, venían aquí a masturbarse, todo el grado, en invierno. Ahora no es invierno ni verano. El limpia vio algo. ¿El gitano? El gitano vio algo. Ahora son libres entre el cielo y la tierra. Tan libres que no existen. A lo lejos se mueven sin fuerza las luces de las calles. Gabrielillo.

La taberna taurina tiene luz de infierno y colores que le han sido arrebatados al día, que son ya colores de la noche. Los toros se ensañan en las paredes con hombres de barro y brillo, como muertos en pie, y alguna herida sangra humedad a la altura del corazón de papel. Al fondo, el mostrador tiene algo de barricada, con su exceso de botellas, con su altura, con su máquina de la cerveza, dorada y oscura como un pájaro de las cumbres, y con su caja registradora, hierro y plata, máquina sonante que pone un fondo como de ferrocarril a las conversaciones y la hora. Las meretrices hacen ya corro de mujeres decentes, contándose enfermedades, como las amas de casa, los hombres se emborrachan en solitario y los cantaores duermen sobre una guitarra como sobre un ataúd. Jonás y Pedro se sientan a la mesa de Gómez *el Rubio*.

Gómez *el Rubio* es viejo, alcohólico, sombran, y de chicos les daba miedo. *El Rubio* usa melena calva, barba rubia y pata de palo.

Cuenta (siempre lo mismo) que fue torero antes de la guerra, con *Bombita* y aquéllos, luego vino la cornada en el muslo, la gangrena y la pata de palo. En las paredes hay algún cartel donde aparece el nombre de Gómez *el Rubio* entre las figuras de la época. El torero procura sentarse debajo de su cartel, que es muy viejo, pero él bebe hasta que el cartel va cobrando actualidad. Gómez *el Rubio*, a quien se recuerda viejo de toda la vida, tiene una gran cara de niño indefenso a la que sólo prestan fiereza su barba y sus patillas. El alcohol parece transparentarse en él a medida que bebe. Es como si se le viera subir el vino a los ojos, correr por el interior de las mejillas, subir y bajar por su cuello con arrugas como cicatrices, o a la inversa. Bebe más, *Rubio*, que esta noche pagamos nosotros. *El Rubio* les mira como miran los que han llegado al triunfo: sin reconocerlos demasiado. El torero es un muerto al que sólo sostiene su pata de palo. El vino corre por el interior de sus manos y le pone moradas las uñas.

Jonás y Pedro observan todo esto y piden otra jarra para el viejo. El viejo que tanto miedo les daba de niños. El viejo a quien siempre se veía salir y entrar en las tabernas taurinas o flamencas. Aquí ya nadie sabe de toros, aquí ya no vienen más que putas. No faltas a estas damas, *Rubio*, dice Jonás. Jonás y Pedro también beben, pero despacio. Tienes que beber toda la noche, *Rubio*, o no eres torero. *El Rubio* les mira con desafío y sorpresa. Quizá con miedo. ¿Cuándo se ha visto un torero rubio? Venga, que quiero estar solo, a ver si os vais a otra mesa. Debajo del mostrador debe haber un picú, porque suena un disco flamenco. El cantaor que dormía sobre la guitarra se pone en pie y hace la mímica de *la Niña los Peines*, que es lo que suena en el disco. Las meretrices, de lejos, son como damas elegantes a las que un viento hubiera desgarrado la falda. Hay muslos de mujer esbeltos y de un trazo. Hay senos impares de mujer que parecen desvalidos y con sueño. Todas ellas son como la supervivencia de un naufragio, pero fuman tranquilas. Entre las meretrices está Lola Galisteo.

No, no nos vamos a ir, *Rubio*. Vamos a beber contigo toda la noche, a ver si eres un hombre y un torero o eres una puta mierda. Dónde se ha visto un torero rubio. Y con barba. Eso. Gómez *el Rubio* decide no mirarles, fijar sus ojos en el vaso de vino, beber con los ojos cerrados. Comprende que estos dos chicos no vienen precisamente a escuchar sus historias, sus faenas con *Bombita*. Empieza a tener miedo de ellos, pero un miedo en el que confluyen todos los miedos permanentes y antiguos de su vida: el alcohol, la sangre, la mutilación, la debilidad, la miseria, la soledad, la muerte. Hoy me quería dormir pronto. Hoy no vas a dormir. Haznos un poco de miedo, *Rubio*, como cuando éramos chicos.

—¿Por qué no os vais a la mierda?

Pedro ha soltado la bofetada a contramano y al *Rubio* se le llena de sangre la nariz y de vacío la mirada. Entonces fue cuando toda la taberna volvió una sola cabeza nocturna hacia la mesa.

—¿Qué le estáis haciendo al *Rubio*?

—Un poco de compañía.

La taberna taurina tiene luces de infierno y colores que nunca verá el día. La noche ha entrado en la metamorfosis de sí misma. La taberna es ahora más honda, las mujeres son más negras y más blancas, la caja registradora es como un ferrocarril que se oyese a lo lejos, en otra noche que no es ésta, y los bebedores solitarios le dan al establecimiento un color de sala de espera.

De tarde en tarde, un hombre y una mujer se emparejan y se van. Cuando alguien abre la puerta, la noche entra en la taberna como un perro oscuro y asustado, y se tiende en seguida bajo una mesa, entre las piernas lujosas y desgarradas de las putas. Otra jarra para *el Rubio*. No puedo más, os lo juro, ya no bebo como antes. Ya no puedo beber lo que bebía. Otra jarra para *el Rubio*. Y *el Rubio* tiene arcadas, y pone la cabeza contra la pared, contra su nombre, contra las letras gordas y viejas de su nombre. O esconde la cara entre sus brazos, cruzados sobre la mesa. En una de las manos, con pecas bajo el vello dorado y blanco, tiene un puro apagado. Y, en un dedo, un anillo de hierro que nadie podría llevarse sin cortar el dedo. Pero nadie va a llevarse un anillo de hierro. El aire de la taberna es de vino y *la Niña de los Peines* se ha dormido bajo el mostrador. Pedro agarra al *Rubio* por la melena y le levanta la cabeza. *El Rubio* tiene arcadas. Jonás le pega el vaso a la boca, haciéndole casi morder el cristal. No se sabe si *el Rubio* se resiste a beber o solamente quiere hacerlo más despacio. Una guitarra ha caído al suelo, produciendo una resonancia de piano desvencijado. Una resonancia desastrosa y bella. *El Rubio* eructa, vomita sobre la mano de Jonás, que está junto a su boca. Cerdo, viejo cerdo, límpiame eso con la lengua, lame de prisa, cabrón. Jonás siente en su mano el calor animal y sucio del vomitado del viejo, y luego la lengua obediente que le va lamiendo, una lengua gorda, blanca, amarilla. Jonás retira la mano y se echa vino de la jarra sobre ella, hasta dejarla limpia y fresca. Luego se la seca contra el muslo del pantalón. *El Rubio* se ha deslizado debajo de la mesa, en una vomitona extensa, negra y roja, que levanta hacia los otros dos hombres un hedor de bestia podrida. *El Rubio* se ha dormido o se ha muerto sobre su propia hez. Cuatro pies le pisan la cabeza distraídamente, mientras Jonás y Pedro, apartando los vasos, fuman en silencio.

—¿Qué habéis hecho, hijos de puta?

Era la Lola Galisteo. Otro disco arrancaba en el picú.

Jonás y Pedro la miran largamente. La Lola Galisteo es hembra alta, entre los treinta y los cuarenta, con una belleza antigua, de pómulos largos y barbilla acusada. Tiene la melena negra, rizada, las manos largas y complicadas de joyas, un poco temblorosas a media altura, como si fuera a aferrarías al cuello de uno de los muchachos. Arrancada del grupo de las meretrices, hay en su ropa una mezcla de elegancia y autoridad que dignifica el caído escote (hasta la mitad de unos senos seguramente largos, asimismo). La Lola Galisteo es puta de lujo, sólo se acuesta con abogados del Estado, inspectores del Timbre y cosas así. Está en la taberna por hacer tertulia con las del oficio, pero nadie la considera en venta. ¿Qué habéis hecho, hijos de puta? No sólo hay cólera en la alta y aguda mujer, sino una como amenaza fría detrás de la cólera. Ella puede mover media ciudad desde la cama, desde su casa. Ella tiene poderes y eso se sabe. Cierra los puños todo lo que le permiten sus largas uñas rojas, y los vuelve a abrir.

—Nada, mujer. Beber un poco con el viejo —dice Jonás.

—Ahí le oyes cómo ronca —dice Pedro.

—Ésta la vais a pagar, chulos de mierda. Ésta y quizá otras muchas.

El disco del picú es algo así como un flamenco importante y desconocido. En la taberna se van apagando luces. Un hombre y una mujer ordenan cosas detrás del mostrador. El lugar tiene ahora, casi en penumbra, algo de capilla andaluza y profunda. Las cuatro paredes están concentradas en la escena, o más concretamente en Lola Galisteo. Las caras de hombres y mujeres son llamas pálidas que alumbran, con el alargamiento de la curiosidad, las sombras verticales de la hora. De un manotazo, Lola Galisteo lanza al

suelo los vasos y las jarras de la mesa. Basta, aquí no bebéis más, hijos de veinte leches. Jonás y Pedro miran a la mujer como la miraría uno de los carteles de la pared. Pedro enciende un cigarrillo. Una alegoría de humo se interpone entre él y el rostro bello, antiguo e irascible de la Lola.

—Ahora os vais a la calle o a la cárcel.

—Ya está bien de joder, Lola, que no eres nuestra madre. Ni la madre del *Rubio*. Cuida que no nos cansemos.

—Gilipollas.

—Nosotros nos cansamos cualquier día. Recuérdalo, Lola.

Siguen sentados, quietos, mirando sin expresión a la mujer. Fuera ese disco, grita ella sin volver la cabeza. El disco para y sobreviene lo inesperado: el silencio. Un pie, bajo la mesa, pisa una mano del torero. Se diría que Lola Galisteo no se atreve a mirar bajo la mesa. Con el silencio, la taberna se ha llenado de madrugada. El tiempo va a compás del jadeo de los pechos de Lola. Jonás mira para el gran escote de la mujer. Le gusta ese jadeo, le pone optimista.

—A ti te follaba yo aunque fuera muerta, Lola —dice Jonás.

Pedro se ha puesto en pie. Jonás también. Lola retrocede un paso, sin advertirlo ella misma. Buenas noches, señoritas putas. Buenas noches, gente de mierda. Y dejad dormir al viejo. Salen lentamente y sus espaldas son como un agravio, como otro agravio. Lola Galisteo se siente vacía, vieja, concluida. Se sienta en una silla, o la sientan, dura de impotencia y bella de llanto reprimido. Toda su edad se le he echado encima como si fuera mucha más. Tiene coro de putas, silencioso, y la gente va saliendo a la calle. Lo único que alumbra es un espejo. Esos dos miserables me han hecho vieja, de repente. Hay un hedor de establo corrompido en la taberna negra. Lola Galisteo, angustiada por una repentina ancianidad, se sujeta los pechos con las manos, como si en ellos le doliese el corazón. Con las sillas y banquetas patas arriba, la Lola está del revés, mirando el mundo desde abajo. Ha hecho el papel de gran dama y ahora le sobreviene su miseria. En el techo o el suelo, lo que sea, ve un redondel de luz sucia y fija. El sueño de Gómez *el Rubio* le llega como un vaho, como un asco, ráfaga de macho enfermo, vieja marea del hombre, de los hombres.

Don Hermenegildo era un cabrón, están en la copa de la morera, yo fui monaguillo con don Hermenegildo, dice Jonás, todo le parecía mal y me pegaba, no me pagaba nada por ser monaguillo, o sea cuando era párroco, que hoy es obispo o arzobispo, pero en la iglesia se estaba caliente y me bebía el vino de las vinajeras, así me hice bebedor, y me comía el pan de las hostias, y eso no le gustaba a don Hermenegildo, era un cura hijoputa que odiaba a las beatas, nos pegaba a los chicos y cantaba cuplés cuando creía que estaba solo, alguna vez trabajamos juntos en la catedral, no te creas, y allí don Hermenegildo manejaba custodias y cálices de oro y plata puros, cosas de Juan de Arfe, bueno, uno antiguo que había, un manitas para hacer cosas de iglesia, no lo pasaba mal, te lo prometo, me la meneaba en los confesionarios, pero don Hermenegildo estaba amargado, estaba endemoniado, a ver, cómo va a estar un cura, si no estuviese endemoniado no sería cura, qué cosas más raras dices, dice Pedro, casi nunca te entiendo, pero cuentas muy bien los cuentos, ya te lo he dicho, en la escuela también eras el que mejor se explicaba, ni sé por qué estabas conmigo en el último banco, me gusta oírte esos chismes, y que te acuerdas de todo, yo casi no me acuerdo ya de nuestros tiempos.

Están en lo alto de la morera, hay paz en el mundo, o sombra o miedo, y la luna es un caballo blanco por el cielo.

Que han venido los guardias, que preguntan por lo del muerto, aquel bujarrón viejo, si os acordáis, uno muy elegante, muy de negro, que a veces se pasaba por aquí, a lo mejor venía de la Audiencia, no sé, a invitar a los mozos o a sobar un poco a los niños, si los había, a vosotros me parece que os pagó un vino alguna vez, ya le he dicho a la secreta que de aquí nunca sacó nada en limpio, por decirlo así, esta casa es muy seria y tampoco yo lo hubiera consentido, no creo que vuelvan, además el buja era rojo, o lo había sido, o sea que lo tenía todo, tampoco parecen muy interesados en el tema, no sé, el tabernero es un hombre delgado y activo, cordial y enérgico, muy en su negocio, con una nariz grande demasiado pálida.

Gabrielillo procede de las tribus de gitanos de la parte no urbanizada del río, más allá del puente. Gabrielillo, el limpiabotas, procede de las hogueras, los campamentos, y las tribus que viven entre los derrames sucios de la ciudad y las barcazas viejas que ocupan en verano para vararlas en mitad del agua y estar más frescos.

El limpia se hizo limpia porque comprendió, ya de chico, que el porvenir de un gitano no está entre los suyos, que los suyos no le van a dar más que mierda, la miseria en que viven, o sea que había que relacionarse con los blancos, con los payos, porque a los payos les gustan los calés, aunque digan que no, les divierten, los usan como un lujo, como en otros sitios se usa a los negros, o sea por las películas, mayormente, que es donde Gabrielillo lo ha visto, aunque va poco al cine. Bujarrones, señoras misericordiosas, caprichosos del betún, que pierden la mala conciencia si el que les limpia los zapatos es un gitano, para eso están, oiga, qué coños, a ver de qué viven.

Los payos son mantequilla, Gabrielillo los gusta como mantequilla, hunde en ellos blandamente el cuchillo humano que es él mismo, y siempre sale algo: dinero, comida, una ayudita. Gabrielillo ya no se sienta ni se siente a gusto entre los de su raza. Claro que los gitanos viejos, y algunos churumbeles, también saben que el alijo de la vida está en los blancos, en esa gente pálida y como distraída, pero les tira la tribu y después de hacer un trato vuelven a la hoguera.

Gabrielillo, no. Gabrielillo sabe que a los pálidos hay que caerles bien, dejarse querer, y que es una suerte haber nacido gitano en un mundo de payos.

Gabrielillo no sabe si los blancos son buenos o son tontos, aunque quizá sea la misma cosa. Ahora entra en la taberna inmediata al mercado, trayendo consigo la caja negra del oficio y la banquetilla. Se acerca a la mesa de Jonás y Pedro y se sienta en la banquetilla, frente a ellos, muy por debajo de ellos.

—¿Nos vas a limpiar los zapatos gratis?

—Si es un antojo, un servicio se le hace a unos amigos. Pero venía yo con ganas de charlaros.

—A vino no te vamos a invitar.

—Gracias por el convite, de todos modos. Son negocios los que me traen. Gabrielillo ya no busca convites.

—¿Has hecho fortuna?

—A lo mejor la hago. Trasunto que tabaco tampoco le dais al buen gitano.

Y baja la cabeza para mirarse los bolsos de la camisa, a ver dónde hay un cigarrillo. Jonás y Pedro se han mirado un momento, sabiendo con los ojos a qué viene Gabrielillo. Gabrielillo, por fin, fuma con un palillo en el otro extremo de la fina boca.

—Hace días que don Alfredo no viene a limpiarse.

Y les mira.

—No sé quién es don Alfredo, pero supongo que se limpiaba la polla en tu culo —dice Pedro.

—A don Alfredo yo le limpiaba los zapatos.

Y qué zapatos. Artesanía de antes de la guerra. Es un señor de importancia.

—No nos cuentes tu vida, gitano de mierda.

—Yo es que no sé de leer. A lo mejor vosotros, me dije digo, sabíais si le ha pasado

algo a don Alfredo, por los periódicos. No por cosa otra os hago la tertulia, tíos cojonudos.

Jonás le ha alargado al gitano un vaso de vino y el gitano bebe despacio, mirándoles a ambos en los ojos, a la vez, cosa que sólo puede hacer un gitano.

—Pues aprende a leer, limpia de mierda —dice Pedro.

—Vosotros tenéis estudios. Fuisteis juntos a la escuela. Ya lo sé. Sois compañeros, compadres de toda la vida, eso es bonito. Los gitanos no vamos a la escuela. Don Alfredo tenía ya muchos años. Y estaba malo, eso de lejos.

El gitano divagaba, entre el cigarro y el vino, moviendo el palillo en la boca como una serpiente mueve la lengua. Jonás ha puesto un pie en la plantilla metálica y el limpia empieza a abrir su caja-libro. Don Alfredo tenía ya muchos años, y estaba malo, eso de lejos. Baja la cabeza hasta el zapato polvoriento, negro-gris, de Jonás, y de pronto mira los cuatro ojos otra vez.

—A lo mejor se ha muerto.

A lo mejor se ha muerto, repite distraídamente Jonás. El gitano, lo primero, pasa un trapo por el polvo del zapato, antes de aplicar el betún. Si ha palmado don Alfredo, vosotros lo sabrías por los periódicos. No levanta el gitano la cabeza. Vosotros tenéis estudios, sí que sabéis leer. No leemos los periódicos, que no traen más que guerras, dice Pedro, y acaba con los zapatos de Jonás, que ya nos vamos.

Gabrielillo da el betún con los dedos, y Jonás, a través del zapato, siente las manos del gitano recorriendo la anatomía de su pie, como una caricia. O también como una cosa fría y deslizante.

Gabrielillo empuña el gran cepillo negro y pone tiesa la cabeza para mirarles:

—La última vez que vi a don Alfredo, estaba con vosotros. Entrasteis en este bar. Veníais de los urinarios.

—¿Se llamaba don Alfredo aquel tío buja?

—Lo sabéis mejor que yo. El periódico ha traído su asesinato. Digo yo de pactar algún dinero.

Pedro se inclina sobre el limpia. Yo te mato, gitano, yo te meto una piedra en la cabeza. Eso seguro. Y lárgate ahora mismo, hijo de puta, hijo de puta gitana. Pero el otro zapato de Jonás. Al otro zapato de Jonás le vamos a sacar brillo con tu sangre. Estás muerto, gitano, lárgate.

Jonás se mira con satisfacción el zapato derecho, muy brillante. Haces bien tu trabajo, Gabrielillo. Ya conoces a Pedro y los prontos que tiene. Me voy con un zapato negro y otro sucio. Pero el otro me lo puedes limpiar a la caída de la tarde; sí que hay pacto. Quiero tratar contigo, no con Pedro. Bien, estaré yo solo, ¿cuánto quieres? Eso mejor vosotros. Gabrielillo, por la inercia del oficio, quiere echar mano al otro zapato de Jonás. Ya te he dicho que a la tarde. Calcularemos lo que en justicia te mereces. Tampoco a mí me conviene que venga Pedro, siempre se mete en líos. Pedro ya sabe de qué va todo y se pone a mirar por la ventana mientras mastica una colilla.

—En el río, a la altura del embarcadero viejo, donde la morera grande.

—Vete tú solo, Jonás. Que los gitanos nunca estamos solos y te puede costar.

—Claro que solo. Éste igual te mata.

Gabrielillo se levanta perezosamente, recoge sus cosas y se va echando una última mirada al zapato sucio de Jonás. Parece que eso le duele profesionalmente. Luego se van los dos hombres, en otra dirección. Jonás lleva un brillo impar, de sol negro y reciente, en sus andares lentos. Un zapato negro y otro sucio.

La luna es como si se alumbrase a sí misma. Da en un paisaje lunar. Jonás está sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el tronco de la morera grande. Jonás mira lo que tanto conoce, un paisaje que se confunde con su vida, o que a ratos se le presenta desconocido. Extensiones de tierra y carbonilla, tocones de árboles talados. Es como si la luna se llevase algo de la tierra, como si la luz blanca crease un vacío

donde antes había una catedral o un bosque, cuando la verdad es que nunca ha habido nada. Quizá la luna pone de relieve todo lo que le falta a la tierra, las grandes vegetaciones que tuvo y los templos naturales, de roca y agua.

Jonás está sentado frente al río, viendo pasar la otra orilla, boscosa y negra, interminable, mientras la corriente permanece secretamente quieta, bajo su rumor de huida. El muchacho mira el tiempo y el río tiene ojos repentinos, luces, cosas que viven en su fondo, para orientar la zarpa de las aguas. Hay un silencio en la luz, pero la sombra está llena de rumores y el río es un monólogo. En esta quietud, la presencia remota de un hombre cambia la dirección del tiempo. Jonás lo advierte en su nuca y se vuelve lentamente a mirar. Esa sombra delgada que se acerca puede ser Gabrielillo. Jonás vuelve a mirar el agua.

—Buenas noches, Jonás, aquí me tienes.

Y el gitano se pone en cuclillas, a su lado. De noche, Gabrielillo huele más a gitano, como algunas flores dan más perfume. Jonás no dice nada.

—He rondado antes por aquí y me parece que has venido solo, Jonás. Eso está bien. No me fío de los dos juntos.

—Ya te dije que Pedro no es bueno para hacer tratos. Me tiene estropeados algunos. A ver si te llega con eso.

Y Jonás saca despacio un fajo de billetes, con lomo gordo, del bolsillo alto de la camisa.

—Ni lo cuento siquiera —dice Gabrielillo—. Ya vosotros sabéis lo que vale mi secreto. No me vais a hacer putadas porque os va la vida en eso.

—Por mí, tranquilo, Gabrielillo, pero cuídate de Pedro.

—Y vosotros cuidaos de mí. Ahora soy vuestro cómplice, me habéis sobornado. Esto es un negocio a tres. Nos protegemos o nos destruimos.

—Te explicas, Gabrielillo.

El gitano tiene los billetes en el puño y acciona con ellos. Quizá no quiere que Jonás sepa dónde se los guarda. Por fin los coloca en el bolsillo trasero del pantalón.

—¿Echamos un pito, Jonás?

—No, que a lo mejor me pillas distraído y me la clavas. Pero te juro que no he traído más dinero que el tuyo.

—¿No te fiabas?

—Tú tampoco.

—Así no puede ser. Vamos a echar un pito.

—Más vale que te vayas antes de que llegue Pedro.

—¿Es que va a venir aquí?

Y el gitano se pone en pie. Hay algo en eso que no le gusta.

—Con Pedro nunca se sabe.

—Y contigo tampoco. Vaya un par.

Gabrielillo echa a andar por donde ha venido. La luna le marca la espalda bajo la camisa, le hace más delgado. Jonás vuelve lentamente la cabeza y le llama. El gitano está como a quince metros:

—¡Gabrielillo!

Gabrielillo vuelve un perfil que se le llena de luna y la pedrada le da en la sien derecha, sin apenas sonido. Pedro es zurdo y por eso fuma con la derecha. Desde la copa de la morera, su mano izquierda ha lanzado la piedra con velocidad que casi no es humana. El gitano está en el suelo, algo estirado, muerto. Pedro salta a tierra y los dos hombres corren hacia Gabrielillo. No dudan un momento que esté muerto. Lo arrastran hacia el embarcadero. No hablan cuando trabajan.

El río va más de prisa o más despacio. No va igual que antes. O será cosa de ellos. Meten el cadáver bajo una de las barcas volcadas. Jonás ha vuelto a sacar los billetes del pantalón del gitano. Luego van a la barca en uso, la desamarran y entran en ella.

Jonás rema atravesando el río. Pedro lleva la mano izquierda metida en el agua, como si la piedra, tanto tiempo retenida, le hubiese quemado. La luna da en su cabeza sólida y hermética, haciéndola de un bronce sombrío y blanco. Amarran en la otra orilla. Se internan un poco en la pequeña selva y se echan a dormir sobre la hierba. Jonás fuma un momento. Pedro se queda dormido con la mano mojada sobre la frente.

Campos de trigo, bosques de álamos, prados y acequias, secarrales y parcelas de sol, tramos de cielo y geografías de sombra. La bicicleta corre a través del mundo, rápida y alegre, viva en la luz. Pedro da pedales y lleva a la Ina, su hermana pequeña, sentada frente a él, en la barra, y a Jonás compartiendo el sillín, casi cayéndose. La mañana es antigua y joven.

La Ina grita de vez en cuando, o se ríe, la bicicleta desvaría, Pedro va en silencio y Jonás hace alguna advertencia de vez en cuando. Hasta que caen al suelo, en catástrofe de risas, tropezada la bici contra nada, torcida como por capricho, y quedan sobre el trigo, como si hubieran caído en el sol.

La Ina es morena, niña y chico. Puede que tenga catorce o quince años. Pedro se acuesta con su hermana desde que la Ina tuvo la primera menstruación, o desde antes. La Ina se tiende en el trigo y se levanta las faldas hasta la cintura, porque le dé el sol en las piernas. Tiene la cara ni guapa ni fea, llena de salud y vida, eso sí, y una braga grande y blanca que es arreglo de una de su madre. Sentados entre los trigos, Jonás y Pedro fuman en silencio, sudorosos. Jonás, alguna vez, le pasa el cigarrillo a la Ina, que se esfuerza por fumar como un chico.

El campo zumba como un solo moscardón. El cielo está altísimo y el mundo es una herida de oro por donde sangra la luz y fluye el día. En el trigal huele a vida y tiempo encenagado. Todos los vientos que aquí han muerto hacen temblar las espigas. De pronto, Pedro le arranca el cigarrillo a la Ina, lo apaga y se lo come:

—No fumes, puta, que ya tienes bastantes vicios.

—Los que tú me has traído.

Pedro la abofetea con la velocidad, más que con la fuerza de su mano izquierda.

—Aquí mi amigo te va a follar ahora.

—No está mal el Jonás.

Y la Ina le mira con sus ojos oscuros, que no acaban de ser bellos.

—Te gustan todos. Eres una mala puta. Pero primero estoy yo, que soy tu hermano.

—Me da lo mismo el turno. ¿Me quito ya las bragas?

Pedro la abofetea de nuevo, ahora con más violencia, y la Ina se acaricia la mejilla con una mano: el gesto es de estar muy acostumbrada.

—Y luego te vamos a preguntar unas cuantas cosas.

—¿A mí?

—Que sé en qué pasos andas, hermana. Que te estás descarriando, que te mato.

La Ina, por no contestar, empieza a bajarse las bragas. Pedro se va desabotonando la bragueta. Canta un pájaro encima de los tres, aunque encima no hay nada, más que cielo. Jonás se echa de espaldas con las rodillas en alto y el cigarrillo en la boca. Cruza las manos bajo la nuca y cierra los ojos, por ver mejor la hermosura del mundo que tienen en torno. Por ver hacia adentro cómo las imágenes luminosas se descomponen, se asocian a otras, van creando otro mundo posible. El trigo crece sobre su cabeza. Abre un ojo para mirar la espiga más cercana. De muy cerca le llegan los gritos infantiles y sexuales de la Ina, por sobre el jadeo negro de Pedro. Es como un mar oscuro espantando gaviotas. La espiga que Jonás ha visto parece una catedral gótica de oro, un objeto religioso y pagano al mismo tiempo. Cierra el ojo y piensa en la espiga. El rumor de los hermanos es ya como un olor. Un olor animal entre la castidad de los trigos. Ahora la Ina murmura y Pedro dice cosas que no son palabras, con una voz que Jonás no le conocía. Son como dos cadáveres fornicando en una sepultura, sobre la que ha crecido el trigo.

Una brisa que no viene de ninguna parte mueve las espigas y recorre los tres cuerpos, como poniéndolos en contacto. Ahora te toca a ti, ha dicho Pedro. Jonás se incorpora y queda sentado. Les mira entre las espigas. Pedro está de rodillas, abotonándose, y la Ina sigue echada. En sus rodillas desnudas y levantadas, rodillas un poco de chico, la luz redondea un brillo oscuro y terso. La Ina es como un poco mora. Jonás se

desabotona. Cierra otra vez los ojos. Pero hay tanta luz dentro de su cabeza como fuera. Tiene el cielo y el viento entre las dos orejas.

—Date la vuelta, que no me gusta meterla donde acaba de meterla otro —dice Jonás. La Ina se da la vuelta, se pone de rodillas y le ofrece a Jonás unos glúteos anchos y morenos, pero todavía infantiles, tersos, ingenuos. La verdad es que el culo se conserva infantil toda la vida, en hombres y mujeres, y quizá esto explica muchas cosas. Jonás acaricia primero, antes de la penetración, de rodillas detrás de la muchacha, aquella sencillez complejísima, dos medias esferas de materia pura y femenina, curvatura donde la mujer es más mujer, ya desde niña.

Pedro levanta la bicicleta del trigal, le limpia algunas espigas de entre las ruedas y se pone a correr en ella por el camino inmediato, con un pie en el manillar y otro en el pedal izquierdo. Lleva las manos y los brazos abiertos, por guardar el equilibrio. Así viaja un kilómetro o dos, provocando la sonrisa de algún labrantín que se cruza y el asombro de algunas mozas. Va y vuelve hasta un molino. Así varias veces. Pedro disfruta del día entero y crudo, pero disfruta a su manera. Su manera de entenderse con el mundo es la violencia, el esfuerzo, y de pronto ha encontrado un juego divertido. La Ina está aplastada contra la tierra y las espigas, y Jonás está aplastado sobre ella. Siguen fornicando, jadeando, manteniendo un diálogo donde nada quiere decir nada, donde sólo importa el tejido de las dos voces, la textura dulce y sangrienta del momento, pues que la Ina, efectivamente, sangra un poco por el recto. Pedro cambia de pie, es decir, pone el izquierdo en el manillar y pedalea con el derecho. Esto es un poco más difícil, porque el pie derecho es diestro como una mano para llevar la bici, pero el izquierdo no. ¿Sabes que me gustas, Jonás? Me parece que te hago daño. No te preocupes, Jonás, todo lo que tú me hagas me gusta. Pedro no tiene ningún interés en ver follarse a la pareja, aunque sí lo tenía en que su hermana follase con su amigo. El viento es ahora como una vela azul e inmensa que se hincha en el mediodía. Parece que el campo entero va a zarpar hacia otra parte. Pedro pedalea con furia y alegría, y al pasar cerca de la pareja, les echa una mirada. Están tardando un poco más de lo debido, pero él le gusta correr y jugar con la bici de su hermana, que es una bici de chico, porque la Ina jamás hubiera aceptado (robado) una bici de niña, sin barra y con cintas en el timbre.

El amarillo de los campos se extasía en sí mismo hasta palidecer de felicidad y angustia, bajo un sol que no existe, de tan absoluto. Pedro piensa, mientras pedalea (ahora con los dos pies, ortodoxamente) que a él nunca se le había ocurrido probar con su hermana por otro conducto. «Es como si Jonás la estuviese desvirgando. Por ahí no había entrado nadie».

Y sonrío, pero la sonrisa le duele en la cara, como si tuviera una cicatriz a un lado. Te equivocas, hermano, yo no voy a casa de la Lola Galisteo a follarse con viejos por doscientas pesetas, eso me da asco, es la Lola Galisteo la que me folla, bueno, la que me soba, la que me besa, la que me mete cosas por la rendija, botellas, cirios rizados de la iglesia, de todo, la Lola es tortillera, sí ¿no lo sabíais?, se acuesta con todos esos cabritos importantes de la ciudad por el dinero y el poder que le dan, pero a la Lola Galisteo lo que le van son las chicas jóvenes, es un tortillerón, una vieja bollacona, pero por lo menos no tiene polla, de modo y manera que aguanto mejor lo suyo que el que me la meta un inspector de Hacienda con picha de sacristán, eso que ni lo intenten, no soy puta, hermano, para que lo sepas, y si quieres, puedes seguir pegándome, que eso no me importa, tampoco soy tortillera, pero lo de la Lola Galisteo es más cómodo, no hay más que dejarse querer, a veces me parece una madre, y me da dinero, claro, y muchos regalos, todo eso que a ti te tiene mosca, hermano, pero a mí no me folla un viejo por doscientas pesetas ni por dos mil, o sea que ya lo sabes todo, y aquí Jonás lo mismo, que me cae a mí tu amigo y aunque me ha dado por retambufa, el muy maricón, y todavía me duele, y hasta he sangrado, me gustaría volver a verte, Jonás, y

le coge una mano al chico con su mano ensangrentada y las dos manos quedan unidas, sobre la tierra oscura, y pegadas una a la otra por la sangre que se seca.

Los desguaces herrumbrados y toda la enorme ferralla inútil del gran patio-almacén de Ruibáñez brillan al sol de las nueve de la mañana, un sol blanco y laboral, con intensidad y sin grandeza, y se quisiera adivinar allí diseños de barcos, de aviones, de automóviles, de ferrocarriles, pero la materia ha perdido su ser, en el galpón, y es sólo un inmenso esqueleto mineral, inexplicable, glorioso en algunos perfiles, siniestro en otros. Ruibáñez es hombre más bien alto, como de cincuenta años, con pelo gris y manoletinias, sonrisa cordial, que se endurece en el oro de algunos dientes, y zapatos de rejilla todo el año, que se le fatigan mucho los pies.

—Os esperaba de un día para otro. La pasma ya ha estado aquí varias veces a preguntar.

—¿La pasma?

—Buscan las cosas del viejo bujarrón aquel que murió hace quince días o un mes.

Los dos muchachos pareció que daban un paso atrás, con sus fardelillos en la mano, pero en realidad no se movieron del sitio.

—¿Y por qué nos esperaba usted a nosotros?

—Venga, joder, Pedro, que no somos nuevos. Yo tengo clasificada a mi clientela en un archivo. Y a mis proveedores. Yo sé en lo que trabaja cada uno.

—Pues un día le vamos a quemar esos archivos de mierda —dice Pedro.

Ahora parece que Pedro ha dado un paso adelante, pero tampoco se ha movido.

—Usted sabe en lo que trabaja cada uno —interviene Jonás—, pero nosotros era la primera vez que hacíamos ese trabajo.

—El instinto del oficio, Jonás, qué quieres que te diga. —Y Ruibáñez le pone una mano en el hombro a Jonás, como dándole por más tratable—. ¿A quién iba a meter don Alfredo en su piso lleno de tesoros: a Gómez el Rubio, que es más viejo que él y vomita el vino todo el rato? Don Alfredo sólo metía en casa muchachitos. O niños, si es que cazaba alguno.

—Nosotros no somos chaperos, oiga —salta Pedro, dando un imaginativo paso adelante, que no da. Y se comprende que al rechazar la condición de chapero no está invocando ninguna honra, sino quitándose un delito de encima.

Ruibáñez se quita las manoletinias y les mira con ojos claros y rostro macho. Se pasa dos dedos por encima del labio, acariciándose un bigote que ya no tiene. Es la cara de un hombre que hizo la guerra. Se vuelve a poner las gafas de sol:

—Habéis venido con los fardelillos, como dos peones que van al trabajo. Hay trato o no hay trato.

—Lo convenido —dice Jonás— era negociar sobre el material, sin hablar nunca de la procedencia.

Y Pedro:

—Eso. Usted nos está amenazando con lo del viejo ese, y con sus jodidos archivadores, para bajar el precio, para darnos menos.

Ruibáñez respira profundamente, como echándole paciencia a la cosa.

—¿No habrá dado usted nuestros nombres a la bofia?

—Muchachos, no soy un traidor ni un confidente. Yo hice una guerra cuando vosotros, a lo mejor, ni siquiera habíais nacido. Vamos al despacho.

—Espere —dijo Pedro—; Jonás, ya sabe, viene con su colitis, como siempre. Yo creo que son los nervios. Mientras vamos haciendo el trato usted y yo, Jonás podría hacérselo por ahí, por algún rincón.

Jonás se lleva las manos a la hebilla tejana del cinturón y sonríe estúpidamente. Ruibáñez ríe fuerte, enseñando más oro en las muelas.

—El cagueta este de siempre. No, nada de hacérmelo por aquí, que luego me dejas el olor para un mes. Sube al retrete, ya sabes el camino.

Ruibáñez y Pedro se dirigen a las oficinas. Jonás hacia otra puerta de la casa cuadrada, de dos plantas, que está en el centro del gran solar de los almacenes. Sube

una escalera de azulejos malos y arriba, de la pieza de la derecha, que es la cocina, sale una mujer fuerte y enmadrecida, de unos treinta y tantos años, secándose las manos en el delantal, que es de bambis y patos donald. Jonás y ella se abrazan de golpe y en silencio. Se besan en la boca. La belleza de la mujer es algo que se adivina tras la geología áspera de su rostro. Caminan abrazados, como bailando, hasta un baño contiguo. Allí se encierran, ella se arranca el delantal y se sube las faldas. Jonás. Crescencia. El paso por la cocina les ha dejado un perfume de guiso con mucha cebolla. En el baño huele a paños higiénicos de mujer y a una colonia macho que es la misma que difunde Ruibáñez cuando se mueve. Jonás y Crescencia fornican directamente, de pie, contra una pared en la que faltan algunos azulejos. La cabeza de ella da contra un armarito con espejo, donde Jonás puede verse los ojos un poco orientales por sobre la nuca de la mujer de Ruibáñez.

Es una fornicación violenta, rápida, matinal, angustiada y alegre. La señora de Ruibáñez huele a menstruación y a cocina, a juventud tardía y jabón de olor. Con las manos y con su miembro, lo que Jonás posee es un cuerpo áspero y fino, erguido por el sexo sobre sus derrotas, una carne muy hecha y muy sabia, una piel delgada que el trabajo ha puesto terrosa en ciertas zonas. Las manos de Crescencia, cálidas manos de madre, duras manos de hombre, acarician y arañan a Jonás por todas partes. Han sido diez minutos o diez horas. Crescencia le besa por última vez en la boca y se va a atender sus guisos, volviéndose en la puerta del baño con una sonrisa casi de cumplido. Jonás, al quedarse solo, orina directamente en el lavabo. Luego abre la ventana del baño, como para que se vayan los malos olores. Se lava la cara y se peina un poco ante el espejo del armarito, con un peine que saca del bolsillo trasero del pantalón. De pronto le entra la risa y se sonríe a sí mismo, ampliamente, silenciosamente, en el espejo. No se reconoce, no sabe quién es, le da miedo y se va.

—Aquí está el cagueta —dice Ruibáñez, cuando Jonás entra en la pequeña oficina de la planta baja—. Hueles a cocina.

—Su mujer me ha dado a probar un bocado.

—A que estaba bueno. Es una gran guisandera la Crescencia. Y tienes que mirarte en un médico eso de la tripa. No se puede andar por tu oficio si te vas todo el rato de vareta.

—Sí, tengo que mirarme.

Pedro, sentado ante la mesa del despacho, cuenta billetes verdes, con la cabeza baja.

—¿Quieres contarlos tú, Jonás?

—Deja, ya haremos cuentas. —Y se sienta en otra silla, ante la mesa.

Ruibáñez pasea por el despacho fumando rubio. Ha llenado su pequeña oficina de humo y olor a tabaco rubio, más el perfume de sus axilas, que era el que había en el baño, claro.

«Pedro se ha puesto en razón, por una vez». Pedro fabrica un mazo de billetes sobre el cristal rajado de la mesa y le da la mitad, más o menos, a ojo, a su amigo Jonás. «Claro, sigue Ruibáñez, si es que con este material no podáis andar jugando, que hay un tío tieso de por medio; además, hacerse cargo de lo que me va a costar a mí darle salida a todo eso, con lo sonada que ha sido la muerte del difunto, aunque por otra parte me alegro, qué joderse, el tío era un rojo que tenían que haberlo fusilado ya hace mucho: esto vuestro que se habría ahorrado». Ruibáñez, una vez hecho el trato, gusta de recrearse en la suerte y echarle conversación inútil al tema.

—Bueno, señor Ruibáñez, que nos vamos.

—Hasta la próxima, majos.

—Y que usted está tan metido en esto como nosotros.

—No hay más que hablar. Ya me lo ha recordado Pedro. Mírate esa tripa, Jonás, que eso no es bueno dejarlo.

Sale con ellos hasta la mitad del almacén. Los desguaces herrumbrados y toda la

ferralla inútil que constituye el reino de Ruibáñez, es ahora de oro y orín bajo un gran sol. En una ventana alta está la cara de Crescencia. Quizá Crescencia espera que Jonás se vuelva un momento para despedirse con la mirada. Pero Jonás no se vuelve. La ciudad, hacia las once y media de la mañana, es un inmenso aleteo de parques y mercados, de gentes y de viento. La luz enloquece en las pirámides de naranjas, canta como un coro en la espuma de la presa, corre por las calles y se extasía en las plazas, junto a los hombres solos de las esquinas, como una meretriz remolona. Jonás y Pedro se dejan llevar por la ciudad, lo miran todo, como si estuvieran en un país exótico, se tocan los billetes en el bolsillo, de vez en cuando, comen fruta y hasta compran flores para dárselas a las chicas que pasan.

—¿Qué tal la Crescencia?

—Tan cachonda como siempre. Es una salida.

—¿Ha sido un buen polvo?

—Rápido, pero un buen polvo. Como siempre.

Pedro no dice más, pero va pensando en el día que llevó a Jonás a aparearse con su hermana. Aquello también debió ser un buen polvo.

De chicos, los domingos, yo me iba con mi abrigo nuevo, arreglado de uno de mi padre, a rondar las naranjas del mercado. Los domingos por la tarde, cuando el mercado cierra, los camiones de fruta y de pescado se están todo el día y toda la noche en las traseras del mercado, hasta que los descargan el lunes. Entonces no comíamos naranjas, que las mandaban todas a no sé dónde, o estaban caras. Yo me despertaba ya por la mañana, los domingos, pensando en la naranja. Después de comer me ponía mi abrigo nuevo, marrón, y me iba a rondar los camiones, hasta que localizaba el de las naranjas. Había un vigilante, claro, pero a mí me parecía que mi abrigo nuevo me daba aire de niño bien y que no iba a hacerme sospechoso. De todos modos, si al vigilante se le notaba mosqueo, yo me iba y volvía. Ya había localizado el tablón roto por donde sacar una naranja guachi, gorda, hermosa, de la trasera del camión. Pero el cabronazo del vigilante no se iba.

(Están en la copa de la morera grande. No es invierno ni verano. Pedro, con las piernas cruzadas, en equilibrio imposible sobre una gruesa rama, escucha a Jonás la historia de la naranja. Pedro fuma o mastica colillas y mira a Jonás fijamente, más fascinado, quizá, por la fluidez de las palabras que por lo que el otro le cuenta. A Pedro, de alma lacónica, le enhechiza que su amigo pueda hablar tan seguido. Hay un resto de luna por el cielo y el río pasa tenue por encima o por debajo del embarcadero).

Ya le tenía yo cogidas las horas al vigilante, que hacia las cuatro y media se metía en casa Gabino a tomarse unos cigales y hablar del partido del día con los clientes. El problema era de tiempo, porque yo también quería llegar al cine Mantería, sesión continua, a comerme la naranja a oscuras, y no perderme el principio de la película, que si no luego no entiendes nada. Pero el vigilante podía ver el camión desde casa Gabino, si le daba por mirar. Nunca me cogieron. Unos domingos tardaba más que otros, o llegaba tarde al cine, pero nunca me cogió aquel hijo de puta, ya te digo. Lo de la naranja era como una obsesión. En la escuela, ya sabes, sólo nos daban mandarinas viejas. La naranja se hacía grande en mi cabeza, como el sol. Yo sabía cuándo había llegado el momento. Bueno, como lo sabemos tú y yo ahora. Entonces iba directo al bujero, sacaba la naranja y me la escondía debajo del abrigo nuevo del abrigo viejo de mi padre. La cosa estaba en andar muy despacio, claro, ya con la naranja bajo el sobaco, como paseando, y así hasta el cine Mantería, que ya sabes que está cerca. Dentro del cine, a oscuras, yo solo entre la gente, pelaba la naranja y me la comía. Las mondas las iba metiendo en el bolsillo del abrigo, por si luego tenía más hambre. Cómo me acuerdo de aquellas naranjas de los domingos, de aquellas guachis robadas, que me comía en el cine, mientras veíamos una de Rod Cameron repartiendo hostias a todo el mundo, por el saloon.

(Están en la copa de la morera grande. No es de noche ni de día. Hay un resto de sol o de luna por el cielo y el río pasa debajo del gran árbol como una serpiente silenciosa y aburrida. Pedro está hipnotizado por el relato de Jonás, por la mera continuidad de las palabras, por la magia de la voz. Pedro, quizá, comprende por primera vez en su vida lo que jamás había comprendido en la escuela: qué cosa sea la cultura. Fuma los cigarrillos a medias y luego se los come).

Ni siquiera me atrevía a comerme la naranja en el descanso, cuando todo el mundo merendaba, por si me habían seguido y me estaban espiando. Ya sabes que las guachis llevan un sello en tinta roja. Bueno, pues, con el jugo de la naranja, toda la tinta se me corría por la boca y por la cara y por las manos. Un domingo, al llegar a casa, la bisabuela me preguntó de dónde venía. Del cine. ¿Del cine, eh, con toda la cara y las manos llenas del carmín de las putas? De putas es de lo que has andado, bisnieto, y me daba de escobazos por toda la casa, degenerado, golfo, perdido, inútil, vicioso, que sales a tu padre.

(Estaban en la copa de la morera grande. Había un resto de luna en el cielo. El río, etcétera).

Un aire de papeles errantes. Un papel errante cazado al vuelo, de pronto, por un tampón. Parece como si los policías, los guardias, los detectives, lo que sean, se dedicasen a la extraña cinegética de hacer volar papeles, de mano en mano, hasta que uno de ellos (uno de los guardias-policías-detectives, lo que sean) caza el papel, un papel, con un tampón, y le da fuertes tamponazos. Huele, pues, a hombre muerto y a tampón. Pedro y Jonás lo miran todo en silencio. Esto es la pasma, esto es la bofia, éste es el camino del trullo. Parece una oficina como las de ir a sacar la fe de nacimiento, sólo que aquí todos llevan pistola, se les nota que llevan pistola, aunque la pistola no sea visible, algunas sí.

Jonás y Pedro son un solo pensamiento en dos cerebros. El viejo bujarrón, la muerte, el robo, una denuncia, Ruibáñez, la hostia, vete a saber. Hay aquí un cosa contra vosotros, muchachos, que me ha obligado a llamaros. Perdonad la molestia, pero se ha producido una denuncia contra vosotros, y la voz del inspector, o lo que sea, que está sentado a una mesa y los tiene de pie, es una voz afable-amable, casi como la voz de sus maestros, en aquella escuela, cuando tenían que reñirles un poco por alguna locura menor. Es una voz de fieltro (no llega al terciopelo), pero de fieltro moral. Es una voz de fieltro y nicotina que gusta oír. Jonás-Pedro saben, sienten que de esa voz no puede venir nada malo, como de la voz del viejo médico de cabecera, que siempre decía no es nada, no es nada. Aunque les recuerde la muerte del bujarrón y el garrote vil para ellos, o lo que sea, parece que lo aceptarán complacidos, como niños arrepentidos, deseosos de purgar, sólo por la voz de aquel hombre.

Seguro, piensa Pedro-Jonás, que le han elegido para esto porque puede persuadir a cualquiera de que acepte su culpa. Hace mucho que Pedro-Jonás no se confiesa, pero siente que la voz del confesor era así, tres avemarías cada noche por tocamientos secretos y acciones deshonestas consigo mismo o con otros. Qué fácil todo, qué dulce, qué hermoso ganar el cielo, qué buena la religión, las tres avemarías servían más bien para dormirse sin acabar la segunda. Ahora, con la pena de muerte, es cuando van a ganar el cielo, pero a Pedro-Jonás no le importa nada morir, pues que todo será de fieltro, como la voz del comisario, o lo que sea, y el garrote vil de los delincuentes comunes será una grata presión de fieltro en la nuca, y luego el cielo o el infierno o la hostia. Todo bien.

La oficina, la comisaría, lo que sea, *lo-que-sea*, es un Gulf Stream de corrientes de aire, puertas batientes, gente que va y viene, mecanógrafas puretas y tarretas, que comercian con la muerte como en otras oficinas se comercia con productos lácteos. De pronto, el hombre-ráfaga, el detective de película que entra violentando el aire, que cruza sin saludar a nadie, con el sombrero puesto, y se encierra en un cuarto del fondo, con mampara de cristal esmerilado. Es tan como en las películas que Jonás-Pedro no acaba de creérselo.

Y cuando Jonás-Pedro ya está resignado y casi animado a su suerte y a su muerte, la voz de terciopelo, o casi, sigue hablando como le hablaron las voces —maestros, confesores— más prudentes de la infancia. Hay aquí una denuncia por escándalo en la taberna taurina, parece que no os portasteis bien con Gómez *el Rubio*, que es una gloria local, toreó con *Bombita*, vosotros no sabéis quién era *Bombita*, vosotros qué vais a saber, la fiesta está muriendo porque están matando la afición, Manolete fue el último, es lo que yo digo, Manolete fue el último, tampoco vosotros sabéis nada de Manolete, qué coños vais a saber, hijos míos, bueno, a lo que iba, que no se puede tratar a Gómez *el Rubio*, ni a nadie, como vosotros le habéis tratado, según referencias, y hojeaba papeles, una trastada, ya lo sé, una trastada de chicos, Gómez *el Rubio* es un alcohólico que se lía solo sin que nadie le anime, sólo quería amonestaros un poco, hijos, sólo eso.

Un aire de papeles errantes. Un olor a hombre muerto y a tampón. Jonás y Pedro se

miran un momento. De modo que ni bujarrón ni crimen ni nada. Están a punto de reírse. El comisario, o lo que sea, se pone en pie. Pedro-Jonás está casi decepcionado. Ya estaba aceptando, tan dulcemente, el protagonismo del asesino, inducido por la voz de aquel policía, de este policía. A este policía se lo hubiera confesado todo con alivio, como cuando las confesiones de la infancia. El cura también prometía la muerte, como los policías, sólo que la llamaba el cielo.

Pedro-Jonás respira, absorbe el aire de la comisaría, un aire gris y sucio, como sabiendo que será lo último que respire en su vida, antes o después. Quizá quiere perderle el miedo a eso que llaman la justicia, la ley, y que después de todo está tan pegado a uno, toda la vida, desde que uno roba la primera naranja, el primer monedero. Es como conocer el otro lado de la profesión.

Salen de la comisaría despacio, muy despacio, mirándolo todo, queriendo fisgar por dentro la maquinaria gastada y eficaz que les está preparando ya, sin saberlo, su muerte futura. De modo que la muerte es una oficina. La comisaría está más del lado de la muerte que de la vida. Pertenece ya a la burocracia del cielo, o como se llame lo que viene después, que seguramente no viene nada. La comisaría, la cárcel, la ley, son un cementerio más animado que los cementerios, porque aquí los muertos están vivos, y tan vivos y tan muertas parecen los condenados como los verdugos. Un clima de archivera madura y de tampones abiertos, una flor de trapo es toda la comisaría, una sola e inmensa flor llena de polvo y perfume morado. Una flor giratoria es la puerta de aspas por la que dan vueltas asesinos y magistrados. Pedro-Jonás ya está en la calle.

Se unen y desunen en una abierta y sana carcajada. Se dan puñetazos y trotan un poco. Buenos chicos, buenos chicos. De modo que era eso, como dicen en las novelas. *Gómez el Rubio*. Un susto por *Gómez el Rubio*. Su primer paso por la comisaría (han dejado las huellas dactilares en un papel, untadas de tampón, como un sello curioso, como un juego para filatélicos) les ha familiarizado con algo que sabían que estaba al otro lado de su vida, como por el revés. Y ahora, la vuelta a la calle les permite descubrir el mundo como si efectivamente volvieran de la pena de muerte. La vida tiene luz, joyerías, pescaderías, perros, carteros, árboles, relojes, autobuses de un amarillo absurdo y estimulante. En la vida se puede robar de todo. La vida es una tienda abierta.

El paso por la comisaría conforta mucho para seguir robando y matando, pues se comprende de pronto que la vida está ahí, aquí, al alcance de la mano. Jonás y Pedro, sin saber cómo, acaban en el bar cercano al mercado, el bar donde el viejo bujarrón les dio su domicilio, cuando le vieron el plumín de oro, mientras él lo escribía en un papel. Beben vino y hacen proyectos. Los proyectos hablados no sirven, dice Pedro. Los planes se te ocurren y los piensas o no los piensas. Valen o no valen. De la conversación no sale nada. Pues hablamos de otra cosa. Por ejemplo de tías. ¿Te gusta a ti la Lola Galisteo? Me la tiraba hasta muerta. La Lola Galisteo sí que puede llevarnos al trullo; tiene poderes. Y me pareció la otra noche que sabía todo lo nuestro. Todo. Es muy lista la Lola Galisteo. También me la beneficiaría por lista. Lo hacen mejor que las tontas. Tú te la buscarás un día por las mujeres. Lástima no haber tenido una hermana, como tú. El rostro de Pedro se pone duro al oír eso. Jonás comprende que no ha debido decirlo. Por delante del ventanal pasa don Alfredo, otro don Alfredo, cianótico y digno, con su cuello de rizo y sus ojos cazadores y turbios. Ése ya va a mirar pollas aquí al lado. Si es que no escarmientan. ¿Bajamos a echar una meada? Sólo por ver el material. En la escalera de los urinarios saludan a la señora del delantal blanco. Don Alfredo, el nuevo don Alfredo, ha empotrado su cuerpo grande y viejo en uno de los urinarios. Jonás y Pedro se le ponen a los lados. Huele a masturbación y desinfectante. La luz del día entra gris por una rejilla del techo, formando una pasta desmembrada y triste, agria y sin color, con la luz del fluorescente. Jonás y Pedro se miran por detrás del viejo, mientras éste, sin duda, les curiosear el miembro. Les da

como asco y pereza repetir el trabajo con don Alfredo. Sería como volver al lugar del crimen. Ni el amor ni el asesinato admiten vuelta, repetición, piensa Jonás mientras se la sacude ostentosamente, sólo por engañar un poco al viejo. El viejo ensaya tardanzas, pero le dejan irse. Están aprendiendo muchas cosas esta mañana. Por ejemplo, que matar dos veces de la misma forma le quita alegría al crimen.

La calle de la Lola Galisteo es una calle estrecha y de largas curvas, una calle que parece más larga por lo afilada. A la altura de la casa de Lola Galisteo, sólo dos puntos de luz explican la noche: un farol romántico del Ayuntamiento, de algún Ayuntamiento romántico, y una luz de santa de hornacina, que está precisamente en la rinconera que hace la casa de Lola. Pedro y Jonás, ocultos en la confusión de unas ruinas inversas, de unas obras paradas desde cuando la guerra aquella que hubo (la República iba a hacer unas escuelas), ven salir al último cliente de casa de la Galisteo.

Es una sombra apresurada y corva, que se va con pasos rápidos. Tras él se ha cerrado una puerta alta y estrecha, aforrada de chapa y alambrada, que es la enseña vil y la defensa relativa de las casas de lenocinio. Porque aquello había sido una casa de lenocinio, sólo que la Lola, con sus oficios y artes, las había ido echando a todas, o dejando que se murieran, hasta quedarse de inquilina única y misteriosa de los tres pisos altos y estrechos, al hilo de la escalera pina, que era como de caracol, pero quebrada y no curvada. Pedro y Jonás cruzan la calle, golpean la chapa de la puerta con una llave y se esconden.

La Lola pensará que al recién despedido se le ha olvidado algo y vuelve, llamando discretamente. La Lola, sin duda, no espera ya a nadie. O quizá sí. Quizá a la portera del doce duplicado —Lola vive en el doce—, que de día le limpia a Lola la casa y de noche se juega con ella una brisca, o las que haga falta. La portera del doce duplicado no es que sea exactamente la celestina de Lola, que Lola no necesita de eso, pero algún celestinaje le hace de vez en cuando. Se ha abierto el único balcón del tercer piso:

—¿Eres tú, Genara?

Hay silencio en la calle. Un hombre canta flamenco muy lejos, como en otro barrio. Lola repite la pregunta, se inclina hacia afuera para mirar —está en bata— y luego se mete para dentro y cierra, con temblor de cristales y estallido de persianas. La Lola es lista y quizá no se fía de esa llamada a deshora. Hay que encontrar la manera de entrar en la casa. Pasa un bloque de silencio o de tiempo. Y de pronto se oyen los tacones de Lola en las escaleras. Lola va a abrir. Sin duda piensa que el cliente ha vuelto por algún olvido, y que lo hace con la mayor discreción posible. Pedro y Jonás se acercan a la puerta, deslizándose por la pared. La puerta se entreabre con ruido de cerrojos y cadenas, como una cárcel, y asoma un farol. Una patada al farol, un grito, negrura, silencio, cabrones, amordazan a la meretriz con una mano, otra mano le reúne los tobillos desnudos y se los levanta en vilo, la puerta se cierra por dentro con el mismo ruido de cadenas y cerrojos, atenuado por la prudencia, la Lola es un animal femenino y poderoso que coletea sin eficacia entre los brazos de Jonás. Pedro va dando luces, delante. Suben por la escalera estrecha y pina, que los dos muchachos recuerdan claramente de la primera y única visita de la pubertad, cuando aquello estaba lleno de mujeres y soldados. La casa ha ganado mucho.

La casa huele a comfortable, huele a mujer sola que se echa muchas cremas. Huele a colillas y perfume caro de hombre. Huele a orinal y vino viejo. Los muebles son viejos y feos, pero están barnizados muy recientemente. Hay otros muebles más modernos, como una radio, una televisión, un reloj electrónico, una litografía del primer Picasso, un frigorífico y un Cristo estilizado en la línea de un mal imitador de Miguel Fisac, un arquitecto famoso de Madrid. Van subiendo las escaleras como un decorado de teatro. El recibidor es pequeño. Tiene un altarcito de la Virgen y unos programas de películas antiguas, enmarcados, donde se ve a Linda Darnell o Rita Hayworth enseñando una pierna de entonces o volcando discretamente un escote excesivo y sin vida. En la primera planta se ven, por las puertas abiertas, dormitorios con una lamparilla, quizá religiosa, retretes limpios y viejos, que perfuman de asperón y lejía, y una cocina pequeña, ahogada de enseres arcaicos y modernos, una bombilla desganada sobre un mantel de hule y un despertador verde, como un loro, sobre una alacena de madera

blanca. Es cuando Lola muerde en la mano a Jonás y da patadas al aire o a las paredes. Se le ha caído un zapato (alto, fino y plata) que rueda escaleras abajo (se conoce que llevaba algún impulso del pie), hasta quedar arrinconado en un pequeño rellano, como un animal o una joya. El zapato abandonado es también como un rastro de crimen. Pasan la segunda planta.

Otro mordisco en la mano. Jonás golpea la cabeza de Lola contra el quicio de la puerta, contra una esquina desnuda. Vuelve a golpear. La Lola queda medio dormida. Ahora la cabeza le cuelga y Jonás le mira el largo, blanco y viviente cuello, y siente en sus brazos la melena negra, roja, caoba, inmensa, de la Lola, como un bello trofeo de guerra. En la tercera planta es todo hermético y abuhardillado. Se trata, sí, de una buhardilla con las puertas cerradas y pintadas de verde.

Hay claraboyas por donde se ve la teatralidad pueril del cielo y las nubes, que cambian de sitio constantemente. Por esta claraboya se escapa rápido a los tejados, dice Pedro, y empuja el cristal hasta dejarla medio abierta. Jonás ha abierto una puerta de una patada, la puerta que tiene todavía un adorno navideño en la madera, que quizá lo ha tenido siempre, y naturalmente acierta con un dormitorio pequeño e íntimo, con una alcoba duplicada y reduplicada por los armarios de luna. La colcha es roja y los armarios son negros. Jonás deja caer a la Lola sobre la cama y le pone un pie en el vientre, unos momentos, pero la Lola no se mueve. Se le ha abierto la bata fucsia y larga, de orillo, y su ropa interior, decente y clara, deja ver el estómago neutro de la mujer y los muslos largos y finos, blancos por una cara y dorados por otra, y las piernas ni más ni menos que elegantes, y todavía el pie izquierdo con un zapato.

La Lola se incorpora en la cama, apoyándose en los codos. De modo que vosotros, hijos de puta, pardales, os la estáis buscando, cabrones. Pedro ha encendido la luz, que resulta ser una lámpara del techo, demasiado grande para la habitación. Pedro-Jonás es una doble silueta en un espejo, con un doble cuchillo en la mano, con una doble luz en el cuchillo, con un doble diamante en la luz, y así hasta el infinito, un infinito mareante para la mujer. Te vamos a follar y te vamos a matar, Lola. O quizá al revés.

—Te vamos a follar y te vamos a matar, Lola.

—O quizá al revés.

Los glúteos oscuros y apretados de Pedro se mueven ortodoxamente entre las piernas claras y abiertas de la Lola. La Lola es una profesional y, pasado el primer espanto, acoge al macho con experiencia-indiferencia, quizá con placer, y mientras tiene en sus entrañas maduras la masculinidad joven y violenta de Pedro, piensa que quizá todo termine con una doble violación, éstos son unos pardales, y el robo de cualquier cosilla, una sortija o un reloj de precio, éstos son unos chorizos, si me los conoceré yo, no me perdonan lo de la taberna taurina, aquella noche, cuando salí en defensa de Gómez *el Rubio*, y cierra los ojos como una buena profesional (sólo las tontas, las frías y las nuevas folian con los ojos abiertos), porque, aparte el oficio, Lola ve la navaja que Pedro ha dejado en la mesilla, abierta, y en la navaja hay un brillo, y en el brillo hay un filo, y en el filo hay como un diamante de luz, quizá el punto en que la hoja se detiene, cuando ha entrado en un cuerpo, y la sangre empaña ese brillo.

Jonás anda por la casa, dando patadas a las puertas, metiendo en un bolso de calle de la Lola lo que encuentra aquí y allá, porcelanas y oros, pájaros de plata pura, relojes de mal gusto y mucho precio, retratos de desconocidos (por lo valioso del marco) o de conocidos que le recuerdan a alguien, gente importante de la ciudad, sin duda, los dueños de todo, conocidos, en fin, que no conoce, más alguna flor de oro muy trabajado, detestable y carísima, y hasta unas bragas usadas de la Lola, que ha cogido en un baño, como fetiche, se diría que Jonás está incluso un poco enamorado de la puta, Jonás es muy enamorado, etcétera. Hasta se llevó una foto en óvalo de Lola.

Abajo, en la calle, Genara, la portera del doce duplicado, ha dado varias veces con la gran llave de su portal en la chapa que recubre la puerta de su vecina, pero nadie contesta, todo está muy cerrado. Genara es una mujer sin edad, porque la miseria y la artritis borran los años. Siente frío y se impacienta. Cruza la estrecha calle y desde la otra acera mira los balcones de Lola Galisteo, la señorita Lola, como ella suele llamarla. Hay luz en los dos pisos altos. Genara piensa que Lola, esta noche, tiene juerga de hombres y mujeres, aunque la Lola se desmanda poco, que es puta muy aseada, y Genara se vuelve a casa, al doce duplicado, echando de menos el anís machaquito que otras noches le sirve Lola y ella va chupando durante la brisca.

Genara comprende de pronto que está más viciada por el anís machaquito de lo que ella misma creía, y Jonás está robando por robar, porque luego los guardias le encuentren una justificación al hecho, y también porque es su oficio y no le parece honesto dejar las cosas donde están, cuando las cosas están a la mano y no son de nadie, sino del que las coge, eso de que las cosas son del que las tiene es una costumbre, nada más que una costumbre. Las cosas son del que se las lleva.

Pedro está en pie, desnudo de medio cuerpo para abajo. Jonás ha vuelto a la alcoba. Lola Galisteo, completamente desnuda en la cama, se da la vuelta y queda boca abajo, quizá por descansar un poco de la postura, quizá por coquetear con sus violadores, quizá por llorar sin que la vean. Así tendida, su larga y blanca espalda de dama sugiere un momento a los dos hombres. Venga, ahora tú, date prisa, dice Pedro, ¿ya has hecho el alijo?, pues la follas, la liquidamos y nos vamos, que aquí no estoy seguro, y empieza a ponerse los pantalones.

—Yo prefiero después —dice Jonás—. Me va a gustar más después.

La pura espalda de dama. Quizá la Lola se ha dormido. De modo que la hoja de la navaja entra, rauda y dulce, en la carne virginal de la puta, justo a la altura del corazón. Es una herida bella, es una semilla que se abre, roja, es casi como un sexo. Quizá el cuerpo de la mujer pueda abrirse todo él en sexos múltiples y frescos. Quizá todo el cuerpo de la mujer sea un enjambre de sexos palpitantes y secretos. Todo ha sido silencioso. La herida tiene algo de joya, algo de cosa cara, algo de boca sugestiva y mortal. Jonás besa aquello un momento. Luego da la vuelta al cuerpo de Lola y le ve la cara de muerta, de bellísima muerta que ha quedado con una pierna colgando fuera de la cama. Pero le sale sangre de la nariz o de la boca. Jonás tapa la cabeza de Lola con

la almohada, tras cerrarle los ojos donde hay una última mirada fuerte, dura, fija, asombrada y reprochadora. Después posee con dulzura el cuerpo caliente y dócil de Lola Galisteo, besa el largo cuello donde rebulle la sangre, penetra hasta la genitalidad aún viva de la víctima, está gozando un cuerpo ni vivo ni muerto, un alma que aún calienta los miembros largos, maduros y casi aristocráticos de la Lola. Jonás fluye, al fin, dentro de aquel cuerpo que la muerte ha hecho sagrado, como dentro de una diosa o una virgen. La muerte otorga a las mujeres una nueva virginidad. Se levanta, le quita a Lola la almohada de encima. Va hacia la puerta y contempla un momento la bellísima mortalidad de su amante. ¿Amante? Luego apaga la luz dando vuelta a la llave, como tendiendo sobre su víctima y su amor un sudario negro y absoluto, invisible y puro. Adiós, Lola. Pedro espera encaramado ya en la claraboya, con la bolsa del botín. Venga, vamos, que ahora nos quedan los tejados. Debajo de la claraboya hay una silla, que es la que ha utilizado Pedro para remontarse. Jonás se sube a la silla y ya están los dos en el tejado. Caminan despacio sobre las tejas, como sobre nieve, muy inclinados. Saltan de unos tejados a otros. La luna se diría que salta con ellos. Junto a una chimenea negra se separan. Pedro se lleva el botín, como de costumbre:

—¿Te gustan muertas, Jonás?

—Muertas y calentitas. Recientes. No muertas todavía. Se ponen menos histéricas que las vivas.

—Mañana en la morera grande.

Se alejan cada uno en una dirección, saltando tejados, bordeando patios. Abajo, en la calle, la Genara, con la querencia del anís machaquito, se acerca de nuevo al doce y llama con su llave. Vuelve a mirar los balcones. Algunas luces se han apagado, pero no todas. Hay juerga para toda la noche. Hoy no tenemos brisca (ni machaquito). Y la Genara se vuelve tristemente a casa.

El vigilante nocturno del mercado es un hombre viejo y delgado que está en cuclillas junto a la pequeña hoguera que ha encendido contra el bordillo, calentándose las manos. Pedro, que siendo de piedra, como su nombre, tiene algo de gato, a veces, sobre todo de noche, llega silencioso por detrás del viejo, se pone en cuclillas pegado a él y le sujeta el cuerpo seco y débil con sus duras rodillas. Con una mano le tapa la boca y con la otra le sujeta las manos pegadas a la llama, abrasándose. Las llamas pasan entre los dedos blancos y anillados de huesos, poniéndolos primero de un rojo muy bello y luego de un rojo oscuro y sucio. El viejo cierra los puños, dos afilados puños de un marfil deteriorado y sin tersura. Pero vuelve a abrirlos (son las manos del espanto), porque se abrasa ya a sí mismo. Ahora los dedos cuelgan oscuros entre la gracia desvariante de la llama amarilla, negra y roja. La cabeza del viejo cae hacia adelante y un grito mudo queda impreso en la mano seca de Pedro. El anciano se ha desvanecido y Pedro lo tiende en el suelo. Luego camina hacia un enorme camión de fruta (naranjas, por el olor a sol remoto) y se empina para forzar la alta portezuela. Jonás ha aparecido a su lado. Ya está. Pedro tiene que dar un salto para subir a la cabina, y Jonás rodea el camión para entrar por la otra puerta. Pedro tarda en poner el motor en marcha. Jonás le ilumina con un mechero y aprovecha para encender un cigarrillo. Fuma y mira por las ventanillas, comprobando que nadie se ha entrometido en la pureza y la soledad de la noche. El motor funciona con un rumor de cosa prepotente y segura, como formulando una energía que sólo es anuncio de toda la que guarda acumulada. Pedro maniobra lenta y dificultosamente el gran vehículo, hasta sacarlo de la fila de camiones y tomar una estrecha calle a la derecha. El camión llena completamente la calle, pero a esa hora no circula nadie. Los faros, como dos antorchas, van incendiando el caserío pobre y negro, o desteñido, dejando ráfagas de sol o luna en la ciudad dormida. Es un incendio que consagra por un instante una manzana de casas y las hace desaparecer en la nada: ya está ardiendo en otro racimo de fachadas y balcones. Salen a una calle más amplia, con árboles a los lados. Es como si fuesen dejando la ciudad calcinada tras de sí.

Pedro gira a la derecha. Rodean una plaza y viajan por la orilla de un parque. Un parque muy conocido para ellos, pero que se torna amarillo, irreal, repentinamente otoñal, a la luz de los grandes faros. Pedro gira a la izquierda y pasan un puente. Ya están en la carretera, y en seguida en el campo. El camión sigue al mismo ritmo, ni lento ni rápido. Es como un paseo de placer, con todo aquel absurdo tonelaje de naranjas detrás. Pasan pueblos con grandes lagunas cuyas aguas se alegran bajo el día repetino de los faros. La cabina-carlinga huele a maleta de cuero y kilometraje. Huele a todos los hombres y todas las putas que han dormido y han follado a lo largo de los dos asientos, con las portezuelas abiertas, la gasolina caliente y el campo y el cielo pasando suavemente por encima de unas nalgas desnudas. Huele a tabaco y velocidad.

En el salpicadero hay unas fotos de niños y mujeres, esposas, madres, cosas. También hay una página de una revista, con Brigitte Bardot desnuda. Jonás examina la foto más de cerca y ve que es una composición. A la Bardot de hoy, madura y acordelada, le han pegado bajo el cuello un cuerpo adolescente, deportivo y atonelado que nunca fue el de ella. A Jonás le causa malestar esa foto. Le acerca el mechero para verla mejor. Por fin la arranca del cristal donde está pegada y la quema en la llama:

—Brigitte me lo agradecerá.

Pedro no contesta. Pedro conduce con su perfil corto y duro fijo en la carretera. Jonás se deja ganar por la comodidad del asiento y sigue fumando. Ya me dirás para qué hemos robado un camión de naranjas. ¿Es que ahora nos vamos a hacer asentadores de fruta? Pedro no ríe la gracia.

La carretera es larga y casi completamente recta. Pedro conduce bien. Nunca has querido explicarme el negocio de esta noche. Es una sorpresa. De todos modos,

prefiero trabajar con mercancías más ligeras, Pedro. Es una sorpresa. Eso ya me lo has dicho. Bruscamente, Pedro saca el camión de la carretera y se mete a la derecha, por un camino entre pinares. Pone los faros largos y el pinar es como un decorado de teatro que cobra profundidad artificial (tratándose de una profundidad tan verdadera) a la luz del vehículo. Todo el bosque de pinos viene hacia ellos, entra por el gran parabrisas, se pierde en la oscuridad posterior. Los pinos despiertan en verde y pardo, se yerguen como guerreros o gigantes y se lanzan contra el camión. Luego se desvanecen como en un cuento. A Jonás le parece una película. Un poco aburrida, pero una película. Baja la ventanilla y asoma la cabeza. Un viento que no sospechaba, un viento que no había en ningún sitio, le arranca la cabeza suavemente y se la lleva en el perfume nocturno de lo verde dormido, hacia un espesor de copas, nubes y sombras. Mete la cabeza y deja un codo fuera de la ventanilla. De pronto se acuerda de algo. Saca la cartera del bolsillo trasero del pantalón, busca la foto de Lola Galisteo, la cara de Lola, ya sin marco, y la coloca cuidadosamente en el salpicadero. Por si el viaje dura mucho, dice.

Al ver la foto, Pedro asocia ideas. Qué traen los periódicos de lo de ésa. Todo. O sea nada. Para matarte de risa, Pedro. Resulta que todos los notarios y todo eso, cada uno de ellos, la tenía en exclusiva. Ahora se ha sabido que Lola era la amante única de media ciudad y todos los que se creían únicos, y la pagaban como tales, están con el cabreo, unos contra otros, más que contra la Lola, y no quieren saber nada del caso. Todos son de poder, pero como nadie empuje, la pasma lo irá dejando. Les entrará la pereza. Las mujeres como la Lola acaban como acaban. Se diría que Pedro ha asentido levemente con la cabeza. Lo ha comprendido todo. Van teniendo suerte, piensa Pedro. El bujarrón era rojo. Gabrielillo se había desarraigado de su raza. La Lola engañaba a todos y ahora su muerte no interesa a ninguno.

Pedro va aminorando la marcha. El inmenso camión pasa entre los árboles como un mamut melancólico, desgajando algunas ramas. Por la ventanilla abierta entre un olor a río.

Pedro ha dejado el camión en un plano inclinado y corto, junto al río. Ha echado el freno y ha saltado a tierra. Sólo la luna y el rumor de una presa, que es un rumor matinal en la noche. Jonás se acerca a él con la petaca de whisky en la mano. Es una petaca de whisky del camionero, que Jonás ha encontrado revolviendo en la cabina. Jonás ha bebido y le ofrece a Pedro. Este camionero bebe un whisky de mierda. Pedro bebe y lo escupe, como dando la razón a Jonás. Sólo la luna y el rumor de una presa. Bueno, Pedro, ya me explicarás. Tú me contaste una vez que te pasabas los domingos, cuando chico, esperando a robar una naranja del camión; aquí tienes un camión entero de naranjas para ti. Jonás le mira sonriente, bebe de la petaca y se la guarda en el bolsillo trasero del pantalón, de donde sacó la foto de Lola. Eres cojonudo, Pedro, eres la hostia. Se miran a distancia, amigos, con la luna entre ellos. Pues vamos a comernos una naranja. Vamos. Jonás coge una del camión y le da otra a Pedro. Las comen en silencio. Pedro come la suya con cáscara y todo. Sólo un rumor de luna y una luz de agua que se hace de plata en el salto de la presa.

Eres cojonudo, Pedro. El pinar entero viene en un golpe de brisa. Huele a tardes de resina. Eres la hostia. Qué hacemos con todo esto. Pero de sobra saben qué hacer. Bajan la trampilla trasera del camión inclinado y las naranjas ruedan lentamente, luego acumuladamente, luego alocadamente, por el corto terraplén, hasta el agua.

Naranjas pálidas bajo la luna. Multitudes de naranjas río abajo, flotantes, hacia la presa. En la presa saltan las naranjas como truchas. Pedro-Jonás tiene en la boca un mezclado sabor de naranja y whisky. El camión lo dejamos aquí. A la vuelta haremos autoestop. El pinar viene y se va según la brisa. Un ancho río de naranjas, lento y rápido, salta y juega en la presa. Son como pequeñas lunas. Pedro-Jonás mira el espectáculo, fijo y feliz, aforrado de pinares, respirando río. La luna va creando un día

pálido en el paisaje de la otra orilla. Hay una muda alegría de derroche en el espectáculo de las naranjas. El motor del camión, apagado, aún calienta la noche. Pedro ha dejado los largos encendidos para que les iluminen la vuelta. Cuando regresan pinar adentro, aún cantan naranjas en el río.

Pedro da vueltas por dentro del mercado, en una dirección. Jonás da vueltas por dentro del mercado, en dirección contraria. Son como las once y media o doce de la mañana. Cuando Pedro y Jonás se cruzan, se limitan a decirse con una mirada lo que tienen que decirse. El mercado es como una elipse girante de frutas y cadáveres, de gritos y hortalizas, de gentes y de sangre. Por la alta cúpula metálica, como de estación, entra el sol vertical del mediodía, que sólo es una caricia dorada sobre la asturianía de las manzanas o el vientre abierto de un buey.

Pedro-Jonás mira especialmente a las señoras mayores y como de buena clase, de clase media alta, que a veces van solas y a veces con una criada moza. Señoras de mantilla negra y breve (vienen de misa), collar de perlas al cuello (una, dos o tres vueltas), o una cintita con un dije, por sujetar el cordelaje de las arrugas. Señoras con un bastoncito o sin bastoncito. Señoras con el gesto digno y patético, la mirada distraída entre las cosas y los tobillos hinchados. Cuando ve alguna, Pedro-Jonás pasa muy cerca de ella para observarla mejor. Todas huelen a abrótano macho, que se lo dan para el pelo raleante. Ha pasado una hora, o dos.

Pedro-Jonás se compra unos plátanos, por descansar del mareo, y se los va comiendo despacio. O se agacha a beber en la fuente de hierro y oro que hay en el centro del mercado, y que da un tirabuzón de agua fría y sabrosa que no se sabe de dónde viene. Es donde se lavan las manos los carniceros, y siempre hay perros lamiendo la sangre que se va por las rejillas del desagüe.

Pedro se siente tocado en la espalda por Jonás. Ven, vamos corriendo, ya la tengo, me parece que la he encontrado. Está a punto de irse. Vamos por la otra puerta. Y Jonás echa a andar delante, más de prisa, mientras Pedro le sigue despacio. Jonás es alto y su cabeza no se le pierde a Pedro de vista. Una señora de pelo blanco y azulado, de nariz gruesa y triste, de collar de tres vueltas, una señora que nunca debió ser bella, pero que conserva la penúltima elegancia de la vejez (lo más elegante es la muerte), sale del mercado. Jonás la sigue a distancia. La señora no lleva mantilla ni velo. Tampoco lleva bastón.

Sólo lleva, colgado de la mano derecha (la izquierda contra el cuerpo, encerrando algo en el puño, quizá una llave o el monedero) un capacho de buen precio, aunque ya no muy nuevo, y evidentemente escaso, de donde podría deducirse que quizá vive sola.

Pedro ha dado un rodeo para encontrarse a la anciana de frente y enterarse bien. Al cruzarse con Jonás asiente imperceptiblemente con la cabeza. Separados uno del otro, siguen a la señora en su lento caminar por las calles de la ciudad. Ya han abandonado el fragor alegre y un poco campesino de los alrededores del mercado, y, dejando a la derecha las calles principales, caminan por un barrio burgués y tranquilo, con plazas que sólo justifica un niño aburrido, o un viejo, e iglesias ya cerradas, tras las misas matinales, iglesias ni monumentales ni miserables; sólo sencillas y dignas iglesias sin prestigio histórico, pero cómodas y discretas para la piedad del barrio y su burguesía. La señora, al pasar delante de cada una de estas iglesias, hace la señal de la cruz con la mano izquierda, que es la que tiene libre, pero apenas abre el puño. Ha lentificado su lento paso, lo que quiere decir que está llegando a casa. De pronto entra en un portal, a su derecha, y los muchachos se apresuran. Es un portal amplio, encerado y sobredorado, al que sigue un patio con sol, columnas de piedra y grandes macetas. Al otro lado del patio debe estar la escalera. Huele a mistol y guiso a medio hacer.

La anciana no va hasta la escalera del fondo, sino que abre la puerta de un entresuelo, a mano izquierda, dejando el capacho en el suelo y levantando mucho la mano derecha (la cerradura debe estar alta). Poco más allá del portal hay un callejón apenas transitado. Pedro-Jonás entra por uno de los bajos balcones que calcula debe corresponder al entresuelo de la dama.

La casa es como de muñecas. Esa melancólica casa de muñeca vieja que tienen las viejas cuando se quedan solas y viudas. Todo en miniatura, la vida reducida como a

escala, mantelitos, tapetitos, figuritas, un piano de cinco notas. La brisa mueve los visillos en los balcones abiertos. Empapelado de florecitas y pequeñas fotos ovales, enmarcadas, de jóvenes con barba antigua y ancianos rasurados. Algunas fotos tienen una dedicatoria transversal, y en ellas la tinta se ha puesto morada por el tiempo, a no ser que antaño escribiese todo el mundo con tinta morada.

Por un espejo, Pedro-Jonás ve a la vieja sentada en la pieza de al lado, con la bolsa en el suelo. Sin duda, descansa de la caminata antes de hacerse la comida. Se está dando aire con un abanico de encaje negro en el brevísimo escote en pico, escote de carne rojiza, como consecuencia de una tardía e imposible menopausia. La presencia de los dos hombres en la habitación le hace emitir un grito que ella misma ahoga. El abanico ha caído al suelo, abierto, como un pájaro víctima de una buena puntería, y la señora se congestiona en blanco. El susto de la cara la vuelve un poco niña. Asquerosamente niña. No es más que un viejo muñecón de trapo y sangre enferma, se dice Jonás. Cuando ambos sacan sus navajas y las abren frente a ella, como varios puntos suspensivos de sonido seco y metálico, que pueden ser los que preceden al crimen, la vieja se desvanece definitivamente y va a caer hacia adelante. Jonás salta y la sujeta, echándola hacia atrás casi con delicadeza, apoyándole la cabeza —pelo blanco y azul, cuidadísimo, olor de abrótno macho— en la madera alabeada del borde de la butaquita que ella ocupa.

Está muerta o privada. Jonás se pone tras ella y le desabrocha cuidadosamente el collar de tres vueltas. Se lo guarda en el bolsillo derecho del tejano y saca otro collar igual del bolsillo izquierdo. Pedro está atento a los balcones. Ha sonado el llamador de la puerta. Pedro y Jonás se miran y se dan mutuamente la consigna de no hacer nada. Bueno, pues ya está. Vuelve a sonar el llamador. Quizá el cartero, un repartidor de algo o la portera. Pedro-Jonás vuelve hacia el balcón por donde ha entrado, con gran cuidado de no rozar nada. El pulcro entresuelo de la vieja huele a cera muy frotada y sacristía. Viva o muerta, la vieja no podrá entender nada del caso, ni explicarlo. Ni ella ni nadie comprenderán que la clave está en el collar. Aunque quizá el broche sea distinto. Seguramente, la señora tiene otro collar igual, falso, para más uso, sólo que esta mañana le ha dado por ponerse el bueno para ir a la compra. Si vive, se quedará todo en una confusión entre los dos collares, como mucho. Pero le echan una última ojeada desde el balcón y está empezando a ladearse en la butaquita. Parece muerta. Muerta del susto.

Pedro ha vigilado el callejón y elige el momento en que no pasa nadie para volver a salir. A ésta la dan muerta por infarto y alguna nieta heredará el collar, dice Jonás. Luego se huele las manos. Caminan despacio por el barrio tranquilo. Las manos me huelen a vieja, a abrótno macho. En una pequeña fuente pública que hace esquina, Jonás se lava las manos. Se las seca en el pantalón. Se ha incorporado, pero vuelve a doblarse y bebe un rato.

—Estas cosas dan sed, Pedro.

Las nalgas de la Ina, morenas y doradas, han quedado al descubierto bajo un nocturno resplandor de sótano, bajo una lenta luz policial. A la niña la han doblado por la cintura y alguien le sujeta la cabeza y las manos casi cerca del suelo. Hay humo de tabaco haciendo y deshaciendo en el aire finas alegorías, y un olor a correa y como una sucia corriente de aire que no viene de ninguna parte, y el vergajo cae una y otra vez sobre los glúteos casi infantiles, casi maduros, con un sonido alegre, de caballo arreado, y las rayas de sangre, finas y en cierto modo simétricas, se van multiplicando sobre la carne joven, reciente, tan llena de sí misma, pura materia femenina, tú ibas todas las tardes a casa de Lola Galisteo, tú eres una putilla, te vamos a dar por puta y por menor, pero tú sabes quién pudo matar a la Lola, tú conoces la gente que iba por la casa, algunas rayas se hacen más gruesas, más rojas, algunas gotas de sangre viajan delicadamente, siguiendo hacia abajo la curvatura de las caderas, la Ina llora en silencio.

Les ha dicho que no, que ella no sabe nada, que aunque lo supiese no se lo diría, que es brava la Ina, y el vergajo policial vuela en el clima de hombres como un pájaro desplumado y furioso, picoteando una y otra vez, con desgarró, un color vegetal y cálido, una carne luminosa y mate. Ahora gime con gritos infantiles, la muchacha, todo es un bloque de improbable marrón profundo y quieto en el que lucen dos medias esferas, dos bronce femeninos y armoniosos donde la sangre derramada tiene una vida absurda y el desplumado pájaro castiga el aire con febril insistencia. Al fondo, qué fondo, una tranquila conversación de dos hombres, a media voz, una respetuosa media voz que se desentiende de aquello como de una ceremonia o un entierro.

Esa cosa atroz, ese algo monstruoso que respira el ambiente es la ausencia de tiempo. Estas cosas ocurren fuera del tiempo, y por eso es como si no ocurrieran. ¿Ha pasado mucho tiempo o poco? No hay tiempo dentro de este sótano, que huele como subsidiario de otro sótano. De modo que el castigo empieza a perder su prestigio de rito por la erosión de la monotonía. El vergajo atiza unos caballos que jamás parten, castiga una grupa que la reiteración ha hecho invisible, y la sangre le resbala a la Ina entre las nalgas, hasta quedar prendida y espesada en el vello del sexo.

Las preguntas se repiten ya sin relieve, los latigazos ya no duelen, las negaciones de la chica son mecánicas y se van integrando, cada una, en la negación total. La Ina, con el pubis húmedo de sangre, recuerda la primera vez que Jonás la poseyó, que lo hizo por detrás, «por no meterla donde acaba de meterla otro», y ama su sangre derramada como amó aquella sangre, aquella segunda desvirginización, y piensa intensamente en Jonás, mientras calla su nombre, el dolor se ha trocado en placer, quiero más y más castigo, es Jonás quien está profanando su sangre por segunda vez, todo lo que tú me hagas me gusta, Jonás, mátame, en cada negación y en cada grito de llanto hay como un *más, más*, una llamada a Jonás, esta niña debe ser masoca, dice un guardia, vete tú a saber qué cosas le enseñaban donde la Galisteo.

La sangre entre los muslos, alguna gota resbalando pierna abajo, como una finísima caricia, como una adorable lagartija, el sol panificando los trigos, aquel día, éste, Jonás sobre ella, tierno y eficaz, Pedro haciendo pingaletas en la bici, la luz acre del sótano, todo está dentro de los ojos cerrados, cuánta luz dentro del cuerpo, cuánto placer, el pájaro-vergajo desfallece, los inspectores fuman, han perdido ilusión por el trabajo, conversan de sus cosas y ahora huele a café, toman café.

Una semana antes Pedro había llamado por teléfono a Ruibáñez para decirle que tenían un camión para él, para desguazar, y dónde, y que en seguida pasarían a cobrar. La tarde en que se presentaron en los reinos de Ruibáñez, éste les recibió entre compadre y *padrino*, como siempre, y les hizo pasar a su despacho: «Sentaos, fumad, bebed, poneros a gusto, y tú, Jonás, supongo que ya vendrás cagado de casa, porque tengo que hablaros a los dos. El camión ya lo están desguazando. No sé cómo coños se os ha ocurrido robar un camión de naranjas, porque eran naranjas, claro, y por el sitio donde estaba el camión, supongo que las tirasteis al río. No ibais a poner una frutería. Mira que robar un camión. Y de ese tamaño. Si es que sois la leche. Bueno, pero la pieza es de calidad y se encuentra en muy buen estado. Ya lo están desguazando. Aquí no lo va a reconocer nadie. Y ahí tenéis lo vuestro, que quiero ir por partes. (Les acercaba un fajo de billetes que sin duda tenía preparado en el cajón). Contáis el dinero y, si estáis de acuerdo, el tema camión ha terminado. Bueno, o quizá no, porque hay un detalle. Yo mismo fui a por el camión, con un mecánico, de noche, claro, y en seguida vi en el salpicadero una foto ya sabéis de quién. Lo de la Galisteo está llenando de sangre los periódicos. No se me había ocurrido pensar en vosotros, aunque ahora caigo que siempre tuvisteis tirantezas con ella. Podéis traerme sus cosas cuando queráis, que les damos salida. La Lola no era puta de camioneros. Veo, por el detalle de la foto, que uno, o los dos, estabais enamorados de ella, al mismo tiempo que la odiabais. Se os olvidó la foto en el paseo nocturno. Hay que cuidar los detalles, chicos, como en las novelas policíacas. La Lola fue follada, asesinada y robada. En una palabra, que estáis en mis manos, porque esto se suma a lo del bujarrón. Claro que estoy casi tan metido en la mierda como vosotros. Por eso no voy a aprovecharme de la situación, sino a dirigirla. Siempre habéis trabajado de una manera un poco salvaje. Ahora vais a trabajar para mí. ¿De acuerdo? Yo me lo hago más fino. Por ejemplo, esto. (Y es cuando sacó un collar de perlas del cajón y lo dejó con un ruido suave sobre el cristal: se trataba de encontrar por la ciudad —los mercados son buen sitio— una señora con un collar igual, pero auténtico). Vosotros ya sabéis mucho de perlas y de joyas. Os arregláis para cambiarle el collar y aquí no ha pasado nada. Lo más probable es que se muera del susto. Las viejas se mueren de cualquier cosa. Muerta o viva, nadie va a reparar en el cambio de las perlas, si se lo hacéis inconsciente. ¿Veis? Un trabajo limpio. Cuando la entierren, la familia heredará el collar. Aquí no ha pasado nada. A no ser que la entierren con collar y todo, que esa gente fina a veces se pasa. Entonces, mucho mejor. Me traéis el collar, fijamos lo vuestro y el resto es cosa mía. Todo esto no quiere decir que estéis en mis manos, claro. Yo también estoy en las vuestras. Gracias, Jonás, por no haberte ido a cagar. Dadas las circunstancias, sí creo que puedo permitirme el dirigiros, porque vosotros vais un poco a lo loco. O mucho. Y sería una pena, porque valer valéis, hostia». Todo ello con mucho juego de cigarrillos, copas, botella, billetes y perlas, con mucho quitarse y ponerse las manoleínas, con mucho dejar claro, mediante gestos y no palabras, que se había convertido en el jefe de la banda, o que acababa de fundarse una banda. Finalmente, empujó el collar hacia Jonás, sobre el cristal, como considerándole implícitamente más sutil para tal clase de operación. Pedro-Jonás se mira y se guarda el collar, al fin, en el bolsillo izquierdo del tejano. En la tarde lenta, afuera, sonaban cansados golpes de martillo, los golpes del desguace, metal sobre metal, como campanadas. Pedro-Jonás estaba dopado de whisky, dinero, perlas, humo y palabras. Este Ruibáñez es un hijo de la grandísima puta. A la mañana siguiente empezaban a ojear señoras bien por los mercados.

El tren corre hacia el sur con velocidad y alegría, o con remoloneo y tedio, según. El paisaje de tierra y chopos, o de sol y pinares, se hace transparente, inexistente, irreal en la velocidad, o bien cobra cuerpo, densidad, relieve, insoportable presencia de naturaleza sin gracia, en los tramos lentos y las paradas. El vagón de tercera huele a tabla usada, a asientos de colegio, a regimiento y digestión. En el vagón sólo van un soldado dormido, una monja orante (lo que quizá sea otra forma de dormir), un matrimonio viejo y campesino, que se intercambia comida todo el viaje, y Pedro. Pedro fuma, mira el paisaje sin verlo, se toca de vez en cuando el collar en el bolsillo, por encima del pantalón. Se lo había dicho una tarde a Jonás, en la copa de la morera. El juego está bien inventado por Ruibáñez, pero yo no le llevo el collar a ese fascista, a ese confidente de la pasma, porque sabrás que Ruibáñez es confidente, a ver, por eso le consienten lo que le consienten y todo lo que va a parar a él desaparece para siempre, sin consecuencias.

El soldado se despierta y mira para Pedro como calculándole cuándo entrará en quintas, o si habrá entrado ya. Este collar vale un huevo, Jonás, y lo has levantado tú, con tus manitas, como para llevárselo ahora al cabrito de Ruibáñez, que está con el ventilador en su oficina, tan huevazos, bebiendo whisky. Sí, yo sé cómo darle salida. Aquí en la ciudad, no, claro, imposible, qué dices. Esto sólo tiene salida en Madrid, yo me voy a Madrid y vuelvo con la pela, no, tú te quedas aquí, prefiero ir solo, cuida un poco de la Ina, que me parece que la anda husmando la pasma, sí, por lo de la Galisteo, claro, saben que la Ina iba allí todas las tardes, querrán hacerla cantar, la gente que recibía la Lola y todo eso, cuidas de mi hermana, pero no te la folies demasiado, Jonás, que la Ina es mía y tú la has encoñado.

La monja deja las manos y el rosario en el regazo. Abre los ojos entrecerrados y mira para Pedro, como viéndole al trasluz todos los crímenes que lleva dentro, de una sola ojeada. Luego, la monja se pone a rezar otra vez muy de prisa, con su rosario de plata hueca, como si hubiera decidido salvar a este gran pecador con sus oraciones urgentes. Pedro lo piensa y casi le entra la risa. Pero seguro que la monja está rezando por sí misma. Las monjas son muy egoístas. La Ina y yo follamos desde que era una niña. La Ina es mi hermana, la Ina es mía, y tú me la has encoñado, Jonás, yo te tengo que matar, un día te voy a matar, Jonás, ya lo sabes, es lo mejor que puedo hacer por ti, pero ahora, de momento, te quedas cuidando de la Ina, y no te la folies mucho, sólo lo justo, lo que pide una mujer. De modo que esta tarde, a primera hora, Pedro ha cogido el tren, uno de los muchos trenes que pasan para Madrid.

Pedro ha viajado poco en su vida, y siempre lo ha hecho sin billete y en tercera. A Pedro le parece que los trenes están para eso, para cogerlos cuando pasan y dejar que te lleven adonde vayan. Un tren es como un río. Si vas a favor de la corriente, la corriente manda. El matrimonio anciano y labriego le ofrece a Pedro un pedazo de tortilla. Pedro lo rechaza con un gesto de la mano, sin sonreír, casi con violencia. ¿Prefiere usted chorizo? Pedro ya ni responde. Fuma mirando por la ventanilla. Pero el viejo labriego le ofrece a Pedro la bota de vino. Eso sí. Pedro la toma sin decir nada y levanta la cabeza para beber un larguísimo trago. Mientras bebe, sus ojos ven, a través del hilo de vino, al revisor del tren, con bigote negro, que ha aparecido en el otro extremo del vagón. Pedro sigue bebiendo, devuelve la bota y hace lo que ha hecho siempre en estos casos: levantarse muy despacio e irse por la otra puerta, hacia el retrete.

En el retrete, Pedro mea placentemente, largamente, mira un poco por la ventanilla y en seguida se aburre. Es el mismo paisaje de su asiento, pero visto un poco después. Prefiere mirar, por el agujero del water, la carrera vertiginosa de las piedras y los tabloncillos allá abajo. Luego se sienta en la taza y se pone a fumar. Dan con una mano plana (con la palma de la mano, no con los nudillos) en la puerta. Billetes, por favor. Estoy cagando. Billetes, por favor. (El revisor, por inercia del oficio, lo dice en plural,

aunque ahora se está dirigiendo a un solo viajero). Por esa mierda de billete que no tengo van a llamar a la guardia civil del tren y me van a registrar. Por el collar va a salir lo de la vieja y a los asesinos nos dan garrote vil o algo así, me parece, no sé ¿hay todavía pena de muerte?, o peor que esto: el trullo para toda la vida. Billetes, por favor, estoy esperando a que salga. Pedro tira de la cadena, estudia el retrete buscando un sitio donde esconder el collar. No hay ninguno. Voy, joder, ya voy. Saca el collar del bolsillo, desenganchado, lo deja colgar de su mano y lo suelta para que caiga por el agujero redondo, pueril, ni siquiera profundo, del water, al huracán de las piedras y la velocidad. Quita la aldabilla de la puerta y sale. Le alarga al revisor un fajo de billetes verdes:

—Cóbrese lo que sea, que me voy a primera.

—¿No tiene billete, verdad? Pues le voy a registrar a usted. ¿O prefiere que lo haga la pareja?

Pedro se deja palpar, hurgar, volver del revés. No es sólo que no tenga billete. Es su aspecto, claro. Debe ser eso. ¿Se le notarán a uno los muertos en la cara? Sigue con el fajo de verdes en la mano. Novela verde, que dicen Jonás y él. Y Jonás estará follando con la Ina. También soy gilipollas. Cuando les cuente lo del collar. Pero Ruibáñez se ha quedado sin alijo. Eso me gusta. El revisor está escribiendo papeles con copia, haciendo mucha burocracia. Toma el dinero de Pedro y se cobra un billete de primera. Le entrega a Pedro un papel. Esto vale por su billete de primera. Y le devuelve el dinero.

Pedro arruga el papel y lo tira por una ventanilla. El revisor le mira perplejo. Luego parece un poco asustado. Se encoge de hombros y se va. Pedro se queda solo, fumando entre dos vagones. El tren corre hacia el sur con velocidad y alegría, o con remoloneo y tedio, según.

Pedro abre la puerta del tren y se queda de pie en el estribo. Espera un tramo lento del viaje para tirarse en marcha y volver a la ciudad.

La Ina rema como un chico. La barca está en mitad del río y Jonás fuma y escucha a la niña, que le ha contado lo de la policía y los latigazos. No tienen ni idea de por dónde va la cosa, Jonás, están perdidos. La Ina, sin que Jonás sepa cómo, está enterada de todo lo que hacen Pedro y él. Quizá Pedro se lo cuenta por las noches, en la cama. ¿Es verdad que te follaste a la Lola muerta? Qué tiene de malo. La Ina rema en silencio. Lo que se esconde en su tierno corazón de chico debe ser algo parecido a los celos, algo así como una punta de sombra, o una confundida y contradictoria semilla de sentimientos. Deja de remar. Yo quiero que un día me folies muerta, Jonás, por saber qué se siente. Suelta los remos y va hacia él, en la barca, para echarse a su lado y besarle en la boca. Jonás ríe de la ocurrencia. ¿Es que yo muerta ya no te gustaría, como la Lola? La barca está parada en mitad del agua, en mitad del aire. Es una hora sin brisa ni corriente. La boca de la Ina sabe a regaliz infantil y a amor. Jonás rasca dulcemente la cabeza de la muchacha y sostiene el cigarrillo en la otra mano. De pronto, uno de los dos dice lo que están pensando ambos. Pedro, en Madrid, le estará sacando un buen pastón al collar. Pedro se mueve bien en Madrid. Pedro se mueve bien en todas partes. Quedan callados y se besan de nuevo, por no decirse lo que piensan seguidamente y al unísono. Pedro está celoso. Jonás no le dice a la Ina que Pedro ya le ha anunciado que le va a matar. Mientras besa a la muchacha, se sorprende pensando que no le importa: le parece justo que Pedro vaya a matarle por haber encoñado a su hermana, como dice él. Le parece que su muerte prevista está dentro de una lógica, de una estrategia. Lo único que no comprende ni comete Jonás son crímenes fuera de su propio sentido común.

El río comienza a anchar, después del estiaje, y el cielo parece que también ha pasado un estiaje. Es una de esas tardes en que se diría que el cielo va a desbordarse. La Ina y Jonás, abrazados, contemplan una riada de cielo que pasa sobre sus cabezas. Jonás toma los remos y dirige la barca hacia la orilla salvaje. Allí la atraca y ambos caminan entre los árboles, subiendo un talud. De pronto la Ina se echa entre las jaras y Jonás cae sobre ella. La Ina se da la vuelta. Mira lo que me hicieron los guardias.

Jonás se inclina sobre las nalgas heridas de la muchacha, sobre una carne niña y vulnerada. Va lamiendo suavemente las finas y largas postillas, ensalivando de ternura la carne desgarrada y seca, acariciando con la lengua la injuria roja, oscura y obstinada que profana la piel cobriza de la Ina. La Ina suspira.

Jonás y la Ina, después del amor, caminan entre los árboles hasta salir a campo abierto. Él la coge de los hombros y ella le coge de la cintura. Los gigantes del sol poniente, los grandes árboles del horizonte, dejan ver entre su espesura una luz repentina, una estrella amarilla, una bombilla eléctrica. Allí hay una casa. Vamos a ver. Caminan con la noche a la espalda y un crepúsculo literario ante ellos. La casa es un viejo chalet mordido por el tiempo o la remota guerra. Debió ser una especie de juguete caprichoso y habitable de cincuenta o sesenta años antes. Se detienen a contemplarlo. Por la parte donde falta una pared, parece un decorado de teatro, con habitaciones empapeladas a medias, en azul o rosa muertos, camas cojas donde ha dormido el tiempo vagabundo, retretes partidos vertical y minuciosamente por la mitad, cuartos vacíos con una ventana abierta eternamente al crepúsculo, escaleras al aire que no llegan al suelo. El disparo es una estrella más en la tarde, una momentánea estrella, y el tronco secular de un castaño queda acribillado de perdigones, por sobre las cabezas de la pareja. Jonás se tira al suelo arrastrando a la Ina consigo. Se protegen detrás de unas jaras. En una terracita de la casa, donde hay unos calzoncillos tendidos a secar, ha aparecido un hombre amarillo y menudo, con un escopetón en la mano. El hombre está en camiseta y de pronto se sienta a fumar, en una sillita que tiene a mano, con la escopeta dispuesta. Quédate aquí, Ina. Jonás se arrastra reculando y desaparece. La Ina, por entre las jaras, mira al hombre de la terraza, que es calvo y al mismo tiempo tiene el pelo revuelto. El hombre fuma y se cruza la escopeta sobre las piernas. Parece

convencido de que los intrusos se han alejado. La Ina, que respira intensamente el olor de la jara, ve a Jonás, ahora, de pie en el tejado de la casa, por encima del otro hombre. Jonás ya ha saltado sobre él, le ha quitado la escopeta y luego lo arroja desde la terraza. La Ina corre hacia el cuerpo inmóvil en tierra. Se arrodilla a su lado. El hombre está despierto, pero dolorido. Tiene la cabeza mongólica y la ropa de mendigo. Gesticula, aúlla, crotora, barrita, chilla, ladra, crascita, pero no habla. Jonás también ha saltado desde la terraza y se inclina junto a la muchacha. Le conozco, dice la Ina. Es un pobre de pedir que anda siempre por el centro de la ciudad. No se sabe los años que tiene. Suele llevar un cartel colgado al cuello. ¿Y por qué hace tantas cosas raras con la boca? Es mudo.

En las tiendas y los mercados le llaman así: *el Mudo*. Nada más. No habla, pero oye o entiende lo que se le dice. Ahora está dentro de la casa, en un montón de sacos donde le ha arrojado Jonás. Así que querías matarnos, cabrón. Buena choza te has buscado. ¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí? El dinero se roba, pero no se mendiga. Es más digno matar que pedir. Más de hombres, jodío mudo. No sé si me entiendes o no, pero a lo mejor te meto yo a ti todos los perdigones de este trasto en tu cabeza de piedra. Seguro que cuando te mueras, o te matemos, aparece un tesoro debajo de tu jergón. Todos los pedigüños sois avaros. Por eso pedís. La manera decente de ganar el dinero es matar al personal y luego quitárselo. Pero tú no tienes cabeza ni huevos para eso. De momento nos vamos a quedar aquí, y a lo mejor para siempre.

El mudo, espantado, apunta con los índices hacia abajo. Ah, de modo que tú vives en el sótano. No está mal pensado, cabrón, es lo más seguro. Y el mudo se golpea el pecho, se nombra a sí mismo después de indicar el sótano. Pues hale, al sótano, y no subas, que te piso la cabeza y te dejo mudo también de un ojo. El mudo reúne sus harapos y corre hacia la escalera del sótano. Desaparece gesticulando, aullando, crotorando, barritando, chillando, ladrando, crascitando. La naturaleza le ha dado todos los lenguajes, menos el humano.

Que él está enterado de todo, de lo mío con Jonás, que ha estado siempre al tanto, sólo que se hacía el loco porque le conviene vuestro trato, el negocio, las cosas que le lleváis, me ha llamado puta mil veces, está furioso porque no le lleváis el collar, me ha echado de casa con una patada en la tripa, dice que seguro que habéis pescado un collar bueno, que si la operación no hubiera salido, ya habríais ido a devolverle el falso, yo trataba de calmarle y es cuando empezó a llamarme puta y a decirme que estaba enamorada de Jonás, Ruibáñez es confidente, eso tú ya lo sabes (Crescencia, a su marido, le llamaba Ruibáñez, o sea por el apellido, como todo el mundo), de modo que ahora va a denunciaros, dice que lo sabe todo de vosotros, crímenes, cosas, todavía no lo ha hecho porque aún tiene la esperanza de que le llevéis el collar, o sea uno bueno, yo he venido a avisaros, podéis caer hoy o mañana, está ya muy cabreado, lo de menos es lo mío, nunca le importé nada, tiene sus putas, pero de todos modos se quiere vengar de Jonás, a mí no me pone los cuernos ese chorizo de mierda, dice, a mí no me pone los cuernos ni Dios, toda la acusación la va a cargar contra Jonás, pero os arrastráis uno al otro, claro, siento que Jonás no haya venido, quería despedirme de él, o dejarle mi dirección, estoy con una hermana de mi madre, a ver, tú sabrás, en fin, lo que vais a hacer, pero te juro que es urgente, está muy encabronado, ya no le importa nada, aparte que él nunca tiene nada que perder, ya sabes los confidentes, que es cosa de horas, Pedro, avísame a Jonás, salid de arrea.

Crescencia se ha presentado en la taberna con el pelo teñido-desteñido, medio rizado, como con los rulos recientes, mal pintada sobre el sueño, más vieja y más hermosa, los ojos aclarados por el llanto, o por el amago de llanto, las arrugas dispuestas como por un instinto biológico de lo patético, la nariz resfriada, la boca temblorosa, protagonista y deseable, todo el rostro en dramaturgia.

Pedro, que estaba solo en la taberna, escucha y mira a Crescencia con su mirada de piedra lúcida. Se anuda un poco más fuerte el pañuelo negro del cuello. Pedro no dice nada. Desde que empezó a trabajar con Jonás, sólo iban por sus casas a dormir, y no todas las noches. Ahora, Jonás y la Ina han encontrado una guarida para los tres, más un mudo gilipollas y mendigo que sólo por su mudez se ha salvado de morir inmediatamente de una pedrada zurda de Pedro. Pedro sabe que Jonás y su hermana estarán ahora revolcándose en cualquier rincón de la casa en ruinas, del desventrado chalet. El mudo habrá subido a la ciudad a pedir limosna. Pedro ha madrugado, como siempre, ha madrugado mucho, no sabe para qué, se ha dado unos paseos por la casa nueva-vieja, andando sobre las manos, como hacía en el colegio, y que es ejercicio que le pone muy en forma y con la cabeza en orden, al levantarse. Luego se ha venido andando a la ciudad, al mercado, a esta taberna de siempre, no sin antes orinar en los urinarios de al lado, sin responder a los buenos días de la encargada de delantal blanco y gafas intelectuales. Pedro bebe vino desde hace una hora, lamenta interiormente la putada del collar (que a Jonás y la Ina les ha divertido mucho cuando se lo contó, o sea lo del tren), pero se alegra de haberle dejado a Ruibáñez sin negocio. No piensa en nuevos proyectos porque les sobra el dinero y porque, como le ha dicho alguna vez a Jonás, los proyectos no hay que pensarlos ni hablarlos ni darles vueltas, sino esperar a que se te ocurran. Si no, la cabeza se congestiona y lo complicas todo. Pedro prefiere siempre la vía más sencilla.

Y como prefiere la vía más sencilla, observa a esta aparecida, Crescencia, que no deja de hablar, envuelta en un abrigo de napa, entallado y viejo, con cuello de piel amarilla y como de corral. Debajo del abrigo vive en evidencia el buen cuerpo maduro de la mujer. Pedro la interrumpe. Ven. Se pone en pie y la coge de una mano. Es temprano y en el bar sólo hay desayunadores tardíos. Aún no han llegado los pescaderos, los carniceros y los verduleros a tomarse su café con coñac y hablar un poco de la liga con el dueño. Es un pasillo corto y oscuro. Pedro mete a Crescencia en el retrete, un retrete verde de color humedad, estrecho y alto (la bombilla fundida no se alcanzaría con la

mano). Hay un ventanuco bien orientado que alegra un poco el sitio, aunque también está alto, o quizá por eso (recoge más la luz). Huele a madrugada y a mierda. Bájate las bragas. Pedro ya se ha dejado caer los pantalones. Crescencia se abre el abrigo y se baja las bragas. Lleva botitas cortas como de estudiante. Crescencia ya ha entendido de qué va, así que da facilidades y Pedro la penetra con velocidad y precisión, la sostiene en vilo por los muslos, la balancea y la posee, los dos en pie, en una cópula larga, gimnástica, hermética, casi fría. Por el alto ventanuco entra la brisa de la mañana y el pregón de un ciego.

Suenan cañerías y Crescencia empieza a gemir. Del fondo del retrete sube un légamo de meadas legendarias y desinfectante. Pedro es un caliente cuchillo o una flor que se abre con violencia en el alma de Crescencia (el alma, durante las copulaciones, desciende al vientre). Crescencia va a dar su grito máximo y se lo muerde en los labios, hasta hacerse sangre.

Tres cuartos de hora más tarde, Pedro y Crescencia están en el almacén de Ruibáñez, cogidos de la mano, pero muy separados. A Ruibáñez, que está de espaldas, inclinado sobre un motor, entre sus obreros, alguno de ellos le ha avisado la presencia de la pareja. Ruibáñez se vuelve rápido, se quita y se pone las manoletinas, camina hacia ellos, y ellos hacia él, Crescencia un poco arrastrada por Pedro.

Quedan los tres parados cuando les separa metro y medio. Ruibáñez se deja las gafas puestas, se cruza de brazos y no dice nada. Su cara es, más que nunca, la de un hombre que ha hecho la guerra, pero una guerra muy remota. Ruibáñez, eres un confidente, un soplón y un hijo de puta. No hay collar porque yo no voy a trabajar a tus órdenes, y Jonás tampoco. Te podemos seguir trayendo algún material, como siempre, pero nosotros vamos por libre. Si vas a la pasma te quedas sin negocio. Y a nosotros no nos van a coger, que ya estamos avisados. La voz de Pedro es igual y segura, entera. En cuanto a ésta, si quieres matar a Jonás porque se la folla, también tendrás que matarme a mí. Yo también me la folio. Toma.

Y le arroja a la cara un trapo que llevaba dentro del puño. Son las bragas que Crescencia se había quitado en el bar. El trapo cae a los pies de Ruibáñez. Son unas bragas de esa tela que hace aguas, anodinas y breves. Sólo Crescencia las mira un momento. Pedro empuja a Crescencia contra Ruibáñez, que da un paso a un lado para evitarla. Ya eres doble cabrón, Ruibáñez, pero los negocios son los negocios. Cuando quieras me avisas. O me matas por follarme a tu Crescencia. Pedro da media vuelta y se va despacio del solar-almacén. Incluso demasiado despacio.

La gran rosa en cenizas de una hoguera de la noche anterior. Las tiendas de campaña, los colores errantes, una luz en cuclillas, un olor de cabra y agua sucia. La Ina, que suele recorrer en su bici vieja de chico todos los barrios y periferias de la ciudad, se llega a veces hasta el campamento de los gitanos, al otro lado el puente viejo, unos gitanos lacustres que llevan siglos acampados a la orilla del ancho río. Tan antiguos que quizá no sean gitanos, sino judíos o árabes o moros o moriscos. Quizá ni ellos lo saben.

La gran fiesta de la mañana, de cada mañana, los niños y los gritos, la luz crudiza del sol en las tiendas de lona remendada, hombres en corro, oscuros y deliberantes, de pie, un tacto de piel oscura y un sabor a veneno picante, bueno y dulce. Hay mujeres jóvenes lavando a la orilla del agua y mujeres milenarias dejando que las eternice el sol a la puerta de sus chozas. De la Ina nadie se ocupa, que es sólo una niña oscura —¿gitana?— jugando con una bicicleta de hombre.

Hay niños de un cobre sin valor, otros de un cobre luminoso, corriendo entre las patas de las mulas.

La Ina entiende un poco el caló. Sabe cuándo los gitanos, o lo que sean, están pacíficos y felices, y cuándo están levantiscos. Esta mañana ha oído varias veces el nombre de Gabrielillo, nombre que una vieja llora con un llanto muy antiguo, nombre que los machos pronuncian como escupiéndolo o masticándolo, quitándole toda ternura al diminutivo. La Ina se baja de la bici, la echa en el suelo y se pone a atornillarle y desatornillarle cosas. Se ha quedado junto a un grupo, redondel de hombres negros y erguidos, que hablan de Gabrielillo. La Ina, sí, entiende algo el caló, pero hoy menos que nunca. La deliberación debe haberles llevado a lo más interior del idioma. La Ina suele pasear en su bici a los churumbeles más pequeños, y ahora hay alguno a su lado, esperando que la Ina arregle la máquina para darle una vuelta. La gran rosa en cenizas de una hoguera de la noche anterior, un fondo de cuchillos tras el tinglado oscuro del campamento, un secreto o una venganza, indescifrables, bajo el sol coloreado de la mañana. La Ina arregla la bici, o hace como que tal, y pasea a un niño desnudo, una breve y caliente carne que huele a leche brava y pelo sucio.

De vuelta del campamento gitano, la Ina pedalea por la orilla urbana del río, cruza el puente viejo, pasa a la otra orilla y lleva la bici con esfuerzo, por senderos casi invisibles, hacia arriba, camino de la casa, de su casa, del hogar que ahora tienen sus dos hombres (y el mudo).

El mudo se ha ido a pedir a la ciudad. Lleva un cartel que dice: «Soy sordomudo, tengo hambre, una limosna, Dios te lo pague». Antes, el cartel no tenía comas. Jonás se ha entretenido en ponerle las comas, y el mudo teme que así se entienda peor. Seguramente tiene razón. Jonás también quiso quitarle al cartel lo de «sordo», que es mentira, pero a eso se negó el mudo echando a correr, y ahora duerme con el cartón, tan viejo, entre el jergón y la pared. Vive en el temor de que Jonás (él no sabe leer) le cambie y estropee su herramienta de trabajo.

—¿Y a ti quién te pintó el cartel, *Mudo*?

Pero el mudo siempre se encoge de hombros a eso, como si el cartel le viniera del cielo o fuese una herencia de familia, que a lo mejor lo es. Jonás está sentado en el banzo de la puerta, resto de lo que fuera una breve y teatral escalinata, leyendo un periódico viejo, los anuncios por palabras mayormente, que siempre salen cosas.

Llega la Ina, deja la bicicleta tumbada en el suelo y se acerca a Jonás. Jonás sale a su encuentro, la coge en brazos y pasa con ella, como con una recién casada, por el dintel sin pared de una puerta sin puerta. Ríen y se besan. Comen latas, beben de lata. La Ina va a los mercados de la ciudad y vuelve siempre con la bici cargada de latas. La Ina le cuenta a Jonás lo de los gitanos. Andan repitiendo mucho, ahora, el nombre de Gabrielillo, y la vieja madre del limpiabotas llora por él. El llanto de una madre vieja es sagrado para la tribu. Pero ya ha pasado bastante tiempo. ¿Por qué se acuerdan ahora

de Gabrielillo? Aquí ha ocurrido algo. Habrá que contárselo a Pedro cuando vuelva, a ver si él le encuentra una explicación. He tenido una bronca con el mudo. No le gusta que le haya arreglado el cartel. Y lo comprendo. Su cartel es él, es su alma, es su persona, le expresa, le explica. Creo que he hecho mal en tocarlo. Cualquiera día, el mudo no vuelve. Qué bien te explicas, Jonás, me gusta oírte. Eso me dice tu hermano. Dice que en la escuela también era el que mejor se explicaba. A veces no entiendo que yo esté en esto, como él, que insultaba a los maestros. Pero la verdad es que no sirvo para otra cosa.

Después de comer, Jonás y la Ina se echan en un jergón amarillo, remotamente orinado, dispuestos a hacer el amor, pero en seguida se duermen, abrazados. Cuando despiertan, el cielo y el campo son ya una leyenda de sombras, luces y nubes en la puerta sin puerta de la casa, en las ventanas, en los grandes huecos de la pared.

Ahora sí hacen el amor. Lentamente, dulcemente, sabiamente, como si llevaran toda una vida haciéndolo juntos. La brisa del anochecer pone un aleteo y como un beso en sus cuerpos semidesnudos. De pronto la Ina grita y mira a distancia, por sobre el hombro pálido de Jonás. Jonás se vuelve a mirar. En un rincón de la estancia, mirándoles fijo, jadeante, está el mudo. Masturbándose.

Jonás y Pedro están en la copa de la morera, al atardecer. Cuando Pedro volvió a casa, Jonás y la Ina le habían contado lo de los gitanos, el despertar del nombre de Gabrielillo, que daban por olvidado. Me parece que ya sé de qué va, dijo Pedro. ¿Quieren venganza o sólo buscan el cuerpo de Gabrielillo?, le preguntaron. Mas Pedro, a eso, ya no respondió. Cogió un fardelillo y se fue al campo, a la mañana siguiente. Volvió, más o menos, a la hora de comer (si es que allí había algo parecido a una hora de comer), con el fardel lleno de piedras. Por la tarde le dijo a Jonás que iban a cruzar el río. Bajaron hasta la barca, que la tenían escondida entre la maleza, y Jonás remó cortando el río en diagonal. Mira, le había dicho Pedro de pronto. Jonás volvió la cabeza, dejó de remar y contempló largamente lo que Pedro le mostraba. Estaban frente al embarcadero viejo. Un grupo de perros, ocho o diez, se movía, rabos en alto, cabezas hozantes, en torno a una de las barcazas volcadas. La barca bajo la cual estaba el cadáver de Gabrielillo. Jonás siguió remando y comprendió el caso. Lo que Pedro había intuido.

Algún gitano había visto lo mismo que estaban viendo ellos y la intuición de raza le había llevado a mirar debajo de la barca.

En seguida contó la historia en el campamento. Había encontrado el cadáver de Gabrielillo. Y aquellos gitanos, aquellos egipcios, aquellos asirios, aquellos lo que fuesen, habían desenterrado el hacha de guerra o la espada de llanto del gran duelo. Era lo que confusamente había recogido la Ina en su paseo en bicicleta por el campamento. Pedro iba con su fardelillo de piedras. Jonás atracó en el embarcadero viejo. Subieron a la copa de la morera y Pedro, en pie sobre la horquilla del tronco, sujeto al árbol con la mano derecha, lanzó una pedrada, con su precisa y relampagueante mano izquierda, hacia los perros. Eran perros callejeros, peliverdes, cruzados, golfos, hambrientos, secos como galgos (no había ningún galgo) o hinchados por alguna enfermedad, con las lanas tupidas de barro y vagabundeo. Uno de ellos, un perro gris, casi un zorro, tocado por la piedra en la nuca, cayó de lado, casi mecánicamente. Muerto. Los otros perros se volvían y ladraban a lo indefinido, hacia la nada. Luego volvieron a su husma. Pedro disparó otra piedra, y otra y otra, lentamente, espaciadamente, eligiendo la munición en el fardelillo que le sostenía Jonás. Pedro dejaba largos espacios entre disparo y disparo. ¿Se reconcentraba? Respiraba fuerte y despacio, flexionaba una pierna o la otra, un brazo o el otro, su mutismo iba cobrando aristas casi palpables, se diría, casi, que era un mutismo cuadrangular. Acumulaba en sí una electricidad o una precisión misteriosas, estaba un rato con la piedra dentro del puño y, cuando una lucidez secreta y dura le había subido a la cabeza ¿desde qué fondo?, se producía el centelleo de su brazo izquierdo y otro perro caía muerto.

Había ya varios cadáveres en torno de la barca. Algunos perros huyeron y otros se acercaron al agua a beber. Todos eran grandes (no habrían permitido la intrusión de un perro pequeño). Cuando quedó abandonada la barca (todos los disparos habían sido disparos a la nuca, con lo que Pedro tenía que esperar la posición propicia de cualquiera de ellos), Pedro se sentó en una rama gorda (la suya), con las piernas cruzadas, en equilibrio imposible, como siempre, y empezó a escupirse y lamerse la mano izquierda. Se la miraba como si no fuera suya, tenía roja la palma como si hubiese manejado piedras de fuego. Se acariciaba la mano con la otra, la tensaba y destensaba como una herramienta.

El cielo sólo es un último y reducido fulgor azul en la copa de la morera. Si viene algún otro perro, lo despachamos, dice Pedro. Y en cuanto se haga oscuro, echamos al Gabrielillo al agua, con una roca al cuello. Un muerto no puede andar por ahí, en investigaciones y autopsias. A lo mejor su gente viene a por él, pero de todos modos intervendrá la guardia civil. ¿Y por qué no hemos dejado que se lo coman los perros?, dice Jonás. Los perros son muy exquisitos. Comen un rato y se van. Sólo comen de lo que les gusta. La fiesta podría durar una semana.

La noche se ha llenado de viento y de voces, como si todas las cosas tuvieran voz. Pedro y Jonás se disponen a saltar al suelo para hacer su trabajo. Mira, dice de pronto Jonás. Por el río, a lo lejos, viene un hilo de llamas de las que el viento hace bandera, un balanceo de luces y, luego, traída por la noche, una guirnalda de gritos o de llantos. Los gitanos llegan en procesión de barcas a rescatar su muerto.

La madre del Gabrielillo, sin duda, será un viejo, erguido y clamante mascarón de proa. Jonás y Pedro se quedan quietos, ocultos en la copa del árbol.

La peregrinación va llegando. Las barcas hacen rebaño en la orilla y todo —linternas, faroles, antorchas— llega a dar una gran luz, amarilla y verde, que descompone el río y la noche, que teatraliza el mundo. Los gritos, el caló, los llantos, las voces de mando, hacen una madeja oscura en la limpieza del aire. En la oscuridad se adivina que los gitanos están trasladando a una barca los restos de Gabrielillo.

Ese grito frustrado, sin prestigio dramático, ese alarde senil y decaído, es sin duda la madre del gitanillo. Esto no me gusta, susurra Pedro. Puede haber investigaciones o venganzas. O las dos cosas. El grupo de luces y sombras, allá abajo, es como una fiesta religiosa y negra, una cosa pobremente egipcia, una confusa celebración oriental, irreal, engrandecida apenas por el viento que abandera la escena. Luego, la nocturna romería funeral se va despacio, otra vez río arriba, en la lentitud de la contracorriente, larga línea de luz bamboleante, rastro de fuego y muerto, y los gritos se apagan como luces caídas al agua. La barcaza ha quedado boca arriba, como un ataúd abierto y profanado. Cuando Pedro y Jonás vuelven a cruzar el río en su barca, divisan a lo lejos, hacia el norte, más allá del puente viejo, un fulgor remotísimo de hogueras, como un astro caído y sin prestigio. Ésos tienen fiesta toda la noche, dice Pedro.

El mudo ve un mundo oblicuo. El mudo ve un presente confuso y eterno, hostil y brevísimo. Sentado en el sótano, en su sótano, a veces pasa horas mirando para la nada, repitiéndose una sola idea que tiene muy definida en su cerebro oblongo, una idea como una piedra clara: el mundo es una cosa y él es otra. El universo es él, con su cartel de pedir y su ropa lavada y relavada, o sucia de años, según le dé. El universo es él y lo otro, lo de fuera, es un abismo inmenso, lleno de hombres y mujeres que nada tienen en común con él, que le son hostiles por principio. Por ese abismo inmenso tiene que transitar el mudo todos los días, para pedir limosna o que le den comida. Hay cosas, árboles, sitios, gente, perros, un planeta que no es el suyo, pero en el que ha de vivir eternamente (el mudo, el mongólico, ignora la muerte). Él piensa todas estas cosas, pero sin palabras. Él es el universo y todo lo demás anda por fuera de él, todo es peligroso para él. Y casi nada de lo que hay fuera del universo (él) le interesa, salvo la comida y las piernas de alguna criada. El mudo, otros ratos, se los pasa mirando su cartel, que no entiende.

Pero sabe que sólo con su cartel puede caminar por el abismo inmenso. La gente lee el cartel y es como si le estuviera leyendo el pensamiento, el alma. Incluso hay quien le sonrío, después de leer el cartel. El mudo toca el cartel, pasa sus manos amarillas e infantiles por el cartón, recorre cada letra con la punta de un dedo, sabe que existe porque lo dice el cartel. ¿Quién le ha escrito el cartel? Eso no se lo pregunta nunca el mudo. Sabe que existe, sí. Porque el mudo pasa de sentirse el universo a no sentirse, a ahogarse en la no existencia, a ser sólo una mirada oblicua sobre lo de fuera, que no se termina nunca y le da vértigo. Tiene largas temporadas de ser sólo un vértigo.

Un día encontró la casa, esta casa, y en la casa encontró el sótano y en el sótano encontró el escopetón, y aprendió a manejarlo. A veces, cuando se posa un pájaro en el ventanuco del sótano, le dispara el escopetón, pero el pájaro siempre se le vuela. Tiene el ventanuco destrozado. En el sótano hay un gran baúl, largo como un ataúd, y un camastro donde duerme el mudo. Allí, bajo tierra, se siente seguro y a salvo del abismo, por el que apenas si sabe caminar. El sótano es su mundo, el sótano es él. El universo cabe en el sótano. Es un universo de sacos vacíos, lámparas rotas, destruidos instrumentos musicales, como si alguien hubiese odiado violentamente un violonchelo, hasta hacerlo astillas. Es un universo de cajas y cajones, zapatos sin suela, relojes sin manecillas, sillones dormidos hacia un lado y cosas de cristal, dentro de las que vive algún animal, una araña o así. A veces, la luz del ventanuco gotea un poco de sol en un objeto de cristal polvoriento, que luce entonces como una joya ciega.

El mudo entiende lo que la gente dice, y piensa que la gente le entiende a él cuando grazna. Cree que habla igual que los demás. El mudo se masturba y esto le completa en sí mismo. No cree que nadie se haya masturbado jamás. Se vive como único, el mudo.

Así como un lejano día incorporó el cartel a su alma, luego ha incorporado, lentamente, el sótano (no el resto de la casa). El sótano es su alma y él anda por dentro de su alma comiéndose lo que trae en el zurrón o jugando con un cordel o tendido durante horas en el camastro (el colchón reventado de una cama que debió ser buena), con el escopetón al lado, esperando que aparezca un pájaro en el ventanuco para dispararle.

Ahora, el abismo exterior ha entrado en el universo del mudo, con dos hombres y una mujer que le hacen poco caso, le atormentan o le dejan en paz. El mudo está menos seguro, pasa más horas en el sótano (salvo las que pasa en la ciudad, pidiendo). Ellos nunca bajan al sótano, que así se ha vuelto más hermético, más suyo.

El abismo que hay fuera del mundo (él) le marea, pero sabe que pedir es el gesto natural de su vida, que vivir es pedir y que del abismo se regresa con cosas o dinero. No podría ser de otra forma. Sólo así, pidiendo, se relaciona con el abismo. Pedir no es sólo alimentarse, sino afirmarse ante los otros. Relacionarse. El mudo conoce el dinero, las monedas, los billetes, conoce su valor por el tamaño, el color, el peso. La razón de

ser de la inmensidad exterior es alimentar al mudo. Lo que el mudo no sabe bien es si las cosas le miran o no le miran. No acaba de distinguir una cosa de una persona. Le fascina el funcionamiento de la puerta (la puerta del sótano), la fijeza de los muebles y los trapos (aunque tiene observado que cuando él no está cambian de sitio). Se pasa horas mirando un cabo de vela, días sobando un pico de armario, y no le gusta nada el desconocido del espejo, aunque haga las mismas cosas que él, porque no se parece nada a como se ve él. Es lo único malo del sótano: que le fuerza a convivir con un ser exterior de cabeza grande, ojos muy separados, ropa como la suya (eso sí) y sonrisa que le da miedo, que le asusta, que no es su dulce sonrisa de cuando está solo y mata una cucaracha o un ratón, o recuerda que los ha matado alguna vez. No soporta al del espejo.

Jonás duerme en la planta baja, en un gran sofá que tiene estampadas las flores de un verano antiguo y seco por el que hubiera pasado una tormenta (desgarrones y coloraturas extrañas del tapizado). Debió de haber muchas tormentas en el verano estampado de este mueble.

Jonás duerme bien, con la navaja abierta debajo de la cama, más por costumbre que por otra cosa, y es un poco como si durmiera al aire libre. Por todas partes le entra un olor a tierra recalentada por el sol, a río cercano (el río se aproxima en la noche, como una serpiente) y a pinos.

La Ina duerme en la primera planta, en una cosa que es mitad alcoba, mitad intemperie, en lo que debió ser un sitio muy íntimo o muy matrimonial. Ha calzado la cama escorada con un tarugo y se ha traído una manta, robada en una tienda, que pone sobre el oxidado y punzante somier. Se echa encima de la manta, vestida o desnuda, según el calor o el frío. Esta noche está desnuda en la cama, fumando, y no se duerme. Se ha masturbado, que es una cosa que acaba dando sueño, pero la masturbación, en lugar de relajarla, le ha levantado las ganas de hombre.

Puede, la Ina, bajar al lecho de Jonás, que siempre la recibirá dulcemente, o subir a las buhardillas, donde duerme Pedro, que puede matarla o follarla durante toda la noche. Otras veces, la Ina ha vivido esta duda entre sus dos hombres, el amigo y el hermano, pero hoy, al apagar el cigarrillo y ponerse de pie, desnuda contra la luna, va directamente adonde va. Adonde la lleva el cuerpo, o mejor el alma. Es una niña que cada día está más mujer. Sube las escaleras a oscuras, unas escaleras llenas de escalones negros que no hay, llenas de trampas, va muy despierta o muy sonámbula, muy llena de Pedro anticipadamente, y cada vez hay más luna en su cuerpo y más decisión en su pecho adolescente, vulgar y bello.

Pedro pasea sobre las manos por el borde del tejado. Suele hacerlo hasta que le viene el sueño. Un día le va a venir en mitad de los equilibrios y Pedro se va a matar. Pero quizá es eso lo que busca. La Ina sabe que quizá es eso lo que busca, y ésta es una de las razones por las que ha subido, llena de sinrazón, a acostarse con Pedro.

Antes, Pedro la pegaba mucho. Desde que la Ina se acuesta con Jonás, Pedro ha dejado de pegarla. Se diría que la respeta más y la desprecia más, al mismo tiempo. Quizá es como si su hermana, al conocer otro hombre, se hubiera hecho mayor de edad. Una mujer adulta y extraña. Pedro ha conocido a la Ina, a su Ina, a su hermana, a través de otro hombre. Gracias a un tercero sabe que la Ina no es aquella niña que él violentó, en la chabola familiar, cuando ella tenía nueve u once años.

Pedro piensa que Jonás le ha iluminado mucho la vida, para bien y para mal. Por eso le regaló un día un camión de naranjas. Pedro no sabe o no piensa que un tercero siempre ilumina mucho las cosas. Ahora ve una inesperada Ina del revés, con la melena revuelta, la mirada invertida, los pechos firmes, el ombligo enigmatizado por la luna, el sexo muy negro y los muslos casi blancos, como la Ina nunca los había tenido.

—Pedro.

Pedro pega un salto y queda de pie ante ella. Estás guapa del revés, hermana. Pedro sólo lleva el vaquero. Su tórax desnudo es como un cruce de animal velludo y acero caliente. Sus pies oscuros están muy fijos en la arcilla de la azotea. En un rincón hay una hamaca desteñida, un modelo muy antiguo, un trasto sobrante del naufragio de tantos veranos. Es donde duerme Pedro. La Ina, muy lúcida y muy sonámbula, coge la cabeza de su hermano y la besa por todas partes, finalmente en la boca. Es como besar un ídolo con fiebre de cosa viva. Luego se arrodilla, le baja la cremallera del pantalón (qué dulce rasgadura en la noche llena de gritos mínimos), le desnuda y le besa en el sexo, mordiendo delicadamente la raíz. Pedro parece pasivo. En la hamaca, que apenas soporta el peso de los dos cuerpos, y cruje como una barca, la Ina se tiende sobre su hermano, teje en su piel una red de cabellos y besos, de caricias y murmullos. Hacen un amor de siempre, el amor de toda la vida, entre ellos, toda una

vida de cuatro o cinco años. A la Ina, Pedro le sabe a hermano y a infancia, a un joder secreto y profundo, a una hondura de chabola y madre dormida. Es lo que venía buscando. El cuerpo de Pedro es el pan de la infancia, la leche de la infancia, todos los alimentos escasos y sobrantes de la niña que sigue siendo.

Pedro, erecto y fijo, no habla ni jadea. La Ina se debate contra él, dentro de él, como él está dentro de ella, y recupera un mundo de miseria nutricia y mucha familia, una riqueza de hogar miserable, un sabor de hombre que fue el primer sabor alarmante de su vida. La violencia de Pedro, su amor crudizo, dos cuerpos tan hermanos y tan cercanos que se encontraban sobre el suelo y los trapos de una chabola, como venidos cada uno de un planeta remoto y distinto, como hechos de metal tan diferente. En el cuerpo de Pedro, para la Ina, está todo el sabor lejano, cercano, perdurable y dulce de la infancia. Acaba dormida sobre él, como su hermana pequeña que es.

Pedro fuma inmóvil, sin quitarse el cigarro de la boca, con los ojos de piedra lúcida abiertos a las extensas y familiares estrellas.

El tipo es rubio, entre los cuarenta y los cincuenta, y lleva toda la mañana dándole vueltas al mercado, entrando y saliendo de los bares, parándose a hablar con los desconocidos, bajando a los urinarios en los momentos más nutridos de personal. Pedro y Jonás le observan desde el ventanal de su bar cotidiano, comienzan a sentir curiosidad por el personaje, que evidentemente es un buja, pero no un buja a la deriva, sino alguien que busca algo. Hasta que el tipo entra en el establecimiento y se les viene a la mesa, me llamo Hernán, perdonen, buenos días, aquí está mi tarjeta, ¿podría sentarme un momento? Ya se ha sentado, sí, unos apellidos muy largos, ya lo ven, eso en estos tiempos no sirve para nada, me gusta ser Hernán, que me llamen Hernán, sobre todo mis amigos, me gustaría que fuésemos amigos, pero las tarjetas no dicen nada, en realidad, dejen que les explico, él mismo se invita a un vaso de vino de la botella que hay en la mesa, es un ente cartilaginoso y perfumado, de ojos claros, pero no bellos, con toda la sensualidad en la boca caída, con las manos más elegantes que perfectas, con un traje cruzado, un gris muy fino, sin duda un señorito, un forastero, puede que hasta de Madrid.

Jonás fuma despacio y no mira al hombre a los ojos, sino a las manos, nerviosas, anilladas, impacientes, inseguras, ávidas. Pedro se anuda y desanuda el pañuelo negro del cuello (ha venido el otoño y hace fresco), mirando sin expresión la cara del caballero. Ustedes quizá recuerden a don Alfredo Pérez Arrese, vivía en esta ciudad, era escritor, había sido político, casi un gran hombre, hace meses, el pobre, salía en los periódicos, quizá ustedes lo vieron, había muerto, dicen que asesinado, y robado, no sé, bien, pues yo soy sobrino de don Alfredo por parte de mamá, pasábamos temporadas juntos, o me venía yo aquí, a hacerle compañía, o se iba él a Madrid, y mamá le llevaba a los teatros, a los últimos estrenos, pero no quiero aburrirles, yo le llevaba, algunas noches que se encontraba bien y que salíamos, a sitios menos cultos que un teatro, pero más excitantes, ustedes ya me entienden, lleva una esclava de oro en la muñeca izquierda, una pulsera, ni Jonás ni Pedro saben que hubo un tiempo en que se llamaron esclavas, le salen mucho los puños de la camisa, blancos y planchados, con gemelos de oro que son una cabeza antigua de muchacho o muchacha, ha dejado la mano izquierda, quieta por fin, con la palma hacia arriba, muy cerca de las manos de Jonás, últimamente nos veíamos menos, pobre tío, me escribía unas cartas muy largas, y en las últimas me hablaba de ustedes, sí, de ustedes, qué bien escribía el pobre tío Alfredo, hasta las cartas, Pedro-Jonás está ahora en tensión interior, aunque no se le nota, sigue fumando y bebiendo vino, anudándose y desanudándose el pañuelo negro, ha venido el otoño, hace más fresco, Pedro-Jonás no pregunta nada, aunque parece que el tipo, el señorito Hernán, no se te olvide, espera una pregunta, sigue, desconcertado, con la historia, hace tiempo que quería venir a verles, pero es difícil escaparse de Madrid, y escapar de mamá (sonríe malvado y juvenil, lamentable), llevo toda la mañana buscándoos por el mercado y por los bares y las tabernas, tío Alfredo, en sus cartas, me decía que ustedes solían venir aquí, que aquí les había conocido, bueno, quizá todo esto esté confuso, yo les explicaré, tío Alfredo venía fijándose en ustedes desde hacía algún tiempo, son ustedes dos hermosos mozos, tan diferentes, pero hermosos los dos, y me los describía con detalle, «espero un día entrar en intimidad con estos adorables golfos», creo que dice textualmente en una carta, perdón por lo de golfos, era tan literario tío Alfredo, de modo que les he reconocido en seguida, en su última carta me decía que empezaba a cansarse de un cierto gitano, Gabrielillo, con el que ni siquiera había llegado a tener nada, estaba deslumbrado con ustedes, y dispuesto a abordarles, primero les había observado, claro, ya lo he dicho, tío Alfredo no daba pasos en falso, Pedro-Jonás ya va entendiendo algo, o quizá todo, pero está indiferente, relajado, prestando al desconocido una atención ni siquiera cortés, dando y tomando tabaco, fuego, vino, tío Alfredo los describe a ustedes, en sus cartas, con tanta precisión literaria, que yo

estaba seguro de reconocerlos en cuanto los viera, y en la última carta, ya digo, me anuncia que va a abordarles, yo también le escribía mucho, le contaba mis aventuras madrileñas, le animaba a venirse con nosotros a Madrid definitivamente, pero él tenía miedo, miedo político y, por otra parte, aquí todavía le publicaban alguna cosa de vez en cuando, y la literatura era su razón de vivir, su gran pasión, se conservó lúcido hasta el último momento, bueno, pienso que hasta el último momento, era para mí, como escritor y como hombre, una especie de André Gide, bueno, ustedes quizá no han leído a Gide, tampoco hace falta, y la censura lo tiene prohibido, en la Prensa de Madrid no tenía nada que hacer, con sus ideas, en Madrid se le daba por muerto, y él lo prefería, vivía aquí más tranquilo, yo tengo todas las cartas, hasta la última, donde me dice que va a hablarles al día siguiente, si les encuentra, luego no hubo más cartas, nunca más, el tipo ha ido cobrando seguridad a medida que habla, por el vino o por la gravedad de lo que dice, ahora sonrío menos, o de otra manera, ya no mueve las manos, y les busca los ojos con los suyos, me he traído algunas cartas, aquí las tengo, las que más y mejor hablan de ustedes, por supuesto, por ellas fui siguiendo su aproximación a ustedes, hasta la última, repito, luego no hubo más cartas, sino la noticia en los periódicos, nada en los de Madrid, pero yo recibo los de aquí, tío Alfredo muere al día siguiente de su última carta, el mismo día en que decide abordarles, el tipo ha adoptado un presente narrativo que parece judicial, digamos que las cartas se continúan en las noticias del periódico, ¿quieres ir con esas cartas a la pasma, hijo de puta?, le escupe Pedro echándose hacia adelante, ¿o quieres dinero, o acojonarnos o qué coños quieres?

Jonás dialoga con Hernán, mientras Pedro mira por el ventanal. Yo sé lo que os pasó con tío Alfredo, tío Alfredo, el pobre, era tacaño, seguramente que os dio poco dinero, y por eso vino todo lo demás, pero yo no soy como él, ni pienso ir con estas cartas a la policía, sino que me gustaría entenderme con vosotros, *entenderme* he dicho, a cambio de las cartas, vuestras son, en realidad las he traído para vosotros, veo que sois tan admirables como os describía tío Alfredo, o más, mucho más, he venido de Madrid para ser amigo vuestro, aunque ya no soy joven, creo que podría entenderme con vosotros mejor que tío Alfredo, ¿cuándo ha pasado Hernán del usted al tú?, me gustaría tener con vosotros una relación hermosa y profunda, las cartas nada me importan, os las podéis quedar, ¿qué saco yo con denunciaros?, todo es cuestión de que hablemos y convivamos, ¿queréis venir conmigo al hotel?, nada de hoteles, oye, vente a casa, tenemos una casa, qué te crees, allí hablaremos más, y yo creo que habrá acuerdo, nosotros vivimos de esto, no de matar a nadie, y nos gusta tener amigos de clase, como tú, Hernán se ha quitado la esclava de oro y se la ofrece a Jonás, cogida con dos dedos, mirándole a los ojos, embebido.

La cabeza triangular y aguda, los ojos negros y ciegos (dos mínimas cegueras que vieran), el cuerpo interrogante, irguiéndose lento, engordando, creciendo, hinchiendo su dibujo complicado y perfecto, verde, amarillo, blanco y negro, plata. La serpiente salía de su cesta, se curvaba en el aire de la mañana, miraba con curiosidad lo que quizá no veía, el corro de curiosos, hasta que el charlatán la volvía a enrollar, con manos hábiles, y la dormía dentro de sus propios círculos concéntricos.

Jonás y Pedro observan al curandero, que ha instalado su industria a la puerta del mercado. Jonás y Pedro están entre la gente. El personaje vende un ungüento amarillo en pequeñas cajitas de metal o de plástico, redondas, y habla sin parar, la manigua brasileña, la serpiente curativa, la grasa de serpiente, males, dolores, artritis, reumatismos, ceguera incluso, cosas de la piel, herpes, hemorroides, granos, malos humores del cuerpo, enteritis, disentería, baile de san Vito, gripe, todo lo cura el Ungüento, la pomada amarilla, la magia de la serpiente, tan respetada por tan temida, y que es como una raíz verde de lo más profundo de la tierra, raíz verde y viva, raíz con ojos, necesariamente curativa.

La serpiente es, sí, naturaleza auténtica, para el redondel de gente que mira, pero el dueño, el charlatán, no es menos auténtico. Si la serpiente es india americana, el hombre es indio de la India, o lo parece, con su pelo negro, abundante, peinado para atrás de un solo trazo, compacto y polvoriento, su cara de cobre y su nariz curva y ancha.

Gitano, no, ni judío. Indio. Indio con traje de cuadros, cruzado, blanco y negro, antiguo, usado, hermético, viejo e impecable en su vejez. Las manos del individuo también son indias, o hindúes, morenas, aunque un poco obreras y un poco flamencas, con uña larga y amarilla en el meñique, para rebañar la pomada de la cajita y ponérsela en la frente a una niña, como santificándola (y a la niña se le estremece todo el cuerpo, embrujada de asco, placer y miedo). El charlatán (una silla de casa y una maleta abierta, con pomadas y trapos, y debajo de la silla, o al revés, la cesta de la serpiente), tiene distribuida en tres momentos su actuación, como una buena obra clásica con planteamiento, nudo y desenlace. Primero habla y habla, suelta su discurso siempre igual, su melopea de selvas, tribus, reptiles, curaciones y toda una ciencia salvaje y antigua, mucho más violenta y revulsiva que la ciencia. En seguida suelta la serpiente, mientras habla, y la serpiente es lo que más gente congrega en torno, lo que le trae el público, la clientela, la parroquia. Una serpiente sin veneno y quizá ciega, aunque nada de esto lo diga el charlatán, sino, muy por el contrario, «cuidado con la serpiente, niño», y la serpiente dispara el relámpago rojo, partido y estremecedor de su lengua, quizá ha visto u oído un mosquito. La segunda parte ya no es teórica, sino práctica.

El curandero pasea entre el público y va ungiendo con su meñique, con su uña larga, estriada y amarilla (un pocito de pomada) la frente de una niña, ya se ha dicho, las manos de una vieja, el pecho abierto de un labriego. Cuando tiene en torno un círculo de estigmatizados, el curandero empieza con la venta, a duro la cajita, todo despacio y tranquilo (ha pasado de la voz legendaria que hablaba de las selvas del Brasil a una voz comercial de charlatán), siempre seguro, porque él paga su impuesto al Ayuntamiento, que la industria lo permite, no es de los que cierran la maleta y tienen que salir corriendo.

Pedro y Jonás le compran una caja, porque se vaya fijando en ellos, pero se quedan allí, toda la mañana, función tras función (el público se renueva) y el curandero empieza ya a mirarles en relámpago, de vez en cuando, con inquietud o curiosidad.

Hacia la una o una y media, cuando ya no hay más público y sólo cuatro niños sin memoria observan al charlatán (sin duda les esperan en sus casas, para comer), cuando el hombre recoge la industria, cierra la maleta, tiene definitiva y felizmente dormida a la serpiente, que ya ha hecho su trabajo, entonces es cuando Pedro y Jonás se acercan a él. La cara del hombre, de cerca, es vulgar, pierde prestigio, y toda su

ropa huele a pensión barata. El hombre les mira como temiendo un atraco o una broma indeseada.

—Que queremos comprarle la serpiente.

La serpiente no está en venta, naturalmente. Es la fortuna del curandero, su reclamo, lo que da prestigio a sus palabras y su pomada, su dudosa pomada, están ustedes locos, ni hablar de eso (tiene una voz vulgar, sí, cuando no habla de las selvas brasileñas, pobladas de benéficas serpientes).

—Que queremos comprarle la serpiente.

No es sitio para hablar de esto, aquí de pie, en medio de la plaza, vamos a un barecito, pero ya les advierto que no hay nada que hacer, nada de barecitos, dice Pedro, tiene que ser ahora y aquí mismo, pierden el tiempo, jóvenes, no sé para qué quieren la serpiente, ni me importa, pero no está en venta (ahora habla un poco andaluz), es que si no la vende, nos la vamos a llevar de todos modos, dice Pedro, el hombre le mira de golpe y tiene miedo, bajo su piel curtida, bajo su bronce sucio, tiene miedo.

Le ofrecen mucho dinero, usted sabe dónde conseguir otra serpiente vieja y sin peligro, como ha conseguido ésta, para vender su asquerosa pomada, que debe ser cerumen de las orejas, aquí tiene dinero para comprarse un harén de serpientes, o nos la llevamos gratis, esperen que recojo la silla, las cosas, vamos a un barecito donde lo guardo todo, tome el dinero o nos llevamos la cesta gratis, y no dé gritos porque le dejo seco, y el hombre cuenta el dinero con sus manos entre hindúes y albañiles, Jonás ya ha cogido del asa la cesta de la serpiente.

Pedro se pasea sobre las manos por la planta baja de la casa. Es de noche. Hernán está sentado en un butacón viejo y confortable, con sólo media tapicería, un butacón de invierno, impropio de lo que debió de haber sido aquel chalet de verano:

—Me gusta vuestra casa y ya os he dicho que me parecéis unos buenos chicos. Sobre todo, que me gustaría tener una buena relación, una relación íntima con vosotros, con los dos, pero a tío Alfredo le pasó lo que le pasó y yo he tomado mis medidas. Tenéis las cartas, pero en Madrid hay copia, y bien depositada. Si a mí me pasase algo, la cosa se pondrá en marcha y estáis cogidos.

Pedro, en su paseo boca bajo, se ha parado delante de él, y le habla del revés:

—No somos gilipollas, rica. Con eso ya contamos. No te va a pasar nada. Tú has venido aquí buscando un culo, o dos, y lo vas a tener.

—¿Siempre haces los negocios cabeza abajo, Pedro? Me marea hablar contigo así, y además no está muy claro lo que dices.

Pedro, en un salto de circo, queda sobre sus pies, delante de Hernán, enfrentado a él. En un rincón está el mudo, sentado entre Jonás y la Ina, que quizá le sujetan. Hernán cruza y descruza las piernas, enciende un cigarrillo, les mira a todos, empieza a tener miedo.

—No te veo claro, Pedro.

Pero Pedro ya ha vuelto a su paseo sobre las manos. Sus zapatillas de béisbol pisan delicadamente el aire, caminan por un cielo de bombilla vuelto del revés.

El mudo aúlla, gime, crascita, crotora, barrita: todo su repertorio, pero desde un silencio más animal que humano, desde un ruidoso silencio que suena como llanto y como injuria. El mudo está doblado por la mitad, con los pantalones caídos, desnudo de medio cuerpo (tiene un cuerpo infantil de viejo, o a la inversa), y Jonás y Pedro le sujetan la cabeza gorda, los brazos braceantes, mientras Hernán le penetra por el recto, también Hernán medio desnudo, con los pantalones caídos sobre los madrileños zapatos de tafilete y artesanía. Hernán se sujeta en las nalgas niñas, amarillas y viejas del mudo, al mismo tiempo que las acaricia. La Ina, por un último pudor femenino, ha apagado la luz, de modo que todo lo crea o inventa un rayo de luna.

Pedro y Jonás sujetan y anulan toda la fuerza sobrehumana que desarrolla el tonto. Sólo se oye en la sombra el lenguaje ilegible, trabado, del mudo (vagido de una bestia sin voz) y el jadeo de Hernán, que ha aceptado la estafa porque no tiene otro remedio y porque no deja de gratificarle el desnudo infantil del imbécil. Hernán, sin duda, es un experto en este menester de amor, porque se demora, se recrea, gime y habla consigo mismo, respira fuerte y sus manos delgadas, nudosas, elegantes, anilladas y sensitivas, se crispan con caricia, o a la inversa, recorriendo los glúteos escurridos y niños de su presa.

El gemido del mudo tiene todo el espanto de un gemido sin lenguaje, y es cada vez más intenso. El mudo tiene los ojos cerrados por el dolor y la impotencia, pero de pronto los abre y ve, alzándose hacia él, desde el suelo, la cabeza triangular de una serpiente que le mira con su mirada negra y trata de alcanzarle la cara con su lengua en relámpago. La Ina ha tenido este capricho. El mudo emite algo como un chillido, un gañido más agudo y quizá casi humano. Luego cae desmayado, empujado por Hernán, que consuma en hastío su violación.

Hernán se sube los pantalones. Pedro y Jonás se echan atrás y sacuden sus miembros, tensos del esfuerzo. La serpiente, en el suelo, curioseas las carnes desnudas del mudo, que apenas respira. La Ina se acerca a la puerta sin puerta para mirar el campo, por si alguien ha oído algo. Sólo un otoño dulce descolgado en estrellas, cabeceante en racimos.

Don Hermenegildo, el arzobispo, con la mitra ya puesta (quizá porque se le enfría la calva), pero aún a medio vestir, va y viene por la gran sacristía de la catedral. Jonás, de niño, fue monaguillo de don Hermenegildo, cuando éste sólo era párroco de barrio, y lo fue más por beberse el vino de las vinajeras y comer el pan de hostias que por teología. A don Hermenegildo le gusta que le dejen solo un rato, cuando va a actuar, como a ciertos actores importantes, que demasiada compañía de diáconos y subdiáconos, sacristanes y organistas tiene todo el tiempo. Se supone que don Hermenegildo, en ese tiempo de soledad, medita. Don Hermenegildo es alto, delgado, setentón, pájaro, seco, duro, aquilino, inseguro por dentro, miedoso e iracundo, quizá lo uno como consecuencia de lo otro. Este rato de soledad que se reserva antes de las solemnidades, lo aprovecha para pasear por la sacristía con la mitra y en ligas, para calmarse los nervios, hablar solo y rascarse donde le pica. Está entre copiad del Greco, custodias de Juan de Arfe, grandes aparadores, cómodas con los ropones y luces que bajan del cielo o suben de la luminosa tierra (la catedral se encuentra en un montículo). Jonás conoce los intestinos de la catedral porque también allí hiciera sus sagrados oficios de monaguillo. En la amplia sacristía (mayor que la parroquia entera de muchos pueblos y barrios) hay un confesonario en desuso, una imagen de la Virgen, en escayola, pisando la cabeza a la serpiente, y un reloj de péndulo que pone un poco nervioso a don Hermenegildo. En estos ratos de atareada y ociosa soledad, don Hermenegildo canta bajito canciones de cuando el seminario o la Cruzada, lo que se le viene a la cabeza, siempre las mismas, canciones profanas e inocentes, o las silba apenas (no sabe silbar), canciones que dicen que las chicas guapas son guapas son y cosas así.

Se mira en un inmenso espejo con marco rico y antiguo, con luna sin tiempo y sin luz, que le devuelve en aguas, deformidades y guiños, con la mitra muy derecha, un faldón hasta las rodillas y, luego, el liguero, las ligas, las medias fucsia, los zapatos de hebilla de plata, pero, sobre todo, las rodillas, meras rodillas de hombre, irregulares, abultadas y feas. La divinidad no llega a las rodillas. Se vuelve hacia la gran cómoda para sacar ropones. Tararea. Sobre la cómoda están la Virgen y la serpiente de escayola. Nunca le ha gustado la serpiente en la iconografía religiosa. Tira del pesado cajón con ambas manos, con ambos manillares. Enroscada sobre sus ropones blancos y amarillos, desperezándose, levantando la cabeza hacia él, una cabeza pequeña y aguda, la serpiente de fino dibujo malvado. A don Hermenegildo sólo le sostiene en pie la Rigidez de la sorpresa y el espanto. Luego cae hacia atrás y su cabeza suena, en golpe oscuro, contra las losas del suelo. Pedro-Jonás sale del confesonario en desuso. Pedro corre hacia un aparador, rompe el cristal y saca un cáliz de oro en copa, de hermosísimo oro curvado. Jonás se inclina sobre el obispo, que sin duda no está muerto. Le coge por el cuello y lo incorpora. Don Hermenegildo se está poniendo gris, pero respira. Jonás le deja caer de nuevo y se repite el golpe oscuro de la nuca contra la piedra. (La mitra ha rodado a un rincón, casi debajo de un armario). Ahora sí que don Hermenegildo está muerto. Hay algo definitivo y austero en su rostro desviado. Jonás recuerda un momento al párroco de su infancia, que le castigaba por mal monaguillo. ¿Por dónde?, dice Pedro. Jonás es el que conoce los caminos. Llevan el cáliz en un fardelillo. Salen por una de las varias puertas de la sacristía, la más pequeña, la que da a una descendente escalera de caracol. La cabeza de la serpiente del curandero asoma por el cajón abierto. Jonás y Pedro van despacio, nombrando mucho a Dios ante los que se cruzan, haciendo la señal de la cruz entre sacristanes y beatas. Bajan lentamente la gran escalinata de piedra irregular, desviada por el tiempo y por el arquitecto, que quizá la soñó así, en una rebeldía antiherreriana, irregular. Se cruzan con la feligresía oscura y bienoliente que sube muy despacio (por no descomponer la figura en el esfuerzo) la durísima escalinata. A la vuelta de la gran fábrica de piedra, entre la catedral y el mercado, Jonás y Pedro montan la bicicleta de la Ina, que allí habían dejado. Pedro

pedalea y Jonás va casi en el aire, con las largas piernas colgantes y el fardelillo en la mano. Las campanadas solemnes, claras, largas y serenamente alegres de la catedral, les acompañan un rato en el viaje.

Hernán duerme en un camastro del sótano, junto al mudo. Mejor, Hernán no duerme. Está desnudo sobre la dura sábana. Fuma y piensa. Se siente prisionero. La tentación le ha metido en una aventura demasiado complicada. Pedro y Jonás, que ya le han estafado con el mudo, no le van a dejar escapar fácilmente. Hernán vuelve la cabeza un momento para mirar, a la luz nocturna del ventano, el bulto oscuro y breve del mudo, quizá dormido, sin duda dormido, al otro extremo del sótano. Hernán sonríe. Se ríe por dentro de sí mismo. ¿Cómo he podido yo tirarme a ese monstruo? Se ve que ya haces a todo, Hernán, bujarrón. En cuanto a Pedro y Jonás, está claro que no tragan, que su juventud sólo es un cebo para atraer cabritos y bujarrones como él y como don Alfredo. ¿Cómo sería don Alfredo? Porque Hernán jamás le ha conocido. Las cartas que ha *vendido* a los muchachos las escribió él mismo, que había seguido el caso desde Madrid y luego se había desplazado a la ciudad, buscándoles. De todo lo que les ha dicho, lo único cierto es que vivió largo tiempo en esta ciudad, de joven, y sabe orientarse en ella. Ha recompuesto el caso por los periódicos y, persuadido de su astucia tanto como de la elementalidad de los muchachos, decidió engañarles, seducirlos con mejor fortuna que el tal don Alfredo. Pero ahora, Hernán se siente víctima de su propia habilidad. Ha tejido una red excesivamente complicada y, por otra parte, se ha encontrado con unos negociadores duros, y además burlones, que le han dado a foliar a un monstruo aullante.

Pedro y Jonás creen en las cartas, se sienten identificados y no le dejarán escapar si no inventa algo para persuadirles. Claro que también puede deslizarse en la noche, salir en silencio, huir. Hernán ha observado los usos de la casa, de aquella extraña familia o comunidad. Pedro, el más temible, duerme en el tejado con la muchacha, que quizá sea algo más que su amante, porque se le parece. Quizá una mujer de la familia, como usan los quinquis. El mudo está ahí, sumido en las sucesivas inconsciencias de la irracionalidad, el sueño, el cansancio y quién sabe qué. La serpiente debió ser un capricho de la niña. Pero Jonás duerme prácticamente en la calle, en lo que fuera recibidor, sin puerta ni ventanas que cerrar, todo al aire. Hernán fuma y medita. Procura no moverse para no despertar al tonto. Y si se despierta, tampoco va a ser peligroso, salvo que le guarde rencor por la violación. Ay el rencor de los imbéciles, sonríe Hernán en la oscuridad.

La casa está llena de huecos, de agujeros, la casa está calada, desde cualquier sitio se puede saltar afuera. Hernán apaga el cigarrillo, se incorpora en silencio, se pone el pantalón y nada más. Nada de zapatos. El caminar natural del hombre es silencioso como el de los felinos. Una última mirada al bulto del mudo y Hernán va silenciosamente hacia la puerta del sótano, todo es fácil, muy fácil, se tirará al campo por el primer hueco que encuentre, ha salvado su miedo, no hay quien guarde esta casa, nada más fácil que irse, le han creído un débil, un cobarde, pero ya está caminando en la noche como levantado del suelo, levitando en silencio y luna, la puerta del sótano se abre dulcemente, sigilosa, y el escopetazo suena como un ladrido de muchos perros unánimes en su dispersión de perdigones, el mudo le ha acertado a Hernán en mitad de la espalda, Hernán cae muerto, todo es fácil, muy fácil, todo rueda sin ruido, como sueño o luna.

Pedro fuma toda la noche, estirado en la hamaca de la terraza, con los ojos cerrados o los ojos abiertos. A veces se queda dormido y despierta cuando el cigarrillo le quema la boca o los dedos. Jonás. Ya en la escuela odiaba a Jonás, en principio y de manera natural, por ser compañero de pupitre, pero además le odiaba porque Jonás, un poco rubio, era como de otra raza. Aunque eran los últimos de la clase, Pedro siempre pensó, y ahora también lo piensa, que Jonás aprendía muchas más cosas que él de todo lo que enseñaban, y que se había dejado arrastrar contra la pared de los inútiles por una especie de soberbia o desprecio hacia alguien o algo, hacia todo. Pedro, en fin, se sabía abruptamente ajeno al mundo de la educación, la cultura o lo que fuese aquello, pero intuía que Jonás era interior a ese mundo y que si no se hacía el amo de la clase era porque no le daba la gana. Pedro, durante unos años, había maltratado a Jonás, y Jonás le correspondía pillándole los dedos con la tapa del pupitre y cosas así. Aunque Pedro se sabía más fuerte, en el colegio, o necesitaba demostrárselo a sí mismo imponiendo su dominio sobre el pupitre, lo cierto es que temía algo de Jonás, no sabía qué, tenía como la sensación de que Jonás podía quitarle cualquier cosa en cualquier momento, pero no un lapicero o una goma de borrar, o un cuaderno con la tabla de multiplicar por el revés, sino cosa más íntima, inconcreta y difusa. A veces, Pedro sentía como si estuviese sentado junto a una serpiente de cascabel, en el duro banco de la escuela.

Nunca se había preguntado por qué este miedo, y ahora, bastantes años más tarde, se lo pregunta y se lo contesta. De hecho, era él, Pedro, quien le quitaba cosas a Jonás, cuando quería, un plumín, o el plumier completo. Al principio lo hacía por mera rapiña. Pero Jonás se mostraba indiferente a estos hurtos o asaltos, como si nada de aquello le importase ni le sirviese para nada. Y entonces Pedro había empezado a saquearle como provocación, por tener pendencia. Tampoco era fácil llegar a eso con Jonás, de modo que la sensación de inferioridad, e incluso de inseguridad, era creciente en Pedro respecto de su compañero de pupitre, aun cuando el estado oficial de la cosa fuese el dominio absoluto de Pedro sobre aquella rampa rectangular de madera vieja, noble, envilecida, oliente y pirograbada por generaciones de chicos malos.

Ahora Pedro sabe y siente la verdad. Primero, que, como alguna vez le ha dicho, o nunca se lo ha dicho, Jonás, el éxito de ambos trabajando en pareja no es sino la extraversión hacia los demás del odio que se tenían mutuamente en la escuela. Y, segundo, que, efectivamente, Jonás le ha quitado alguna cosa en la vida, o varias, o se lo ha quitado todo. Pedro volvió a tener miedo desde el día en que se encontraron en los urinarios. Por eso ha sido siempre el más fuerte de la pareja. Pedro creía hasta hace poco que Jonás, efectivamente, le había quitado algo, al cabo de los años, le había quitado a la Ina. Por eso había decidido matarle y se lo había dicho, porque tampoco quería matarle a traición. Luego, Pedro ha ido comprendiendo, en sus largas noches de la terraza, y después de que la Ina ha vuelto a él, siquiera parcialmente, que Jonás le ha arrancado algo aún más profundo que la Ina, le ha despojado de sí mismo, de su seguridad, de su soledad.

Pedro ya no sabe trabajar sin Jonás. Jonás se ha convertido en parte de él, o él en parte del otro. Si Pedro tuviese más lenguaje, diría que Jonás le ha absorbido la personalidad. Yo, antes, era de una pieza, joder, y tira la colilla hacia lo alto, en larga curva, y se anuda el pañuelo del cuello más fuerte, que no se lo quita ni para dormir: aquellas sempiternas anginas de la infancia. Yo era de una pieza y ahora consisto, consistimos en Jonás y yo. Tengo que matarle, pero sé que luego ya no podré trabajar sin Jonás. Ya no sabré. Al fin me ha quitado algo, el hijo de puta, me ha quitado a mí mismo, y ahora sé de qué tenía yo miedo en el colegio, siendo más fuerte que este hijo de puta. Creí que bastaba con rescatar a la Ina, pero no. Y el caso es que casi me alivia haberme dividido en Jonás y yo, que casi me gusta. Eso es lo que temí durante todos los años de escuela, pero era un chico, claro, y no sabía explicármelo. Ahora

tampoco sé, pero es que ha ocurrido y lo veo claro. Por eso tengo que matarle, si quiero volver a ser yo solo. Y tengo que ser yo solo. Es lo que me ha pedido siempre el cuerpo. Bien, le mato y luego voy a estar incompleto, ya no sé trabajar sin él. Habrá que volver a empezar el oficio. De modo que incluso matándole voy a seguir siendo su víctima. Razón de más para que me lo cargue. Estás condenado, Jonás, y no sabes cómo lo siento, cabrón. Enciende otro cigarrillo y mira fijo las estrellas con sus ojos de piedra lúcida. Los que van a matar no tienen sueño. Está en camiseta y se siente todo él de piedra fría. Se echa por encima la camisa, que estaba en el suelo, y el tenue abrigo le adormece con el olor a sí mismo de la ropa, de la camisa de cuadros.

La tierra es muchas tierras. La tierra va cambiando de color, de olor, de densidad y vida a medida que la cava y profundiza el mudo, que lleva toda la mañana en la tarea, según le ha ordenado Pedro, vas a enterrar a tu muerto, *Mudo*, aquí no queremos tíos tiesos, y en seguida.

Al mudo le gusta trabajar con el pico y la pala, con la azada, con el azadón, ir penetrando la bondad de la tierra, frente a la casa, una tierra otoñal, blanca, rica, espesa, cadavérica, luminosa y lúgubre. Es una tarea monótona, repetitiva, igual a sí misma, que se complementa bien con la actividad mental del mudo. Gusanos, piedras extrañas, como de otro planeta, cosas enterradas por el tiempo, la tierra abuela y la tierra niña escondiéndose y mostrándose, a la luz pastosa de octubre, secretos pueriles. Esto no lo ve o no lo sabe el mudo, aunque lo goce, pero lo ve y siente Jonás, que ha echado la mañana a fumar sentado en una piedra, mirando el trabajo del otro, mirando las sucesivas capas de tierra, como si de pronto fuese a surgir el mar.

Secretos infantiles de la tierra, por los que se ve que la tierra es tan antigua como niña, dibujos primitivos y casuales, como de una tribu enterrada, fósiles de la nada, una flor o un guijarro con todo el prestigio de lo subterráneo. El verde, el negro, el rojo, el amarillo, el ocre de la tierra, capa tras capa, en continua sorpresa, casi en oleaje, como un mar más denso. Todo va surgiendo, milagroso y profundo, perfumado y desamortajado, bajo el azadón rítmico, incesante, enérgico, del mudo.

La Ina ha venido a sentarse en la piedra de Jonás. Está pegada al hombre. Muerde una manzana y contempla en silencio el trabajo del otro, el oleaje de la tierra. Es como si la Ina hubiese llegado atraída por los pensamientos de Jonás, por sus emociones salvajes o cultísimas, quién sabe, para participar de todo ello. Aunque quizá lo que ha traído a la Ina es el olor de la tierra removida, el perfume verde que hay esta mañana en el aire, una entidad putrefacta y dulce que el mudo ha sacado a la superficie con su azada. Allí se están los dos, en la fiesta muda de los colores y de los olores, junto al resuello cansado y satisfecho del tonto, viviendo aquel otoño vuelto del revés, donde la tierra da su forro pobladísimo, millonario y humilde. Un sol anciano lo llena todo de presente y como de inteligencia.

—Es alegre enterrar a los muertos —dice Jonás.

—Qué cosas dices, Jonás —dice la Ina, y le da un mordisco de su manzana.

Al mudo le gusta este trabajo, no sabe por qué ni se lo pregunta, pero sabe que le va a gustar, sobre todo, arrastrar el cuerpo del hijoputa desde la casa, donde está escondido (por si pasa alguien), hasta la tumba, y echarle en lo más profundo (toda profundidad le parece poca en el hoyo que está haciendo), enterrar al hijoputa que le dio por el culo. El muerto está en la casa, sí, tendido en el suelo del vestíbulo, y Pedro está inclinado sobre él, observándole, estudiándole. A Pedro le alegra y le preocupa haberse librado de aquel tipo, y que el trabajo se lo haya hecho el mudo, cuando además el otro parece que se largaba. Pedro ha recogido la ropa del muerto para enterrarla con él (no quiere pruebas si hay registros), Pedro ha curioseado la cartera y los papeles que el muerto llevaba en la chaqueta, y ha descubierto una cosa: que los documentos personales del tipo están escritos o firmados con la misma letra que las cartas de don Alfredo. El tipo ni se molestó en cambiar de caligrafía. Pedro ya sabe que el bujarrón les había engañado, que no había tales cartas, que no era sobrino del viejo, que no hay ninguna amenaza para ellos, y está tan satisfecho de su descubrimiento que ni siquiera se lo ha contado a Jonás. Ya se lo dirá más tarde, cuando pueda utilizarlo contra él, contra Jonás. O no se lo dirá. Porque Pedro tiene algo que hacer o decir contra Jonás.

Jonás y la Ina, que intercambian una manzana como un beso, viven la mañana envueltos en la gloria de luz verde y perfume oscuro que sale de la tierra, de la tumba.

El mudo camina de frente, tirando del muerto por los brazos, como si fuese una carretilla. La cabeza del muerto bota y rebota, tiene el rostro verde, el pecho rameado de sangre, los pantalones, tan elegantes, desgarrados, y los pies delicados y sufrientes.

Pedro, Jonás y la Ina, dejan que el muerto entierre a su muerto, como se le ha mandado. El hoyo-tumba tiene una profundidad doble de lo normal. Ah el rencor de los tontos, piensa Jonás, repitiendo mágicamente un pensamiento de Hernán. Cuando tiene el muerto junto al hoyo, el mudo vuelve a la casa y sale de ella con la ropa de Hernán, la chaqueta, la camisa, los zapatos de tafilete y artesanía, tan madrileños, tan elegantes, los calcetines crema. Lo echa todo en el hoyo. Los otros han comprendido: sin duda, el tonto quiere que la tierra le caiga a Hernán sobre la cara. Evita protegerle con nada. Ah el rencor de los tontos. Los tres se acercan a la tumba y el tonto se limita a empujar al muerto con movimiento rotatorio. Hernán cae hasta lo más hondo sin resistencia alguna, deshilado y casi como tranquilo. Lo que más extraña de los muertos es su falta de rebeldía.

Hernán, allá en el fondo, es un desconocido, parece un desenterrado más que un recién enterrado. Con lentitud, con ritmo, con fervor, el mudo va echando paletadas de tierra sobre el muerto. La primera, en la cara, es como si a Hernán le hubiesen escupido. Es la más humillante. Luego, la tierra otoñal, tan dulce, cae sobre su cuerpo, cruenta como una lepra, hasta cubrirle. Luego, tierra sobre tierra. La tarea es monótona y el mudo se queda solo en ello. Pero luego tiene que alisar y disimular el terreno, que así se lo ha explicado Pedro, para que nadie sospeche. Junto a la tumba anónima hay un pino donde la urraca blanca y negra, esbelta y ruin, hace su canto duro y agresivo. La urraca es bella y bruja al mismo tiempo.

El cáliz rebosa de vino. El cáliz es grande, macizo, esbelto, y refleja una estancia combada por donde Pedro pasea sobre las manos y Jonás y la Ina, sentados muy juntos, le contemplan. Jonás le ha dado a la Ina la pulsera que le regalara Hernán, y la Ina se la pone y se la quita, feliz con tanta riqueza. Los tres han bebido juntos en el cáliz, y siguen bebiendo, hasta que Pedro se da otro paseo sobre las manos, para que se le baje el vino del corazón, dice.

—Para que se me baje el vino del corazón. Es que cuando se me queda el vino en el corazón puedo matar a alguien, Jonás.

Y está parado frente a Jonás, hablándole del revés, como acostumbra.

—Pues que se te baje el vino y sírvenos otro trago —dice la Ina.

—Yo no sirvo a las putas —dice Pedro.

Y sigue caminando. El silencio trae la noche, o a la inversa, y todos los animales de la sombra aprovechan para decir su palabra. La Ina se quita la pulsera de oro, la esclava de Hernán, y la aprieta en un puño. Conoce bien a su hermano.

—Serviré yo —dice Jonás, poniéndose en pie.

Lleva el cáliz rebosante hasta los labios de la muchacha. Luego bebe él. Están todos atravesados por el vino.

—Pedro, si te pones del revés, o sea del derecho, beberás mejor. ¿Te llevo el copón o vienes a por él?

Jonás ha vuelto a sentarse junto a la Ina. Pedro se acerca a ellos caminando sobre las manos. Se enfrenta a su amigo:

—Te dije un día que tenía que matarte, Jonás. Te lo he dicho muchas veces.

—Siempre me lo dices con vino, Pedro.

—Con vino y sin vino. No me mientas. No me jodas.

Jonás mira aquella boca invertida que le anuncia la muerte, deshumana como la boca de un muerto o de un oráculo.

—Anda —dice la Ina—, bebe y déjalo.

—Tú a callar. Se me ha ocurrido otra cosa, Jonás. Tenemos que pelear hasta la muerte, si es posible. Hasta la muerte de los dos. Sabes que nos odiamos desde el colegio, desde el pupitre. Me dabas asco y te temía porque sabía que me podías quitar algo, no sé qué. Que aprendías de las cosas más que yo.

—Pedro...

Pedro pega un salto y se sienta en el suelo ante Jonás, sobre los talones, como un moro. Toma el cáliz de don Hermenegildo y bebe.

—Nada de Pedro. Sabía que me ibas a quitar algo y ya me lo has quitado. Hemos trabajado juntos y hemos trabajado bien. Sirves para esto, Jonás. Pero nuestra amistad era odio.

Jonás le pasa el cáliz a la Ina, que lo rechaza, fija en las palabras de su hermano.

—Tenemos que matarnos a muerte —dice Pedro—. Esta noche puede ser. Esta noche ni siquiera ha venido el mudo a dormir. Nos han dejado solos a los tres. ¿No te apetece luchar, Jonás, no te apetece morir?

—Te confieso que no.

—A mí, sí. Lo necesito.

—Puedes matarme, Pedro. No voy a defenderme. Y si lo haces por tu hermana, tu hermana es tuya. Yo no te la voy a quitar. Nadie te la puede quitar.

Pedro vuelve a tener el cáliz de oro, sagrado y pagano, entre sus manos oscuras. Bebe metiendo la boca en el vino, en lugar de levantarlo hasta él. Mira a Jonás y a la Ina. Sus ojos de piedra lúcida no son de este mundo y su cara, hecha de ángulos y triángulos, parece congestionada en sombra por el apretado pañuelo negro del cuello.

—Me jode hablar tanto, Jonás, pero te voy a decir una cosa. Somos ya uno solo. Ya no sé actuar a solas, sin ti. Y no me da la gana, quiero ser yo. Me has quitado algo más que mi hermana. Me has quitado algo de mí.

—Me pasa lo mismo, Pedro.

—Por eso tenemos que matarnos. Que sobreviva uno, el que tenga que sobrevivir. Ahora dependemos ya uno del otro, casi como maricones, y no me da la gana.

—¿Quieres que muramos los dos?

—Sería lo mejor. El que sobreviva, se compromete a suicidarse en el acto.

Y Pedro bebe profundamente, como si hubiese encontrado la solución, satisfecho. La Ina llora. Se levanta y se pone en la ventana, contra la noche. Pedro ha puesto el cáliz en el suelo. La bombilla pobre del techo se engrandece en los reflejos de oro del cáliz. Pedro saca su navaja automática y la abre con el ruido de los metálicos puntos suspensivos del muelle.

—Vamos, Jonás, vamos ahí afuera.

La Ina deja la ventana y corre a apagar la luz, que alguien viene por la parte del río, los gitanos, miran los tres desde puntos distintos, en la oscuridad, un rebullir de hombres allá abajo, entre los árboles, un respingo de cuchillos en la sombra, el mudo nos ha denunciado, el mudo nos ha traicionado, el mudo los ha traído hasta aquí, hijo de puta el mudo, no nos perdona lo del desvirgamiento, como no le perdonó al señorito de Madrid, yo me bajo ahora mismo y doy la cara, no deben ser más de tres, Pedro conserva en la mano la navaja que había abierto para matar a su amigo, pero te diré una cosa, Jonás, antes de irme, y por si los gitanos me pican, el señorito de Madrid no era nada del bujarrón aquél, de don Alfredo, lo descubrí yo solo mirándole los documentos después que el mudo le matara, las cartas que nos dio las había escrito él mismo, nadie nos busca, eso lo supe siempre, Pedro, sin tener que hurgar bolsillos, se le notaba a Hernán, pero yo le seguí el juego porque me divertía que se tirase al mudo, por ejemplo, una cosa encendida ha caído dentro de la casa, quieren echarnos fuera para acuchillarnos, quietos aquí, yo me basto solo, Pedro salta por una ventana trasera para sorprender a los gitanos por detrás, la Ina se agarra a Jonás, gimiendo, le van a matar, déjale, necesita luchar, esta noche necesita morir o matar, van a ser los gitanos como podía haber sido yo, Pedro ya no aguanta más la furia que lleva dentro, es furia contra él mismo, hermano, hermano, la Ina huye casa adentro, Jonás, en la ventana negra, lo ve todo, Pedro ha matado a un gitano por la espalda, otros dos caen sobre él y lo apuñalan, aparece la Ina disparando el mosquetón, qué azahares de fuego en la noche de otoño, pero la Ina suelta el mosquetón y cae llorando sobre el cuerpo de su hermano, los dos gitanos vienen hacia la casa, sus carnívoros cuchillos sueltan esquirlas de luna, Jonás sube escaleras, baja escaleras, sale a la parte contraria de la casa, coge la bicicleta de la Ina, que está apoyada contra un perchero, la carga al hombro y salta por un lienzo de pared que no existe a los montículos traseros, gatea hasta una carretera vecinal, monta en la bici y sale pedaleando a gran velocidad bajo la arboleda de octubre, hasta crear un viento que no había, un viento denso, grato, elocuente de olores, la noche se cierra tras él y Jonás ya sólo es un faro de bicicleta que cruza silencioso y fugaz los campos.

Jonás toma un puente que cruza el río y le mete en la ciudad solitaria, vacía, dormida, donde las viejas torres y los edificios de piedra se alzan como hechos de sueño, como soñados por alguien. Jonás pedalea hacia la estación. Sólo un guardia dormido y una puta borracha en su camino. La estación está medio iluminada. Jonás la bordea para dirigirse a la entrada-salida de mercaderías, donde le bloquea un olor a heno, a tren y a espera. Salta de la bicicleta, que cae al suelo como muerta para siempre, corre hacia las vías donde duermen los trenes de mercancías, rojos, oscuros, llenos de animales, de cosechas y de sombra. Unos vagones se deslizan lentamente, casi silenciosamente (la máquina debe estar muy adelante), en dirección sur. Jonás acelera su carrera y salta al estribo de uno de los vagones. Sujeto a un manillar, da una patada a la puerta y entra en un sueño de cabras que se han agrupado en un rincón. Jonás se sienta en el rincón opuesto, la espalda y la cabeza contra las tablas, controla su respiración, descansa de la larga y rauda escapada. Las cabras huelen a tiempo, a madre y a campo. Alguna levanta su cabeza gótica para mirar con escasa curiosidad al hombre.

El tren ya está en marcha, fuera de la estación, corriendo por los campos. Jonás se acerca a las cabras entredormidas, las acaricia, les habla, elige una y la pone delicadamente en pie. Jonás empieza a ordeñar la cabra, muy despacio (está hambriento y débil), aplica la boca al pezón y mama de la leche del animal, que le sabe a infancia y antropofagia. Se nutre como un niño y el tren gana velocidad por momentos. Ahora silba. Jonás mama y viaja. Huye.

Madrid, septiembre, 87.



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.